

BALANCE

Cuaderno número 34

Barcelona, noviembre de 2009

Poema de **Juan Breá**: “La revolución”. (Esbozo biográfico)

Síndrome de Antígona

La Agrupación de **Los Amigos de Durruti**, los trotskistas y las limitaciones de la ideología ácrata

Traducción del artículo de **Bordiga** sobre la cuestión Trotsky

DEBATE sobre la memoria histórica de la revolución de 1936:
Andrés Devesa, Roi Ferreiro, Agustín Guillamón

¿Defensa de los derechos humanos, o desenmascaramiento de su verdadera naturaleza?

Respuesta a las ofensas y lindezas varias de “Quadern”, suplemento en catalán de “El País”, o la moda antilibertaria

Abel Paz, anarquista e historiador

Cinco tesis fundamentales sobre el capitalismo, hoy

Reseña de las Obras completas de **G. Munis**

Balance. Cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la Guerra de España

Balance. Cuadernos de historia del movimiento obrero y de la Guerra de España

Cuaderno número 34. Barcelona, noviembre 2009

Autores:

Balance

Amadeo Bordiga

Juan Breá

Comité de edición de las OC de Munis

Andrés Devesa

Roi Ferreiro

Agustín Guillamón

Emilio Madrid

DISTRIBUCIÓN NO COMERCIAL

Correo electrónico: chbalance@gmail.com

Correo postal:

BALANCE

- Apartado 22010

- 08080 Barcelona

1.

El síndrome de Antígona

La media España de los miserables que perdió una guerra, y que fue fusilada, exiliada y humillada hasta el hartazgo, por su ejército, su iglesia, sus amos y los asesinos a sueldo, disfrazados de falangistas o policías, sufre el síndrome de Antígona, porque durante cuarenta años tuvo prohibido enterrar y honrar a sus muertos, y cuando fue la hora de reclamar ese derecho, durante la Transición, renunció porque el terror de esos cuarenta años aún nos impedía ser libres.

Así nos va, ahora, escarbando por caridad en esta o en aquella fosa común, y con el último timo de una infame ley, llamada de recuperación de la memoria histórica. El rey Creontes enterró viva a Antígona; en España se han muerto de viejos los padres y hermanos de quienes fueron fusilados y echados como perros en las cunetas, con la maldición de Antígona rabiando en sus entrañas.

Hijos y nietos aún han de batallar como jabatos para recuperar los huesos de sus antepasados. Asesinaron y robaron lo que quisieron y se sabían impunes. Que un criminal de guerra, confeso y victorioso, ocupase la Jefatura del Estado durante cuarenta años no se borra fácilmente, y sus secuelas son innumerables y persistentes. Mientras tanto, los jueces españoles, sin barrer la propia casa, se atreven con los criminales de guerra de allende mares y continentes, persiguiendo torturadores y genocidas, discípulos y émulos de sus maestros franquistas. Archiveros de algunas instituciones se otorgan el poder de decidir, a su capricho, qué puede ser consultado. Antígona fue enterrada viva por Creontes y Transición. Ya es demasiado tarde para muchos, pero los nietos siguen en pie. La ignominia continúa, el combate por conocer toda la verdad, también.

Queremos los nombres, todos los nombres: el de los de los asesinados y el de los asesinos. Queremos saber cómo, dónde, cuándo, por qué y quién se enriqueció y/o detentó el poder gracias a tanta muerte, a una represión tan feroz, a tanto dolor.

La Guerra Civil no fue una guerra fratricida, fue una guerra de clases. El franquismo represalió, claro está, a las minorías democráticas, pero sobre todo impuso el terror a una clase obrera derrotada por las armas, vencida.

No hay otro remedio al dolor, ni existe otra solución que saberlo todo, por todos los medios, con todos los archivos abiertos, sin traba alguna, con los recursos económicos que sean necesarios. Queremos saberlo todo, queremos todos los nombres, de asesinados y de asesinos, de cómplices y delatores, queremos saber el cómo, dónde, cuándo y por qué de cada muerto. Y sabido todo esto, queremos justicia. De no ser así, nos están enterrando en vida, como hizo Creonte con Antígona.

Agustín Guillamón

2.

LAS RELACIONES DE LOS AMIGOS DE DURRUTI CON LOS TROSKISTAS¹ Y LOS LÍMITES DE LA IDEOLOGÍA ÁCRATA ANTE LOS PROBLEMAS PLANTEADOS POR LA SITUACION REVOLUCIONARIA Y LA GUERRA CIVIL.

1.- RELACIONES DE LOS AMIGOS DE DURRUTI CON LOS TROSKISTAS.

Bastaría con una somera lectura de El Amigo del Pueblo, o con las declaraciones de Badius, para establecer que Los Amigos de Durruti no fueron nunca marxistas, ni estuvieron influidos, ni poco ni mucho, por los troskistas de la Sección bolchevique-leninista. Pero existe una historiografía empeñada en lo contrario.

En primer lugar es necesario triturar un error de bulto: se trata del llamado "Manifiesto de Unión comunista", que se supone firmado conjuntamente por Los Amigos de Durruti, el POUM y las Juventudes Libertarias; pero que en realidad nunca ha existido. Su existencia es sólo una fantasía de la ciencia historiográfica. Como la sombra de Peter Pan el Manifiesto de Unión Comunista toma vida propia, y se resiste a ser cosido a los zapatos de su dueño. El documento malinterpretado fue un "Manifiesto" de Union Communiste, un grupo trosquista francés, que lo difundió en junio de 1937 en París, en un mitin organizado por los anarquistas franceses, en el Velódromo de Invierno de París, con participación de Federica Montseny y Juan García Oliver². El autor del primer error, que luego ha sido ahijado por otros muchos, fue César Martínez Lorenzo.

Sobre la cuestión de la influencia de "Moulin" (Hans David Freund) en Los Amigos de Durruti debemos concluir que se trata de una invención historiográfica absolutamente desproporcionada. En el relato de Thalman se desprende que se trata más bien de una captación de éste por Los Amigos de Durruti³. Pero de no ser así, la influencia de "Moulin" en la ideología de la Agrupación, expresada en sus octavillas, manifiestos y, sobre todo, en El Amigo del Pueblo, no permiten afirmar que ésta fuera significativa, si es que existió.

Por otra parte, esa misma historiografía ignora otras relaciones de amistad, y de discusiones políticas, mucho más interesantes y profundas que la de "Moulin". Así por ejemplo las existentes entre "Munis" y Carreño⁴, o bien entre Luís Zanon y Juan Santana

¹Durante la guerra civil existieron en España dos grupos troskistas rivales: la Sección bolchevique-leninista, dirigida por Munis, y el grupo "Le Soviet", dirigido por "Fosco". En este trabajo no vamos a hablar del grupo "Le Soviet", porque no mantuvo relación alguna con Los Amigos de Durruti. Sólo por esta razón utilizamos el término trosquista como sinónimo de militante de la Sección b.l. de España.

²Sobre el Manifiesto de Unión Comunista caracterizado como un error historiográfico, cfr: GUILLAMON, Agustín: "El Manifiesto de Unión Comunista: un repetido error en la historiografía sobre la guerra civil", en La Història i els Joves historiadors catalans. Ponències i Comunicacions de les Primeres Jornades de Joves Historiadors Catalans, celebrades els dies 4, 5 i 6 d'octubre de 1984. Edicions La Magrana, Barcelona, 1986.

SHARKEY, Paul: The Friends of Durruti. A Chronology. Editorial Crisol, Tokyo, May 1984.

³En esta apreciación coincidimos con Paul Sharkey.

⁴Carta de José Quesada Suárez al autor (Tarbes, 16 octubre 1996):

Calero⁵, o la entrevista sostenida por "Adolfo Carlini" (Domenico Sedran) y José Quesada Suárez con Jaime Balius durante las Jornadas de Mayo de 1937⁶.

La Agrupación expresó en todo momento una ideología anarcosindicalista, aunque eso sí, efectuaba también, una crítica radical a la dirección confederal y faista. Pero de ahí a afirmar que la Agrupación tomó posiciones marxistas existe un abismo insalvable. En todo caso podemos aceptar que el análisis de la realidad, y de las insurrecciones de julio y mayo, llevó a Los Amigos de Durruti a apropiarse de dos conceptos fundamentales, que no cabe denominar tanto marxistas, que lo son también, como el abecé más elemental de cualquier insurrección revolucionaria dirigida por el proletariado⁷. Esos dos conceptos son, utilizando las expresiones durrutistas, los siguientes:

1.- Es necesario imponer UN PROGRAMA REVOLUCIONARIO, el comunismo libertario, QUE HA DE DEFENDERSE CON LOS FUSILES. La CNT, que tenía la mayoría en la calle, debería haber implantado el comunismo libertario, y luego debería haberlo defendido por la fuerza. En otras palabras, es decir, utilizando ahora la terminología marxista: debería haberse implantado la dictadura del proletariado.

2.- Es necesaria la FORMACIÓN DE UNA JUNTA REVOLUCIONARIA, constituida por los revolucionarios que han tomado parte en la insurrección proletaria, QUE EJERCE EL PODER Y REPRIME POR LA VIOLENCIA A LAS FACCIÓNES NO PROLETARIAS, para evitar que éstas vuelvan a tomar el poder, o inicien un proceso contrarrevolucionario que derrote y aplaste al proletariado. Que esa Junta revolucionaria, como la denominan Los Amigos de Durruti, otros la llamen vanguardia o partido

"¿Qué influencia ejerció el GBL sobre Los Amigos de Durruti? Ninguna. En el verdadero sentido de la palabra, ni siquiera [en] Carreño. Puede que influyera en él su amistad y sus relaciones con Munis. Dos veces, estuvimos los tres tomando café y charlando un poco de todo: la primera en el café Brasil, que estaba, o está en La Rambla, cerca [del] que fue local de Los Amigos de Durruti [...] Yo escuchaba a los dos pero intervenía poco en la conversación. Carreño, partiendo del movimiento insurreccional de la clase obrera austriaca, febrero del 34, enumeraba empezando por Asturias el fracaso de todos los ensayos de insurrección intentados en nuestro país por la CNT-FAI. Es de ahí, decía él, que la CNT tiene que partir para hacer un serio análisis de todos esos fracasos, y reconsiderar la acción o acto insurreccional y la toma del Poder político.

Todo lo demás que se diga de influencia es tomar el deseo por realidad."

⁵Véase los documentos del proceso contra los militantes de la SBLE, reproducidos en GUILLAMON, Agustín (dir.): Documentación histórica del trosquismo español (1936-1948). Ediciones de La Torre, Madrid, 1996.

⁶En la carta citada anteriormente, José Quesada afirmaba lo siguiente:

"El día cinco por la tarde [...] convinimos ir a ver a Los Amigos de Durruti y cambiar impresiones sobre la situación en general; todos comprendíamos que, con las posiciones fijadas por las direcciones de la CNT y POUM las cosas se complicaban, y que la correlación de las fuerzas en el combate no jugaban a nuestro favor después de la "traición" de las Organizaciones tradicionales, CNT-POUM; pero que había que continuar la lucha para ganar la adhesión de la gente - en vocabulario anarquista no se habla de masas - a nuestro combate. Balius y Carlini repetían - una y otra vez - que, o se ganaba el combate emprendido o se perdía Julio y la guerra."

⁷Cfr. con el artículo de Munis, publicado en La Voz Leninista, número 2 (23 de agosto de 1937), bajo el título "La Junta revolucionaria y los "Amigos de Durruti"", en el que Munis glosa el concepto de junta revolucionaria defendido por la Agrupación en el número 6, del 12 de agosto de 1937, de El Amigo del Pueblo.

revolucionario, sólo puede asustar a quienes se asustan de las palabras, no de las derrotas del proletariado.

Así pues, parece evidente que existió una evolución interna del pensamiento ácrata, que llevó a la Agrupación a asumir dos conceptos fundamentales en todo proceso revolucionario proletario, y que por supuesto hacía tiempo que formaban parte del abecé del marxismo revolucionario. Pero otra cosa muy distinta es afirmar que Los Amigos de Durruti fueron influidos exteriormente por los trosquistas, y se convirtieron de la noche a la mañana en marxistas. Esa argumentación sólo podía valer como insulto en la propaganda utilizada por la CNT contra Los Amigos de Durruti.

* * * * *

Que no existió ninguna DEPENDENCIA de Los Amigos de Durruti respecto a los trosquistas españoles se desprende de varios documentos, que vamos a analizar:

a.- Las propias declaraciones de Balius, en diferentes ocasiones, que negó rotundamente cualquier influencia sobre Los Amigos de Durruti del POUM o de los trosquistas⁸, y que siempre se consideró un militante anarquista, aunque por supuesto muy crítico respecto a la colaboración gubernamental y ministerial de la CNT⁹:

"Los anarquistas podemos ir a la cárcel, morir como murieron Obregón, Ascaso, Sabater, Buenaventura Durruti y Peiró, cuyas vidas son dignas de ser cantadas por un Plutarco. Podemos morir en el exilio, en los campos de concentración, en el maquis, o en el hospicio, pero ostentar el cargo de ministro, eso es inconcebible."

b.- El llamamiento efectuado por la Sección bolchevique-leninista de España, el 26 de junio de 1937 (diez días después de la ilegalización del POUM), a la izquierda del POUM:

"Aunque no estéis de acuerdo con nosotros en todas las cuestiones y hasta si no deseáis nuestra entrada, no tenéis sin embargo el derecho de rechazar la colaboración con grupos verdaderamente revolucionarios. Al contrario, estéis en el deber de convocar a los "Amigos de Durruti", así como a nosotros, con el fin de poder tomar de común acuerdo

⁸ Balius afirmó en su carta a Bolloten, fechada en Cuernavaca el 20 de junio de 1946:

"Las influencias que se nos achacan por parte del POUM o de los trosquistas no son ciertas. Usted comprenderá que el grupo de compañeros de la CNT que estábamos al frente de la Agrupación sabíamos perfectamente lo que queríamos. No éramos unos recién nacidos en las lides revolucionarias. Por lo tanto todas las afirmaciones que se han lanzado son completamente gratuitas.

Me figuro que es suficiente cuanto le he dicho. Puede usted definir la Agrupación de Los Amigos de Durruti como un intento por parte de un grupo de militantes de la CNT para sacarla del atolladero en que se encontraba, y para salvar al mismo tiempo a la revolución española que se vio amenazada desde sus comienzos por las fuerzas contrarrevolucionarias a las que la CNT no eliminó por candidez. Sobre todo en Cataluña, que no había quien nos pudiera disputar la supremacía."

El propio Balius, en su carta a Paul Sharkey, fechada en Hyères (Francia), el 7 de setiembre de 1974, subrayó esta independencia de la Agrupación, confirmando la total ausencia de contactos de Los Amigos de Durruti con los trosquistas y el POUM, antes de mayo del 37: "Nous n'avons eu aucun contacte avec le POUM ni avec les trotskistes, mais il y a eu une coincidence dans la rue avec le fusil dans la main".

⁹BALIUS, Jaime. "Por los fueros de la verdad", en Le Combat Syndicaliste, del 2-9-1971.

las medidas prácticas necesarias que conduzcan a la salida de esta situación y preparen el camino a nuevas luchas que nos conducirán a la victoria."

Esta invitación efectuada por el grupo trosquista a la izquierda del POUM, para que convoque una reunión entre el POUM, ilegalizado y perseguido, Los Amigos de Durruti y la Sección bolchevique-leninista de España (SBLE), esto es, entre los tres grupos revolucionarios existentes tras las jornadas de mayo, nos demuestra que Los Amigos de Durruti son considerados como un grupo independiente, organizativa e ideológicamente, en igualdad de condiciones que el POUM o la Sección bolchevique-leninista de España.

c.- El rechazo a las invitaciones hechas por los trosquistas para celebrar una reunión entre la izquierda del POUM¹⁰, Los Amigos de Durruti y la Sección bolchevique-leninista, y firmar un manifiesto común, fueron comentadas en el número 2 de La Voz Leninista¹¹ del siguiente modo:

"Los "Amigos de Durruti" y el ala izquierda del POUM rechazan una proposición concreta.

A raíz de la disolución del POUM y de la detención de sus militantes, la Sección Bolchevique-Leninista de España dirigió a "Los Amigos de Durruti", al comité de la sección de Madrid de aquel partido y a la fracción de izquierda de Barcelona, una carta proponiéndoles firmar en común un manifiesto exigiendo la liberación inmediata de los detenidos, la devolución de los locales, libertad sin censura para la prensa obrera, desarme de los guardias de asalto, legalidad de las Patrullas de Control bajo la dirección de los comités obreros y una proposición de frente único CNT-FAI-POUM por la consecución de los mismos puntos.

En la misma carta, cuya copia no podemos dar a causa de la policía, fijaba nuestro Comité una cita para discutir los puntos en que pudiera haber discrepancias. Ninguno de los convocados asistió a la reunión ni ha respondido hasta ahora nuestra comunicación. Extraoficialmente sabemos que los izquierdistas del POUM no creían oportuno romper con su C.E. y "Los amigos de Durruti" estiman poco útil para sus fines aliarse con los bolchevique-leninistas.

En realidad, la ocasión era la más propicia para que el ala izquierda del POUM y el ala izquierda del anarquismo demostraran su capacidad de dirigentes y su decisión en los momentos difíciles. Desgraciadamente han preferido secundar la inercia de sus respectivas organizaciones antes que aparecer activos junto a los trotskistas. No podemos ocultar que vemos en ello una reminiscencia del terror universal al trotskismo."

Este texto, reproducido íntegramente, nos indica con suficiente claridad que si bien existieron enérgicos intentos por parte del grupo trosquista, dirigido por "Munis", de influir en Los Amigos de Durruti, y en la izquierda del POUM, esa influencia no pasó de ser sólo un intento fallido.

¹⁰En Barcelona la izquierda del POUM estaba representada por la célula 72, y más concretamente por su secretario Josep Rebull, administrador de La Batalla y la Editorial Marxista. Josep Rebull había preparado unas contratesis de cara a la convocatoria del segundo congreso del POUM, en las que efectuaba una crítica radical de la acción política desarrollada por el comité ejecutivo del POUM. Véase los dos cuadernos de "Balance" dedicados a Josep Rebull y sus críticas al Comité ejecutivo del POUM.

¹¹La Voz Leninista, número 2, Barcelona, 23 de agosto de 1937.

d.- El informe de E. Wolf a Trotsky, fechado el 6 de julio de 1937, afirma lo siguiente [traducido del original francés]¹²:

"En este momento se impone un giro táctico. En el pasado nos ocupamos casi exclusivamente del POUM. Los obreros revolucionarios anarquistas fueron demasiado abandonados a excepción de Los Amigos de Durruti. Pero éstos son poco numerosos y se hará imposible llegar a ninguna colaboración con ellos. Incluso los invitamos, al igual que a la fracción de izquierda del POUM a participar en una reunión para discutir una acción común. Ni los poumistas, ni Los Amigos aceptaron la reunión. No sólo porque les pareciésemos demasiado débiles, sino porque aún están bajo la influencia de la monstruosa campaña contra el trosquismo. Se dicen seguramente: "Para que exponernos a tal peligro y dar a nuestros enemigos nuevos argumentos de que somos "trosquistas"."

e.- El informe de "Munis" a Trotsky, fechado el 17 de agosto de 1939¹³, que parece desmentir nuestras afirmaciones sobre la influencia de los trosquistas en la Agrupación, dice así:

"En los sectores socialista y anarquista, posibilidades considerables de trabajo se nos ofrecen. El principal líder de "Los Amigos de Durruti" ostensiblemente influenciado por nosotros, toma una orientación de rasgos marxistas bastante acusados. Bajo nuestro consejo directo, y en nombre de "Los Amigos de Durruti", fue redactado un primer boletín, cuyo texto se encuentra aún en nuestro poder, en el que se plantean la necesidad de la revisión de todas las teorías anarquistas (...). Pero en este aspecto hemos retrocedido a causa de nuestra impotencia material para prestar una ayuda económica eficaz a "Los Amigos de Durruti". No pretendemos fomentar un movimiento hacia nosotros por medios exclusivamente financieros, sino utilizar éstos para dar ideas bolcheviques a los trabajadores que siguen a dicha corriente (...) no nos forjamos esperanzas ilusorias, sino que los recursos económicos nos proporcionarían rápidamente una influencia preponderante que conduciría a "Los Amigos de Durruti", en parte al menos, a la IV Internacional."

El minucioso informe de "Munis" habla en todo momento de la posibilidad de influenciar ideológicamente, e incluso de conducir a Los Amigos de Durruti hacia la Cuarta; pero esa misma posibilidad, EXISTENTE EN AGOSTO DE 1939, nos está confirmando que no había sido realizada en 1937.

f.- En la entrevista publicada por Lutte Ouvrière, en los números fechados el 24 de febrero y el 3 de marzo de 1939, "Munis" argumentaba de este modo sobre Los Amigos de Durruti:

"Este núcleo de obreros revolucionarios [Los Amigos de Durruti] representaba un comienzo de evolución del anarquismo hacia el marxismo. Habían sido impulsados a reemplazar la teoría del comunismo libertario por la de la "junta revolucionaria" (soviet) como encarnación del poder proletario, democráticamente elegido por los obreros. Al principio, sobre todo después de las jornadas de mayo, en el curso de las cuales los Amigos de Durruti se alinearon con los bolchevique-leninistas en primera línea de las

¹²Reproducido con el permiso de The Houghton Library (Harvard University).

¹³Con el permiso de The Houghton Library (Harvard University).

barricadas, la influencia de este grupo penetraba profundamente la central sindical [CNT] y el núcleo "político" que la dirigía, la FAI. Los burócratas alarmados intentaron aplicar medidas contra los dirigentes de Los Amigos de Durruti, acusándoles de ser "marxistas" y "políticos". La dirección de la CNT y la FAI aprobó una resolución de expulsión. Pero los Sindicatos rehusaron firmemente ejecutar esta resolución.

Desgraciadamente, los dirigentes de Los Amigos de Durruti no han sabido aprovechar la fuerza potencial que disponían. Ante las acusaciones de ser "políticos marxistas", retrocedieron sin combate.

[PREGUNTA] - ¿El abandono del punto de vista anarquista y la evolución hacia la concepción de una política proletaria consciente se manifestaba concretamente en los obreros?

La colaboración de los jefes anarquistas con la burguesía y la experiencia general de la revolución y de la guerra habían hecho evidente para la mayoría de los obreros anarquistas el hecho de que un poder proletario era indispensable para la protección de la revolución y de las conquistas proletarias. El acuerdo entre la vanguardia bolchevique y los obreros tomados individualmente se hacía sin dificultad. Pero la expresión orgánica de este acuerdo no se pudo cristalizar. En parte por ausencia de un fuerte núcleo bolchevique. En parte por ausencia de clarividencia política en Los Amigos de Durruti. Pero yo tuve ocasión de entrevistarme con viejos militantes anarquistas, algunos de ellos bastante influyentes. Todos expresaban abiertamente la misma idea: "Ya no puedo defender las ideas que he defendido antes de la guerra civil. Proclamo mi acuerdo con la dictadura del proletariado, que no puede ser la dictadura de un partido como en la URSS, sino la de una clase. En los órganos de poder proletario, todas las organizaciones de la clase obrera pueden reunirse y colaborar".

Esta apasionante y apasionada entrevista de Lutte Ouvrière a "Munis" no hace más que confirmar lo ya dicho sobre Los Amigos de Durruti. En primer lugar que no eran marxistas, en segundo lugar que nunca recibieron influencia alguna de los trosquistas, y en tercer lugar, que el surgimiento de Los Amigos de Durruti, como disidencia teórica ácrata, se debió a las insuperables contradicciones que la realidad de la guerra y la revolución planteó a un movimiento anarquista español, caracterizado por su gigantesca fuerza organizativa y su absoluta nulidad teórica.

* * * * *

Recapitulemos, pues, cual es la situación histórica en la que se enmarcan las relaciones de Los Amigos de Durruti y la Sección bolchevique-leninista de España. Existieron contactos antes de mayo del 37, personalizados en la figura de "Moulin" (Hans Freund). No puede afirmarse **CON RIGOR** que existiera una influencia ideológica, de ningún tipo, de "Moulin" sobre Balius y la Agrupación. Durante los Hechos de Mayo tampoco existió ninguna colaboración, sencillamente coincidieron en la calle, y ambos grupos lanzaron octavillas con unas consignas que animaban a continuar la lucha¹⁴. Pero ni unos ni otros poseían suficiente fuerza para desbordar a la dirección confederal.

¹⁴La octavilla de la Sección bolchevique-leninista, distribuida el 4 de mayo de 1937 [reproducida del facsímil publicado en Lutte ouvrière núm. 48 (10-6-1937)], dice así:

"¡Viva la ofensiva revolucionaria! Nada de compromisos. Desarme de la GNR y de la Guardia de Asalto reaccionaria. El momento es decisivo. La próxima vez será demasiado tarde. Huelga general en todas las industrias que no trabajan para la guerra hasta la dimisión del gobierno reaccionario. Sólo el Poder proletario puede asegurar la victoria militar. Armamento total de la clase obrera. ¡Viva la unidad de acción CNT-FAI-POUM! Viva el Frente Revolucionario del Proletariado. En los talleres, fábricas, barricadas, etc...: Comités de defensa Revolucionaria."

Después de mayo del 37, ni la izquierda del POUM¹⁵ (Josep Rebull), ni la Agrupación de Los Amigos de Durruti¹⁶ (Balius) aceptaron asistir a una reunión convocada por los trosquistas, para acordar una acción común, como se constata en el número 2 de La Voz Leninista, y en el informe de Wolf a Trotsky, fechado el 6 de julio de 1937.

Sólo en el exilio francés, a partir de 1939, apareció la posibilidad de una INFLUENCIA de los trosquistas en Los Amigos de Durruti, que en realidad tampoco llegó a cuajar, como se confirma en el extremadamente optimista informe de "Munis" a Trotsky del 27 de abril de 1940¹⁷.

* * * * *

Así pues, ningún grupo ejerció una influencia destacable en Los Amigos de Durruti. Esta tesis, que hemos intentado demostrar, creemos que refleja la realidad histórica del momento. Pero no es menos cierto que los insultos de la CNT no cayeron en el vacío, y para la inmensa mayoría de militantes confederales la Agrupación era "sospechosa" de marxismo, y los militantes de Los Amigos de Durruti fueron descritos siempre como de talante autoritario y/o "marxista". Sírvanos de ejemplo las afirmaciones realizadas por Peirats, que no olvidemos que fue director de Acracia y figuró entre los colaboradores de Ideas. Peirats fue un militante cenetista, muy crítico respecto al colaboracionismo estatal, que intervino de forma activa y destacada en la oposición confederal al ministerialismo de los cuadros dirigentes de la CNT. En noviembre de 1937 vio ya perdida la revolución y optó, en contra de sus convicciones antimilitaristas, por irse al frente "para hacerse matar", como una especie de suicidio personal, provocado por las contradicciones de la CNT. Sin embargo, Peirats no simpatizó con Los Amigos de Durruti, y en una entrevista oral¹⁸ efectuada en 1976, decía lo siguiente:

"PREGUNTA: ¿Estaba usted al corriente de la creación y de los propósitos del núcleo de "Los amigos de Durruti"? ¿Manténía relación con él?"

¹⁵Munis realizó una vivísima crítica a la ambigüedad e indecisión de la llamada izquierda del POUM de Barcelona, constituida por la célula 72, que a principios de 1938 se vería reducida únicamente a su secretario, Josep Rebull. Cfr. M.G.: "Carta a un obrero poumista. La Bandera de la IV Internacional es la única bandera de la revolución proletaria". La Voz Leninista, número 3 (5 de febrero de 1938).

¹⁶Munis, en el número 2 de La Voz Leninista (del 23 de agosto de 1937) realizó una crítica al concepto de "junta revolucionaria" desarrollado en el número 6 de El Amigo del Pueblo (del 12 de agosto de 1937). Para Munis Los Amigos de Durruti sufrían un progresivo deterioro teórico, e incapacidad práctica para influir en la CNT, que les conducía al abandono de algunas posiciones que la experiencia de mayo les había permitido adquirir. Munis constataba que en mayo del 37 Los Amigos de Durruti habían lanzado la consigna de "junta revolucionaria", al mismo tiempo que la de "todo el poder al proletariado"; mientras en el número 6, del 12 de agosto, de El Amigo del Pueblo la consigna de "junta revolucionaria" se proponía como alternativa al "fracaso de todas las formas estatales". Según Munis esto suponía un retroceso teórico en la asimilación por parte de Los Amigos de Durruti de las experiencias de mayo, que les alejaba del concepto marxista de dictadura del proletariado, y les arrastraba de nuevo a la ambigüedad de la teoría estatal anarquista.

¹⁷Ahora en BROUE, Pierre: León Trotsky. La revolución española (1930-1940). Vol II, pp. 405-409.

¹⁸PEIRATS, José: El movimiento libertario en España (1). José Peirats. Colección de Historia Oral, Fundación Salvador Seguí, Madrid, s.f.

PEIRATS: Este fue un grupo que salió cuando los hechos de Mayo. En realidad sus orígenes creo que hay que ir a buscarlos en el otoño de 1936, cuando empezó la campaña por la militarización. Entonces hubo muchos compañeros que no quisieron militarizarse y abandonaron los frentes.

PREGUNTA: ¿Antes de la muerte de Durruti?

PEIRATS: Sí, antes de la muerte de Durruti, pero sobre todo después, hubo muchos compañeros que no quisieron militarizarse. La Columna Durruti era todavía una unidad de Milicias, no la 26 División. No pocos rebeldes a las consignas regresaron a la retaguardia y crearon un cierto ambiente. Estos fueron los que se batieron cuando los hechos de Mayo en Barcelona, y si bien hubo también otros combatientes, fueron ellos quienes llevaban el ataque. Cuando los hechos terminaron con tan vergonzoso compromiso, hubo algunos que levantaron nuevamente bandera de rebeldía, formaron la agrupación "Amigos de Durruti", sacaron el periódico "El Amigo del Pueblo" y se reunieron. Pero no tenían mucho impacto, pues algunos de ellos no eran auténticamente anarquistas; los había simplemente revolucionarios, y eso creaba cierto malestar. No tuvieron una aceptación general, incluso en la parte que podríamos decir díscola respecto a las consignas de la Organización. Con esto no hago más que traducir un sentimiento mío. Como conocía a los individuos nunca llegué a tener verdadera simpatía por los "Amigos de Durruti" porque encontraba sus tendencias muy autoritarias. Aquello de decir: "impondremos esto, y al que no ..., lo fusilaremos" me parecía de tendencia algo bolchevizante. Y por eso no les seguí. Asistí a algunas reuniones pero siempre en tono de discusión con ellos. Las inclinaciones manifestadas por algunos hicieron que muchos nos abstuviéramos de ayudarles. Y no realizaron nada. Ellos mismos desvalorizaron su propia obra. La verdadera obra de oposición se hizo, pues, al margen [...] Finalmente hacia octubre del 37, me sentía tan cansado, pues la contrarrevolución se mascaba por todos lados, y tomé una actitud heroica o suicida, diciéndome: "Morir por morir, me voy al frente". Me marché voluntario y desde entonces ya no me ocupé más de la retaguardia."

El testimonio de Peirats nos da la clave de la lógica y la psicología anarcosindicalista. Los Amigos de Durruti, según Peirats, eran autoritarios y bolchevizantes, y eso era suficiente razón como para no colaborar con ellos, hasta el extremo de aceptar el militarismo y adoptar una actitud suicida y pasiva frente al avance de la contrarrevolución burguesa. Peirats, que en el exilio acometió el encargo confederal de elaborar una historia oficial¹⁹ de la CNT durante la guerra civil, no podía aceptar que no hay nada más autoritario que una revolución triunfante. Pero esa era una lección muy difícil para los anarquistas.

* * * * *

¿Significa todo lo anterior que no existió ningún contacto de los trosquistas con Rebull, o con Los Amigos de Durruti?: No.

Por otra parte la izquierda del POUM (Josep Rebull) y Los Amigos de Durruti (Balius) mantuvieron una reunión durante las Jornadas de Mayo, pero el escaso peso numérico de ambas organizaciones, y el rechazo de Los Amigos de Durruti a lanzar un

¹⁹PEIRATS, José: La CNT en la revolución española. Tres tomos, Ruedo Ibérico, París, 1971. En esta historia oficial de la CNT Peirats apenas cita alguna vez a Los Amigos de Durruti.

manifiesto común con la célula 72, impidieron que estos contactos cuajaran en un resultado práctico²⁰.

Tras las Jornadas de Mayo, la Agrupación fue desautorizada por la dirección confederal, y aunque sus miembros no fueron expulsados definitivamente de la CNT, porque en las asambleas de los sindicatos Los Amigos de Durruti conservaron siempre cierta simpatía, no pudieron utilizar las imprentas confederales. Fue así como la Agrupación de Los Amigos de Durruti planteó la cuestión a Rebull, director administrativo de La Batalla y de las Ediciones Marxistas. Rebull, sin consultar siquiera con la dirección del POUM, obediente al más elemental, pero no por ello carente de riesgos, deber de solidaridad, cedió a la Agrupación las prensas poumistas para editar el Manifiesto, que Los Amigos de Durruti distribuyeron el 8 de mayo en Barcelona²¹.

¿Acaso significa ésto que Rebull influyera en Los Amigos de Durruti? **ROTUNDAMENTE NO.** ¿La participación de "Moulin" (Hans Freund) en las interminables discusiones de la Agrupación significaba una influencia de los trosquistas en la Agrupación? **TAMPOCO.**

Es innegable que existió un asiduo contacto de los militantes de la Sección bolchevique-leninista de España con Los Amigos de Durruti, y que varios militantes de la Agrupación recibían la prensa clandestina que editaban los trosquistas²².

Sabemos que Munis y Carreño (destacado militante de los Amigos de Durruti) eran amigos y habían sostenido conversaciones sobre la actualidad política en distintos cafés, en presencia de José Quesada²³. Entre otras cosas, habían hablado del "movimiento insurreccional de la clase obrera austriaca", en febrero de 1934, y enumerado el fracaso de todos los ensayos de insurrección intentados, en nuestro país por la CNT-FAI, empezando por Asturias. ¿Significa ésto que Munis influyó decisivamente a Carreño, o Carreño en Munis, en algún aspecto?: evidentemente, no.

El cinco de mayo de 1937, por la tarde, José Quesada, Adolfo Carlini y Jaime Balius se reunieron para comentar la situación política existente. Balius y Carlini coincidieron en que "o se ganaba el combate emprendido o se perdía Julio y la guerra". También coincidieron en que no existía más alternativa que "proseguir la lucha en las barricadas"²⁴. La reunión terminó sin ninguna decisión práctica, ni fue más allá de un cambio de impresiones.

Por otra parte esos contactos no se reducían a un mero intercambio de la prensa clandestina editada por cada grupo. Las distintas organizaciones, ilegalizadas y/o perseguidas en junio de 1937, mantenían relaciones, compartían medios e informaciones para enfrentarse a la represión, y para combatir desde la clandestinidad común, o

²⁰Entrevista de Agustín Guillamón a Josep Rebull, ya citada.

²¹ARQUER, Jordi: Història de la fundació..., op. cit.

²²En las declaraciones tomadas por el juez a Manuel Fernández-Grandizo y Martínez ("Munis"), que forman parte del sumario del Tribunal de Espionaje y Alta Traición de Cataluña contra los militantes de la Sección bolchevique-leninista de España, se lee lo siguiente: "instado a que manifieste con que grupos anarquistas estaba en inteligencia la sección bolchevique-leninista de la cual el declarante ["Munis"] es Secretario General, dice: Que en inteligencia no estaban con ninguno, ya que de estarlo lo sería con elementos que dejaran de ser anarquistas para ingresar en la sección bolchevique-leninista, agregando que solían enviar la Prensa clandestina que publicaban a algunos individuos que pertenecen a "Los Amigos de Durruti", así como también a gente de la UGT y CNT".

²³ Carta de José Quesada Suárez al autor, fechada en Tarbes, el 16 de octubre de 1996.

²⁴ Véase nota anterior.

simplemente ejercían la solidaridad entre revolucionarios. Así por ejemplo, la permanente campaña de solidaridad con los procesados en el juicio contra el POUM. O bien la información de que el capitán Narwicz era un agente de la policía, comunicado por militantes del POUM a los trosquistas. Así también la impresión clandestina, por el mismo impresor Baldomero Palau, del número 3 de La Voz Leninista y de varios números de El Amigo del Pueblo, en la imprenta sita en la calle Salmerón²⁵.

Aunque trosquistas y durrutistas no habían entablado relaciones políticas antes de Mayo del 37; y a pesar de que en los contactos establecidos durante las Jornadas de Mayo, y en las siguientes semanas, no cuajó ninguna acción conjunta; a partir de junio, con la ilegalización del POUM, de la Sección bolchevique-leninista, y del órgano de Los Amigos de Durruti, se inició una etapa de solidaridad y colaboración entre las distintas organizaciones clandestinas, e incluso de amistad personal entre sus militantes²⁶.

Así pues, podemos concluir que aunque existieron contactos de diversos grupos con la Agrupación, y por supuesto relaciones personales amistosas con distintos militantes bolchevique-leninistas, como Munis, Carlini, Quesada o Moulin, no puede hablarse con rigor de una influencia exterior, importante o decisiva, sobre Los Amigos de Durruti: CONTACTOS SI; INFLUENCIA NO.

Ya hemos expuesto ampliamente la existencia de contactos entre trosquistas, poumistas, miembros de la Agrupación y militantes anarquistas. Contactos que no consistieron sólo en la discusión y el debate político, el intercambio y la distribución de la prensa; sino que se concretaron en la lucha común en las barricadas²⁷, o incluso en memorables y arriesgadas acciones de solidaridad frente a la represión

²⁵Según consta en el acta de inspección de la imprenta de Baldomero Palau, levantada por orden del juez que instruyó el sumario contra los militantes trosquistas, en la que se dice: "En Barcelona, siendo las ocho horas y treinta minutos del catorce de febrero del año mil novecientos treinta y ocho, los funcionarios [...] en cumplimiento de órdenes superiores, y siendo portadores de la orden de registro [...] se personaron en la calle de Salmerón número doscientos cuarenta y uno, imprenta, al efecto de realizar un minucioso registro, ya que al parecer en la misma se editaban publicaciones clandestinas, en algunas de las cuales se atacaba al gobierno legalmente constituido.

Un vez en la misma, a presencia del Regente de la imprenta, llamado BARTOLOME PALAU MILLAN, domiciliado en ésta, calle de Cera [...] se procedió a efectuar el ordenado, que dio por resultado el hallazgo de tres "cabezas" tipográficas, de las que sacadas copias de igual tipo se lee lo que sigue: una con el título de "El Amigo del Pueblo", teniendo al margen derecho y en recuadro un escrito que dice "El conflicto de Espectáculos públicos, que ha sido resuelto felizmente fue una provocación de Comorera. Mientras que nuestros compañeros se batían en el frente, este miserable se emplea en torpedear la retaguardia. La unión de estos trabajadores frustra sus planes" [texto publicado en el nº 12 de El Amigo del Pueblo, el 1 de febrero de 1938]; otra correspondiente a "La Voz Leninista" y una tercera de "El Amigo del Pueblo, portavoz de Los Amigos de Durruti"; de todo lo cual se incautaron los funcionarios actuantes, para ser puesto a disposición de la Superioridad."

²⁶Cfr. la carta de G. Munis, fechada en París el 2 de octubre de 1948:

"Durante los acontecimientos de Mayo la Sección b-l se puso en relación con los Amigos de Durruti, pero no se llegó a coordinar nada por causas prácticas y también -supongo sin estar seguro- porque los Amigos de Durruti creían perder popularidad en la CNT si la dirección de ésta les acusaba de alianza con marxistas. Después de los sucesos de mayo hubo más amistad y compenetración entre ambos grupos. La influencia de ambos en la CNT creció considerablemente. Por lo general, eran los militantes de ésta quienes más distribuían "El Amigo del Pueblo" y "La Voz Leninista".

²⁷ La barricada de la calle Hospital, levantada frente al local de la Agrupación de Los Amigos de Durruti, estuvo defendida por cuatro cenetistas y tres poumistas: Pedro de la Cristina, José María Rodríguez y José Quesada Suárez (éste último pertenecía a la tendencia BL del POUM). [Según datos facilitados por José Quesada al autor en carta del 16 de octubre de 1996].

contrarrevolucionaria y estalinista. Solidaridad que estaba más próxima a la camaradería²⁸ propia de hombres de acción, que a la influencia proselitista, de carácter ideológico y organizativo, imaginada por la historiografía. O para que lo entienda hasta el más fatuo, fachendoso, falaz, postinero y gazmoño santurrón del inamovible e ilustrado gremio de los historiadores académicos: se ayudaba al camarada de otra organización sencillamente porque había demostrado "tener cojones", no porque se ejerciera un abstracto e indeterminado grado de influencia ideológica.

Sin embargo, es posible que haya quien no entienda el significado de la palabra solidaridad entre los revolucionarios.

2.- LÍMITES DE LA IDEOLOGÍA ÁCRATA Y DE LA AGRUPACION

La Agrupación de Los Amigos de Durruti fue una importantísima agrupación anarquista (emitió unos cinco mil carnés) que se constituyó en una especie de oposición al colaboracionismo de la CNT-FAI. Se aproximaba más a una rama del movimiento libertario, similar a "Mujeres Libres", que a un simple grupo de afinidad (que solía tener entre doce y treinta militantes). No estuvo influida, ni poco ni mucho, por los trosquistas, ni por el POUM. Por supuesto, conocían los trabajos de economía de los más destacados teóricos anarcosindicalistas de los años treinta, como Pierre Besnard y Christian Cornelissen, y apreciaban las obras de Malatesta y Mella. Su ideología y sus consignas fueron típicamente confederales; en ningún momento puede decirse que manifestaran una ideología marxista. En todo caso demostraron un gran interés por el ejemplo de Marat durante la Revolución Francesa, y quizás podría hablarse de una poderosa atracción por el movimiento asambleario de las secciones de París, por los sans-culottes, por los enragés, y por el gobierno revolucionario de Robespierre y Saint-Just, y probablemente por la lectura de la Historia de la Revolución Francesa redactada por Kropotkin.

Su objetivo no fue otro que el de enfrentarse a las contradicciones de la CNT, darle una coherencia ideológica, y arrancarla del dominio de personalidades y comités de responsables para devolverla a sus raíces de lucha de clases. Su razón de ser fue la crítica y oposición a la política de permanentes concesiones de la CNT²⁹, y por supuesto a la COLABORACIÓN de los anarcosindicalistas en el gobierno central y de la Generalidad. Se opusieron al abandono de los objetivos revolucionarios y de los principios ideológicos fundamentales y característicos del anarquismo, del que habían hecho gala los dirigentes de la CNT-FAI, en nombre de la unidad antifascista y la necesidad de adaptarse a las circunstancias. Sin teoría revolucionaria no hay revolución. Si los principios sólo sirven para ser desechados al primer obstáculo que nos opone la realidad, quizás sea mejor reconocer que no se tienen principios. Los máximos responsables del anarcosindicalismo español se creyeron hábiles negociadores, y fueron manipulados como títeres³⁰.

²⁸Munis y Balius, que no se conocían antes de mayo del 37, entablaron posteriormente una relación de camaradería, basada en un aprecio y respeto mutuo, tanto personal como ideológico. Amistad que se afianzó en el exilio mexicano, ya que Balius vivió en casa de Munis una temporada, según afirmaciones de Arquer.

²⁹Según Arquer [en carta a Bolloten del 16.7.1971, depositada en la Hoover Institution] Los Amigos de Durruti fueron una erupción pasajera que en un momento dado supo interpretar los sentimientos profundos de los cenetistas de Cataluña, y si hubieran triunfado los anarquistas tal vez esta tendencia se hubiera consolidado y extendido, pero derrotados, perdieron toda influencia y los dirigentes estuvieron a punto de ser expulsados.

³⁰Es increíble el grado de familiaridad, y cotidiana relación de amistad sostenido por Federica Montseny

Renunciaron a todo, a cambio de nada. Fueron unos oportunistas, sin ninguna oportunidad. La insurrección del 19 de julio no encontró un partido revolucionario capaz de tomar el poder y hacer la revolución. La CNT nunca se habían planteado qué haría una vez derrotados los militares sublevados. La victoria de julio sumió a los dirigentes anarcosindicalistas en el desconcierto y la confusión. Habían sido desbordados por el ímpetu revolucionario de las masas, que se auto-organizó en una miríada de comités revolucionarios. Y como no sabían qué hacer aceptaron la propuesta de Companys de constituir, junto con el resto de partidos, un gobierno de Frente Antifascista. Y plantearon el falso dilema de dictadura anarquista o unidad antifascista y colaboración con el Estado para ganar la guerra. No supieron qué hacer con el poder, cuando no tomarlo significaba dejarlo en manos de la burguesía. No sólo no coordinaron y centralizaron el poder de los comités, sino que sintieron cierta desconfianza hacia un tipo de organización que desbordaba los sindicatos y que no había sido previsto por la ideología anarcosindicalista. **La revolución española fue la tumba del anarquismo como teoría revolucionaria del proletariado.** Ahí es donde está el origen y la razón de ser de la Agrupación de Los Amigos de Durruti.

Sin embargo, los límites de la Agrupación eran muy nítidos y definidos. Y por lo tanto también sus limitaciones. En ningún momento se plantearon la ruptura con la CNT. Sólo un absoluto desconocimiento de la mecánica organizativa confederal podría hacernos suponer que era posible una tarea de crítica o de escisión, que no condujera inevitablemente a la expulsión, que en el caso de Los Amigos de Durruti fue evitada por la

con el embajador ruso Rosemberg, y no menos inimaginable la ayuda y promoción que Abad de Santillán intentaba prestar a un desacreditado Companys. La excelsa beatitud de los dirigentes ácratas nos explica la facilidad con la que fueron manipulados.

Véase como ejemplo de lo que decimos las propias declaraciones de Federica Montseny (PONS Agustí: Converses amb Frederica Montseny: Fredrica Montseny, sindicalisme i acràcia, Laia, Barcelona, 1977, pp. 169-170): "Abans de marxar cap a Rússia, des d'on va ser cridat, l'ambaixador Rosenberg -que s'havia fet amic meu- va voler-me veure [...]. [Jo] Viví al Metropol, que era la seu de l'ambaixada russa. Vaig ser de les darreres persones del govern que arribaren a València, quan al govern, vista la situació militar, va decidir traslladar-s'hi, des de Madrid. Ni el ministeri de Sanitat ni jo, que n'era la seva titular, vam trobar lloc on ficar-nos. Tot estava ocupat. Fins que els russos, molt gentilment, em van cedir un del pisos de l'hotel convertit en ambaixada. Molts cops en la meua habitació hi trobava un ram de clavells vermells. Però és que l'excusa de les flors servia per regirar tota l'habitació."

Aunque nos parece aún más revelador el siguiente fragmento de la carta de Federica Montseny a Bollothen, fechada en Toulouse el 31 de mayo de 1950: "Rosemberg, muy amablemente me ofreció dos habitaciones en el Hotel Metropol [en diciembre de 1936, en Valencia], ocupado por la Embajada Soviética y sus dependencias. Pienso que su intención debió ser tenerme constantemente bajo su influencia. Acepté, previa consulta hecha a Vázquez, que acababa de ser nombrado secretario de nuestro Comité Nacional, y me instalé en el Metropol. Comía en el comedor del Hotel, mezclada con los funcionarios rusos, y muchas veces en las habitaciones particulares del Embajador. Casi cada noche me rogaba pasase a ellas para tomar el café. Allí encontré a Marty, a Gallo, a Kleber, a Blucher, a Tito [?], a Gorew, a quien ya conocía de Madrid. Y muchas veces veía, o los veía mi secretario, más curioso o más indiscreto que yo, como salían o entraban en las habitaciones de Rosemberg, Alvarez del Vayo, García Oliver, López. A veces era invitado junto conmigo Mariano R. Vázquez, pasando largas horas de lenta conversación, bebiendo taza tras taza de café o de té."

Véase también el testimonio de Abad de Santillán, del secretariado peninsular de la FAI: "no estábamos complacidos del poder que significaba y podía imponer el Comité de milicias. Había un gobierno, existía la Generalidad y habríamos deseado que los mil problemas y quejas y reclamaciones que se nos traían a diario fuesen escuchados y fuesen resueltos por el gobierno legal, al que no se le quería reconocer por parte de las grandes masas. En ocasión de alguna concentración circunstancial invitábamos al presidente Companys a hacerse presente para que las gentes se habituasen a verlo como a un amigo nuestro, en el que también podían confiar." [ABAD DE SANTILLAN, Diego: Alfonso XIII, la II República, Francisco Franco, Júcar, Madrid, 1979, pág. 349].

simpatía que encontraron en la base militante confederal, aunque a costa de un férreo ostracismo, y casi un absoluto aislamiento.

El máximo objetivo de la Agrupación fue la crítica de los dirigentes de la CNT, y el fin de la política de intervención confederal en el gobierno. Querían no sólo conservar las "conquistas" de julio, sino continuar y profundizar el proceso revolucionario. Pero sus medios y su organización eran aún mucho más limitados. Eran gente de barricada, no eran buenos organizadores, y aún eran peores teóricos, aunque contaban con buenos periodistas. En mayo lo confiaron todo a la espontaneidad de las masas. No contrarrestaron la propaganda cenetista oficial. No utilizaron ni organizaron a los militantes que eran miembros de las Patrullas de Control. No dieron ninguna orden a Máximo Franco, miembro de Los Amigos de Durruti, y delegado de la división Rojinegra de la CNT, que el 4 de mayo de 1937, quiso "bajar a Barcelona" con su división, pero que regresó al frente (al igual que la columna del POUM, dirigida por Rovira) a causa de las gestiones realizadas por Molina³¹. El punto culminante de su actividad fue el cartel distribuido a finales de abril del 37, en el que se proponía el derrocamiento de la Generalidad y su sustitución por una Junta Revolucionaria; el dominio de algunas barricadas en Las Ramblas, durante los Hechos de Mayo; la lectura de un llamamiento a la solidaridad con la revolución española, dirigido a todos los trabajadores de Europa³²; la distribución en las barricadas de la famosa octavilla del día 5; y el balance de las jornadas del manifiesto del día 8. Pero no pudieron llevar las consignas a la práctica. Propusieron la formación de una columna, que saliera a enfrentarse a las tropas que venían desde Valencia; pero pronto abandonaron la idea ante el escaso eco de su propuesta. Después de los Hechos de Mayo iniciaron la edición de El Amigo del Pueblo, a pesar de la desautorización de la CNT y la FAI. En junio de 1937, aunque no fueron ilegalizados como el POUM, sufrieron la persecución política que afectó al resto de militantes cenetistas. Su órgano El Amigo del Pueblo fue editado clandestinamente a partir del número 2 (del 26 de mayo), y su director Jaime Balius padeció sucesivos encarcelamientos. Otros durrutistas perdieron sus cargos o influencia, como Bruno LLadó, concejal en el Ayuntamiento de Sabadell. La mayoría de miembros de la Agrupación padeció los intentos de expulsión de la CNT, propugnados por la FAI³³. Pese a todo continuaron editando clandestinamente el citado periódico, y en enero de 1938 el folleto Hacia una nueva revolución, cuando el triunfo de la contrarrevolución era definitivo y aplastante, y la guerra había sido ya perdida por los republicanos.

Sus propuestas tácticas más destacadas se resumían en las siguientes consignas: economía dirigida por los sindicatos, federación de municipios, ejército de milicias, defensa de un programa revolucionario, sustitución de la Generalidad por una junta revolucionaria, unidad de acción CNT-FAI-POUM.

Si hubiéramos de resumir brevemente el significado histórico y político de Los Amigos de Durruti, diríamos que fue el intento fallido, surgido del propio seno del movimiento libertario, de constituir una vanguardia revolucionaria, que pusiera fin al

³¹Carta de Balius a Bolloten, fechada en Cuernavaca el 13 de julio de 1946.

³²Según las afirmaciones de RUIZ, Pablo: "Elogio póstumo de Jaime Balius", en Le Combat Syndicaliste/Solidaridad Obrera del 9 de enero de 1981.

³³Véase los artículos en los que la FAI promovió la expulsión de Los Amigos de Durruti en el Boletín de información y orientación orgánica del Comité peninsular de la Federación Anarquista Ibérica:

"La desautorización de la entidad "Amigos de Durruti"", en el número 1, Barcelona, 20-5-1937.

"La sanción pública a los integrantes de la agrupación Los Amigos de Durruti", en el núm. 3 del 6-6-1937.

colaboracionismo de la CNT-FAI y defendiera y profundizara las "conquistas" revolucionarias de julio.

Fue un intento fallido porque se mostraron incapaces, no ya de realizar en la práctica sus consignas, sino siquiera de propagar eficazmente sus ideas y dar orientaciones prácticas para luchar por ellas. Quizás el aterrorizado burgués y el camuflado cura los vieron como un grupo de brutos salvajes, pero entre sus miembros cabe contar a periodistas como Balius, "Mingo" y "Liberto Callejas", a mandos de columnas milicianas como Pablo Ruiz, Francisco Carreño y Máximo Franco, a concejales como Bruno LLadó, a destacados sindicalistas como Francisco Pellicer, al líder de las Juventudes Libertarias Juan Santana Calero, a destacados militantes y oradores anarquistas como Vicente Pérez "Combina", sin negar ni menospreciar la existencia, valor y necesidad de probados hombres de acción como Progreso Ródenas. Sus orígenes remotos cabe buscarlos entre los libertarios que compartieron la experiencia revolucionaria de la insurrección del Alto Llobregat en enero de 1932, y en el grupo de afinidad faista "Renacer" entre 1934 y 1936. Sus orígenes más inmediatos se encuentran en la oposición a la militarización de las milicias (sobre todo en el sector de Gelsa de la Columna Durruti), y en la defensa de las conquistas revolucionarias y la crítica al colaboracionismo cenetista, expresado en artículos publicados en Solidaridad Obrera (desde julio hasta primeros de octubre), en Ideas y La Noche (desde enero hasta mayo de 1937), especialmente por Balius. Sus instrumentos de lucha fueron la octavilla, el cartel, el diario y la barricada; pero jamás se plantearon la escisión o la ruptura como un arma de combate, ni la denuncia del papel contrarrevolucionario de la CNT, o por lo menos, durante las Jornadas de Mayo, el enfrentamiento con los dirigentes confederales para intentar contrarrestar las consignas derrotistas de la CNT-FAI.

Sin embargo, la importancia histórica de Los Amigos de Durruti es innegable. Y radica precisamente en su carácter de oposición interna a la orientación colaboracionista del movimiento libertario. La importancia política de su surgimiento fue detectada inmediatamente por Nin, que les dedicó un elogioso y esperanzador artículo³⁴, porque abrían la posibilidad de una orientación revolucionaria de las masas cenetistas, que se opusieran a la política claudicante y colaboracionista de la CNT. De ahí el interés que tanto el POUM, como los trosquistas³⁵, mostraron por influir en Los Amigos de Durruti; cosa que jamás consiguieron.

Las principales aportaciones teóricas de la Agrupación al pensamiento anarquista pueden resumirse en estos puntos:

- 1.- Necesidad de un programa revolucionario.
- 2.- Es necesario sustituir el Estado capitalista por una Junta Revolucionaria, que ha de estar dispuesta a defender la revolución de los seguros ataques de los contrarrevolucionarios.

El tradicional apoliticismo anarquista hizo que la CNT careciera de una teoría de la revolución. Sin teoría no hay revolución, y no tomar el poder significó dejarlo en manos del Estado capitalista. Para la Agrupación el CCMA fue un órgano de colaboración de clases, y sólo sirvió para apuntalar y fortalecer al Estado burgués, que no se quiso ni se supo destruir. De ahí la necesidad propugnada por Los Amigos de Durruti de constituir una

³⁴NIN, Andrés: "Ante el peligro contrarrevolucionario ha llegado la hora de actuar". La Batalla (4 de marzo de 1937).

³⁵Véase el artículo de Munis sobre Los Amigos de Durruti, publicado en La Voz Leninista, número 2 (23 agosto 1937), con el título "La junta revolucionaria y los "Amigos de Durruti"".

Junta Revolucionaria, capaz de coordinar, centralizar y fortalecer el poder de los múltiples comités obreros, locales, de defensa, de empresa, milicianos, etcétera, que fueron los únicos detentadores del poder entre el 19 de julio y el 26 de setiembre. Un poder atomizado en múltiples comités, que detentaban localmente todo el poder, pero que al no federarse, centralizarse y fortalecerse entre sí, fueron canalizados, debilitados y transformados por el CCMA en ayuntamientos frentepopulistas, direcciones de empresas sindicalizadas y batallones de un ejército republicano. Sin la destrucción total del Estado capitalista, las jornadas revolucionarias de julio del 36 no podían dar paso a una nueva estructura de poder obrero. La degeneración y el fracaso final del proceso revolucionario eran inevitables. Sin embargo el enfrentamiento, entre el anarquismo reformista de la CNT-FAI y el anarquismo revolucionario de Los Amigos de Durruti, no fue lo bastante preciso y contundente como para provocar una escisión que clarificara las posiciones antagónicas de ambos.

Aunque el pensamiento político expresado por Los Amigos de Durruti fue un intento de comprensión de la realidad de la guerra y la revolución española desde la ideología anarcosindicalista, una de las principales razones de su rechazo por la militancia confederal fue su carácter autoritario, "marxista" o "bolchevizante". Podemos concluir que Los Amigos de Durruti se hallaron ante un callejón sin salida. No podían aceptar el colaboracionismo de los cuadros dirigentes de la CNT y el avance de la contrarrevolución; pero si teorizaban las experiencias de la revolución española, esto es, la necesidad de una Junta revolucionaria, que derrocará el gobierno burgués y republicano de la Generalidad de Cataluña, y reprimiera por la fuerza a los agentes de la contrarrevolución, entonces eran calificados de marxistas y autoritarios³⁶, y perdían por lo tanto toda posibilidad de proselitismo entre la base confederal. Cabe preguntarse si el callejón sin salida de Los Amigos de Durruti, no era más que el reflejo de la incapacidad teórica del anarcosindicalismo español para enfrentarse a los problemas planteados por la guerra y la revolución.

Así pues, debemos concluir que la Agrupación no supo, ni pudo, superar las limitaciones impuestas por la ideología ácrata, sino que por el contrario fue la expresión más evidente de las contradicciones existentes en las aspiraciones revolucionarias del anarquismo: **anhelaban la revolución, pero operaban en el seno de la lógica capitalista. Los Amigos de Durruti plantearon el problema de la revolución en su totalidad, pero no supieron encontrar ninguna respuesta** en las condiciones históricas de la revolución española. Sobre todo si tenemos en cuenta que su punto de partida era la absoluta fidelidad a la CNT, y su máximo objetivo la restauración de la credibilidad de esa organización sindical. La superación de los límites del anarcosindicalismo y del anarquismo no pudo hacerse desde el seno de la ideología libertaria.

Agustín Guillamón. Barcelona, febrero 2009.

³⁶El calificativo de autoritarios, que entre libertarios es un insulto, no era sin embargo producto de la propaganda confederal, puesto que una de las adquisiciones teóricas más importantes de la Agrupación radica precisamente en afirmar el carácter autoritario, o totalitario, que tiene cualquier revolución. Esta afirmación de Los Amigos de Durruti se repite en diversas ocasiones. La primera se hace en un artículo de Badius publicado el 6-12-1936, con el título "El testamento de Durruti", y se pone en labios de Durruti, en su arenga del 5-11-1936 desde el frente de Madrid; y la última en la introducción de 1978 a la versión inglesa del folleto Hacia..., que dice así: "En nuestro folleto de 1938 nosotros afirmamos que todas las revoluciones son totalitarias".

Para una exposición más amplia y detallada, véase: GUILLAMÓN, Agustín: Barricadas en Barcelona. La CNT de la victoria de julio de 1936 a la necesaria derrota de mayo de 1937. Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona, 2007.

3.

“La cuestión Trotsky”.

Traducción de un artículo de Amadeo Bordiga (1925)

La discusión recientemente concluida con las medidas adoptadas por el CE y la Comisión de control del Partido comunista ruso contra el camarada Trotsky se ha basado exclusivamente en el prefacio escrito por Trotsky al tercer volumen de su libro "1917", publicado en ruso hace pocos meses; el prefacio está fechado el 15 de septiembre de 1924.

La discusión sobre la política económica rusa y sobre la vida interna del partido, que anteriormente había opuesto Trotsky al CC, se había cerrado con las decisiones del XIII Congreso del partido y del V Congreso mundial, y Trotsky no las ha reabierto. Se señalan otros textos en la polémica actual, como el discurso al congreso de los veterinarios y el opúsculo "Sobre Lenin", pero el primero data del 28 de julio, época en la que todavía estaba en Moscú la delegación al V Congreso, donde no levantó polémica alguna; el segundo ha sido escrito aún mucho antes y fue ampliamente citado en la prensa comunista de todos los países, sin que objeción alguna fuese presentada por los órganos del partido.

El texto del prefacio sobre el que se desata el debate no ha sido presentado a los camaradas italianos. La prensa comunista internacional no lo ha recibido, y por consiguiente, no habiendo escrito ulteriormente Trotsky, ni nadie más, en apoyo de esas tesis, sólo se han publicado escritos refutando ese prefacio. Lo que ha abierto la polémica contra Trotsky, o sea el artículo de la redacción de "Pravda" de finales de octubre, ha sido publicado en apéndice por "L'Unità". En cuanto al propio prefacio, ha aparecido en italiano un resumen en "Critica Fascista" números 2 y 3 del 15 de enero y 1 de febrero de este año, y las primeras páginas han sido reproducidas en "Avanti!" del 30 de enero. En francés el prefacio completo ha sido publicado en los "Cahiers du bolchevisme", revista del Partido comunista francés, en los números 5 y 6 del 19 y 26 de diciembre de 1924.

El prefacio a "1917" trata de las enseñanzas de la revolución rusa de Octubre desde el punto de vista de la adecuación del partido revolucionario a la misión histórica de la lucha final por la conquista del poder. Recientes acontecimientos de la política internacional han planteado este problema: una vez realizadas las condiciones objetivas históricas para la conquista del poder por parte del proletariado, esto es, inestabilidad del régimen y del aparato estatal burgués, empuje de las masas a la lucha, orientación de amplios estratos proletarios hacia el partido comunista; cómo garantizamos que esto sea suficiente para dar la batalla, tal como respondió el partido ruso en Octubre de 1917, bajo la guía de Lenin.

Trotsky presenta la cuestión del siguiente modo. Le experiencia nos enseña que en el momento de la lucha suprema en el seno del partido comunista suele manifestarse la formación de dos corrientes: una que contempla la posibilidad de la insurrección armada o la necesidad de no retrasarla, y la otra que, en el último momento, bajo el pretexto de que la situación no está madura y que la relación de fuerzas es desfavorable, propone el

aplazamiento de la acción, tomando en la práctica una posición no revolucionaria y menchevique. En 1923 esta tendencia predominó en Bulgaria, en la época del golpe de Zankoff, y en Alemania en octubre, determinando la renuncia a una lucha que podía habernos dado el éxito. En 1917 esta corriente se manifestó en el seno del propio partido bolchevique, y si fue vencida se debió a Lenin, cuya formidable energía impuso a los dudosos el reconocimiento de la situación revolucionaria y la prioridad absoluta de desencadenar la acción insurreccional. Hay que estudiar la conducta, en 1917, de la oposición de derecha contra Lenin en el partido bolchevique, confrontarlo con las de los adversarios de la lucha surgidos de nuestras filas en Alemania en 1923, y con los casos análogos. El lenguaje de los responsables del aplazamiento de la lucha y su actitud política concuerda de tal modo en ambos casos, que es necesario plantear las medidas a tomar en la Internacional para que prevalezca en los momentos decisivos el auténtico método leninista y no sean esquivadas las posibilidades históricas de la revolución.

La conclusión más importante que a nuestro parecer emerge del eficaz análisis al que Trotsky somete la preparación y puesta a punto de la lucha de Octubre en Rusia, es que las reticencias de la derecha no se presentan sólo como un error en la valoración de las fuerzas y en la elección del momento de la acción, sino como una verdadera incompreensión del principio del proceso histórico revolucionario, y como la propuesta de que desemboque en algo distinto a la dictadura del proletariado para la construcción del socialismo, en el que radica el contenido vital del marxismo revolucionario reivindicado y realizado en la historia por la obra del gigantesco Lenin.

Y en efecto, el grupo de camaradas dirigentes del partido bolchevique que entonces se opuso a Lenin no sostenía sólo que aún se debía esperar, sino que oponía a las consignas programáticas leninistas: dictadura socialista del proletariado, todo el poder a los soviets, disolución de la Asamblea Constituyente; otras fórmulas, como una combinación del Soviet y de un parlamento democrático, el gobierno de todos los partidos soviéticos, o sea de una coalición de comunistas y socialdemócratas, y esto no como un expediente táctico de transición sino como formas permanentes de la revolución rusa. Se enfrentaban pues dos concepciones de principio: la dictadura soviética dirigida por el partido comunista, o sea, la revolución proletaria con toda su potente originalidad como hecho histórico dialécticamente opuesto a la revolución democrática burguesa de Kerensky, que es un concepto leninista; y la marginación de la izquierda, la defensa del extranjero y de la revolución popular contra el zarismo, o sea, completar el triunfo de la burguesía y de la pequeña burguesía.

Trotsky, sintetizador magnífico entre quienes vivieron las experiencias y verdades revolucionarias, destaca sutilmente que en el período revolucionario los reformistas abandonan el terreno del socialismo formal, esto es, de la victoria de la clase proletaria obtenida con métodos democráticos y legales burgueses al puro terreno de la democracia burguesa, convirtiéndose en los paladines y agentes directos del capitalismo. Paralelamente un ala derecha del partido revolucionario ocupa de hecho el lugar que éstos dejan libre, reduciendo sus propias funciones a la invocación de una verdadera democracia proletaria o algo parecido, cuando ha llegado ya el momento de proclamar la quiebra de todas las democracias y de pasar a la lucha armada.

Esta valoración de la actitud de aquellos bolcheviques que no estuvieron entonces con Lenin es indudablemente grave, pero emerge de la exposición de Trotsky a través de documentadas citas — no desmentidas — de las declaraciones de los propios

derechistas y de Lenin en respuesta a éstos. La necesidad de plantear este problema resulta además del hecho de que ya no tenemos a Lenin; y que sin él ya habíamos perdido nuestro Octubre de Berlín: hecho de alcance histórico internacional que destruye toda consideración de oportunidad y tranquila vida interna. Trotsky vio este problema de forma análoga a como la delegación italiana lo había sostenido durante el V Congreso: el error alemán no puede ser liquidado echándolo sobre los derechistas que entonces dirigían el partido alemán, sino que exige la revisión de la táctica internacional de la Internacional y la verificación de su modo interno de organizarse, de trabajar y de prepararse para las tareas de la revolución.

La desidia en el partido bolchevique en vísperas de la revolución puede seguirse como una serie de vigorosas intervenciones de Lenin para rectificar la línea y eliminar las dudas. Ya en su carta desde Suiza Lenin había iniciado esta labor. A su llegada se puso decididamente contra el derrotismo, esto es, contra la actitud sostenida, entre otros, por "Pravda" que espoleaba a los trabajadores a la guerra contra los alemanes para salvar la revolución. Lenin decretó que nosotros tendríamos una revolución que defender cuando no estuvieran en el gobierno los oportunistas, agentes de la burguesía, sino el partido del proletariado.

Era sabido que la consigna del partido bolchevique había sido hasta entonces la de "dictadura democrática del proletariado y de los campesinos". En su escrito Trotsky no pretende en realidad que esta fórmula fuera errónea, que históricamente falló y que Lenin la sustituyó por una fórmula equivalente a la de Revolución permanente sostenida por Trotsky y sus amigos en otros tiempos. Muy al contrario, Trotsky reivindica la corrección de esa fórmula tal y como la concebía y aplicaba el genio revolucionario de Lenin, esto es, como consigna táctica y de agitación aplicable antes de la caída del zarismo, y que de hecho se realizó, en cuanto después del zar no se implantó en Rusia una auténtica democracia parlamentaria burguesa, sino una dualidad entre un débil Estado burgués parlamentario y los nacientes órganos del poder proletario y campesino, los Soviets. Pero apenas abierta esta fase, para la cual la historia ha confirmado lo justo que era el esquema leninista, Lenin volvió rápidamente – no sólo como orientación de la política del partido sino también como cambio externo de las fórmulas de propaganda – a las posiciones más avanzadas de preparar la segunda y auténtica revolución, de caminar con la insurrección armada hacia la dictadura socialista y soviética del proletariado, y por supuesto como guía constante de las falanges de campesinos en lucha por su emancipación del régimen agrario feudal.

Trotsky ataca el problema de la incomprensión del verdadero genio estratégico de Lenin por parte de aquellos que, como han hecho tantos maximalistas italianos, invocan a cada paso su teoría y práctica del compromiso y la elasticidad de maniobra. Lenin maniobra, pero la maniobra no pierde nunca de vista el objetivo supremo. Para otros, demasiado a menudo la maniobra se convierte en un fin en sí misma, y paraliza la posibilidad de una transformación revolucionaria, mientras que en Lenin vemos como la ductilidad cede el puesto a la más implacable rigidez cuando está en juego la revolución y el exterminio de los enemigos y de los saboteadores. El propio Lenin, con citas extraídas de Trotsky, estigmatiza esta incapacidad de adaptarse a las nuevas situaciones revolucionarias, y de cambiar una fórmula de polémica indispensable en la época precedente a los bolcheviques, con un non plus ultra para su política posterior. Aquí está toda la gran problemática de la táctica comunista y de sus peligros que venimos discutiendo desde hace años, además de las conclusiones que se pueden alcanzar con el objetivo de evitar

este dañoso escamoteo del verdadero contenido revolucionario de las enseñanzas de Lenin.

Trotsky expone como para Lenin siempre ha estado claro que la revolución rusa, antes de la implantación del socialismo en Occidente, pasaría por la fase transitoria de la dictadura democrática, o sea, por una fase pequeño-burguesa, para llegar a la fase de la integral dictadura comunista. Los derechistas, al preconizar un gobierno de coalición obrera y despreciar la lucha insurreccional, mostraban que hacían propia la posición menchevique, según la cual Rusia, incluso liberada del zarismo, debía esperar que la revolución socialista triunfara en los demás países, antes de derrocar también las formas de la democracia burguesa. El prefacio de Trotsky sella enérgicamente este error, muy característico del antileninismo.

Estos problemas fueron enérgicamente debatidos por el partido en la conferencia de abril de 1917. Desde entonces Lenin no deja de machacar con fuerza la idea de la toma del poder. Despedaza el engaño parlamentario, más tarde califica de vergonzosa la decisión del partido de participar en el preparlamento, asamblea democrática provisional que se convoca en espera de las elecciones de la Constituyente. Desde julio, Lenin, pese a seguir con la máxima atención la evolución de la orientación de las masas, y aún sabiendo imponerse un período de espera después del ensayo y aún reconociendo la insurrección fallida en aquellos meses, pone en guardia a los camaradas contra los mismos engaños de la legalidad soviética. Les dice que no hay que atarse las manos aplazando la lucha para la convocatoria de la Constituyente, ni tampoco para el segundo Congreso de los Soviets, ni en espera de las decisiones de la mayoría de ese congreso, que podría estar aún en manos de los oportunistas, de forma que fuera desperdiciada la hora propicia de derrocar con las armas al gobierno democrático. Es sabido que Lenin llegó a decir en determinado momento que hubiera llevado el partido al poder aun sin los Soviets, razón por la que algunos le calificaron de blanquista. Y Trotsky (sobre el que quisieran apoyarse los imbéciles campeones de la democracia contra las tesis dictatoriales) advirtió una vez más a los camaradas europeos que ni siquiera de los Soviets deberíamos hacer un fetichismo mayoritario, porque nuestro gran elector es el fusil en las manos del obrero insurgente, que no piensa en depositar papeletas de voto sino en golpear al enemigo. Esto no excluye el concepto leninista sobre la necesidad de que las masas estén con nosotros, y la imposibilidad de sustituir su acción revolucionaria por la de un puñado de hombres resueltos. Pero, ganadas las masas, y ése es el elemento en discusión, es necesario un partido o un Estado Mayor que no interponga entre las masas y la lucha desviaciones y tergiversaciones. Podemos y debemos esperar a las masas, pero el partido no podrá, si no quiere la derrota, hacerlas esperar: he ahí la forma de plantear el tremendo problema que pesa sobre todos nosotros, mientras la burguesía permanece aún en pie en medio de su crisis.

El 10 de octubre de 1917 el Comité Central del partido bolchevique decide la insurrección. Lenin ha vencido.

Pero la decisión no es unánime. Los disidentes, al día siguiente, envían a las principales organizaciones del partido una carta sobre el momento presente que estigmatiza las decisiones de la mayoría, declara imposible la insurrección y asegura la derrota. Y el 18 de octubre los nuestros siguen escribiendo aún contra la decisión del partido. Pero el 25 de octubre la insurrección ha vencido y el gobierno soviético se instala en Petrogrado. Y el 4 de noviembre, después de la victoria, los disidentes a Lenin dimiten del Comité

Central para poder defender libremente sus tesis en el partido: no se debe, como sostiene Lenin, constituir un gobierno del partido, sino servirse del poder conquistado para formar un gobierno compartido con todos los partidos soviéticos, o sea los mencheviques y social-revolucionarios de derecha representados en el Soviet. Se debe igualmente convocar la Constituyente y dejarla funcionar: tal tesis sigue siendo defendida en el propio Comité Central, mientras no prevalece la línea de Lenin, y hasta que la Constituyente no es disuelta por los guardias rojos.

La historia de la disidencia es, si se quiere, breve. Los camaradas de que se trata reconocieron su error. Esto es correctísimo y no se trata por cierto de descalificar a esos camaradas. Pero que reconocieran el error, ante la revolución victoriosa y consolidada, era algo inevitable, a menos que pasaran sin más a engrosar las filas de los contrarrevolucionarios. Queda el problema que surge con toda su gravedad de la más sencilla observación: si Lenin hubiese permanecido en minoría en el Comité Central y la insurrección hubiera fracasado a causa de la desconfianza arrojada previamente sobre ella por una parte de sus jefes, éstos hubieran hablado en los mismos términos en los que lo hacen los camaradas responsables de la dirección del partido alemán durante la crisis de octubre de 1923. Lo que Lenin desbarató en Rusia, no pudo hacerlo la Internacional en Alemania. En estas condiciones, si la Internacional quiere vivir de hecho en la tradición de Lenin, debe obrar de modo que no pueda encontrarse de nuevo ante tal dilema: la historia no ofrece generosamente situaciones revolucionarias, y desaprovecharlas deja el doloroso lastre que todos conocemos y sufrimos.

Los camaradas deberán considerar que el contenido del debate no está todo aquí, si se refieren a los motivos por los que Trotsky ha sido reprobado en la moción publicada, y a los argumentos de la polémica, como los repite resumiéndoles el autor de los artículos firmados A.P. En lo que atañe al camarada Trotsky, los problemas planteados se reducen a cuanto he expuesto; aunque es cierto que de la otra parte se ha respondido sometiendo a un proceso toda la actividad política desarrollada por el camarada Trotsky durante su vida. Se ha hablado de un trosquismo que, opuesto al leninismo, se desarrolla desde 1903 hasta hoy en una línea de continuidad, y que se presenta siempre como una lucha de derecha contra las órdenes del partido bolchevique. Así es como se ha encrespado y agravado la disidencia, pero sobre todo desviado la discusión eludiendo el problema vital planteado por Trotsky en los términos que hemos examinado.

Señalaré sólo brevemente las acusaciones lanzadas contra Trotsky desde un campo ajeno al que trata en su prefacio.

Un trosquismo existía realmente desde 1903 hasta 1917, y era un actitud de centrismo y de integración entre mencheviques y bolcheviques, más bien confusa y teóricamente dudosa, que en la práctica oscilaba de derecha a izquierda, y que fue justamente combatida por Lenin sin demasiados miramientos, tal y como era habitual en Lenin con sus oponentes. En ninguno de sus escritos posteriores a 1917, o sea desde su entrada en el partido bolchevique, Trotsky reivindica sus opiniones de entonces, sino que las reconoce erróneas, y en su última carta al Comité Central dice que "considera el trosquismo como una tendencia desaparecida desde hace mucho tiempo". Se le acusa de haber hablado sólo de "errores de organización". Pero la ruptura de Trotsky con su pasado antileninista no ha de buscarse en un acto legal de abjuración, sino en sus obras y escritos posteriores a 1917. En el prefacio Trotsky intenta demostrar su completo acuerdo con Lenin antes de Octubre y durante Octubre, pero se refiere explícitamente al

período siguiente a la revolución de Febrero, y observa que aún antes de llegar a Rusia, en artículos escritos en los Estados Unidos de América, expresó opiniones enfrentadas a las de Lenin en sus cartas desde Suiza. Con esto no pretende ocultar que era él quien, ante las enseñanzas de la historia, se situaba en el mismo terreno de Lenin, antes erróneamente combatido.

Trotsky discute con el derecho y desde la posición de miembro del partido bolchevique que reprochará a la derecha de su partido un contenido que adolece de los mismos errores mencheviques durante el período de la revolución. El hecho de haber estado, en el período anterior a la revolución y la lucha suprema, lejano de tales errores, y al lado de Lenin, miembro de su preciosa escuela, sólo otorgaba mayores deberes a sus lugartenientes para sostener válidamente la acción sin deslizarse sobre los errores de la derecha del partido.

Por esta razón, atribuir a Trotsky la tesis sobre la imposibilidad de la revolución proletaria en Rusia antes que en otros países, tesis que el prefacio a "1917" critica sin embargo como un error propio de la derecha del partido, significa invertir los auténticos términos del debate y manipular unilateralmente la información.

Si aceptáramos la existencia de un nuevo trosquismo, lo cual no es cierto, ningún puente podría unirlo con el viejo. El nuevo en todo caso estaría a la izquierda, mientras el viejo estaba a la derecha. Y entre los dos se sitúa un período de magnífica actividad comunista de Trotsky contra los oportunistas socialdemócratas, incontestablemente reconocida por el resto de los colaboradores de Lenin como rigurosamente bolchevique.

¿Dónde está mejor expuesta la polémica de Lenin contra los oportunistas socialdemócratas que en los escritos de Trotsky, sin poder dejar de citar entre todos ellos Terrorismo y comunismo? En todos los congresos del partido ruso, de los Soviets, de la Internacional, Trotsky ha elaborado informes y discursos que difunden fundamentalmente la política del comunismo en los últimos años, y que nunca se han contrapuesto a los de Lenin en cuestiones importantes, y absolutamente nunca si hablamos de los Congresos internacionales, en los que Trotsky siempre ha expuesto los manifiestos oficiales, en los que paso a paso ha compartido con Lenin la polémica y la obra para consolidar la nueva Internacional, eliminando los residuos oportunistas. Ningún otro intérprete de Lenin alcanza en este período la solidez de concepción de Trotsky sobre temas fundamentales de la doctrina y de la política revolucionaria, mientras se pone a la par con el maestro en la perfecta eficacia de la exposición y la presentación de esos postulados en la discusión y la propaganda.

No puedo decir menos del papel desempeñado por Trotsky como dirigente en la lucha revolucionaria y en la defensa política y militar de la revolución, porque no tengo ni la intención ni la necesidad de hacer una apología de Trotsky; pero creo que por lo menos se puede invocar ese pasado para resaltar la injusticia de la exhumación del viejo juicio de Lenin sobre el amor de Trotsky por la frase revolucionaria y de izquierda, insinuación que es mejor reservar para aquellos que han demostrado que sólo saben ver las revoluciones desde la lejanía, y por supuesto a muchos ultrabolcheviques occidentales.

Se dice que Trotsky ha representado en la citada polémica con el partido a los elementos pequeño-burgueses. No es posible ocuparnos aquí de todo el contenido de tal discusión,

pero no podemos olvidar: primero, que en lo que concierne a la política económica de la república, la mayoría del partido y del Comité Central hicieron propias las propuestas de la oposición y de Trotsky; segundo, que la oposición tenía una composición heterogénea y ciertamente no podía cargarse a Trotsky las opiniones de Radek sobre la cuestión alemana, del mismo modo que es inexacto atribuirle las de Krassin y otros por dar mayores concesiones al capital extranjero; tercero, que en la cuestión de la organización interna del partido Trotsky no sostenía el fraccionalismo sistemático y la descentralización, sino un concepto marxista, y no mecánico ni sofocante, de la disciplina. La necesidad de claridad en esta grave cuestión se hace cada día más urgente, pero necesariamente debería ser tratada en otro lugar. Pero la acusación de que Trotsky es un exponente de tendencias pequeño-burguesas se destruye contra la de que Trotsky subvaloraba la función de los campesinos en la revolución frente a la del proletariado industrial, otro perno gratuito de la polémica, dado que la tesis agraria de Lenin encuentra en Trotsky un fidelísimo seguidor e ilustrador (y en este asunto el propio Lenin no se oponía a que se dijera que había robado el programa a los socialistas revolucionarios). Todos estos intentos de echar sobre Trotsky connotaciones antibolcheviques no nos convencen en absoluto.

Trotsky estuvo en desacuerdo con Lenin, después de la revolución, en la cuestión de la paz de Brest-Litovsk y en la del sindicalismo de Estado. Son cuestiones ciertamente importantes, pero que no pueden clasificar como antileninistas a otros líderes que entonces estuvieron en la tendencia de Trotsky. Sobre tales errores parciales no puede sostenerse la compleja construcción que quiere hacer de Trotsky nuestro anticristo con miles de citas y observaciones en los que la cronología y la lógica brillan por su ausencia.

Hasta llega a decirse que Trotsky está en desacuerdo con la Internacional en la valoración de la situación mundial, que él considera con pesimismo, y que los hechos han desmentido su previsión sobre la fase democrático-pacifista. Lo cierto es que se le confió elaborar un manifiesto del V Congreso precisamente sobre este tema, que fue adoptado con levísimas modificaciones. Trotsky habla de la fase pacifista como de un peligro contra el que los comunistas deben reaccionar subrayando, en los períodos democráticos, que es inevitable llegar a la guerra civil y al dilema entre las dos dictaduras opuestas. En cuanto al pesimismo, más bien es él quien denuncia el pesimismo de los demás, afirmando, que como decía Lenin en Octubre, cuando se pierde el momento favorable a la lucha insurreccional le sigue un momento desfavorable: la situación en Alemania ha confirmado colmadamente tal valoración. El esquema de Trotsky sobre la situación mundial no se limita a ver instalado en todas partes un gobierno burgués de izquierda, sino que es un análisis profundo de las fuerzas en juego en el mundo capitalista del que en sustancia no se ha desprendido ninguna declaración de la Internacional, y que se adhiere a la tesis fundamental de que la actual crisis capitalista es insuperable.

Los elementos antibolcheviques sostendrían a Trotsky. Naturalmente deben complacerse ante la afirmación oficial de que uno de nuestros grandes dirigentes ha abandonado los principios de nuestra política, está contra la dictadura, quiere el retroceso a fórmulas pequeño-burguesas, etcétera. Pero ya algunos diarios burgueses han aclarado que nada puede esperarse, que Trotsky más que nadie está contra la democracia y a favor de la implacable violencia de los revolucionarios contra sus enemigos. Si burgueses y socialtraidores esperan realmente que Trotsky haga una

revisión del leninismo o del comunismo a su conveniencia, están muy equivocados. Sólo el silencio y la pasividad de Trotsky podrían permitir una leve esperanza a esta leyenda, a esta especulación de nuestros enemigos. Por ejemplo, el prefacio que se discute ha sido publicado, es cierto, por una revista fascista, pero la redacción, adjunta al final del texto, se ha visto obligada a aclarar garbosamente que por favor no se crea nadie que la opinión de la revista sea ni por aproximación paralela a la de Trotsky. Y "Avanti!" hace sencillamente reír cuando elogia a Trotsky, al mismo tiempo que publica el fragmento en el que, para sostener su tesis, se cita también el caso italiano como prueba de la bancarrota revolucionaria a causa de la insuficiencia de los partidos, refiriéndose por lo tanto precisamente al partidazo socialista. Los comunistas alemanes del ala derecha acusados de trosquismo se han puesto a chillar que no es verdad, porque ellos sostienen exactamente lo contrario de lo que Trotsky ha escrito: la imposibilidad de la revolución de Octubre de 1923 en Alemania. Por otra parte, estas discutibles solidaridades desde orillas opuestas jamás pueden servir como argumento para establecer nuestras orientaciones políticas, pues así nos lo ha enseñado ya la experiencia.

Trotsky debe ser juzgado por lo que dice y escribe. Los comunistas no deben ser personalistas, y el día en que Trotsky traicionase sería necesario quemarlo sin contemplaciones. Pero la traición no debe serle atribuida por abuso de sus adversarios o de la privilegiada posición de éstos en el debate. Todas las acusaciones referentes a su pasado caen con la mera observación de que se sustentan en el prefacio a "1917", que en realidad no trata de tal cosa, mientras anteriormente no se había creído necesaria tal ofensiva.

La polémica contra Trotsky ha dejado en los trabajadores un sentimiento de pena y ha producido en los labios de los enemigos una sonrisa de triunfo. Y en verdad ahora nosotros queremos que amigos y enemigos sepan que también sin Trotsky, o contra Trotsky, el partido proletario sabría vivir y vencer. Pero mientras los resultados sean aquellos a los que hasta hoy ha llegado el debate, Trotsky no es hombre para abandonar al enemigo. En sus declaraciones Trotsky no ha renunciado ni a una línea de lo que ha escrito, y eso no es contrario a la disciplina bolchevique, pero también ha declarado que nunca ha querido crearse una base política personal y fraccional, y que está más unido que nunca al partido. No podía esperarse otra cosa de un hombre que se cuenta entre los más dignos de estar a la cabeza del partido revolucionario. Pero aún más allá de la cuestión sensacionalista de su personalidad, los problemas por él planteados permanecen; y no deben ser eludidos sino afrontados.

Amadeo Bordiga.

Traducción de A. Guillamón para *Balance. Cuadernos de historia.*

NOTA del traductor: Amadeo Bordiga escribió este artículo el 8 de febrero de 1925, enviándolo a la dirección del partido para su publicación. El artículo fue retenido durante meses, y sólo fue publicado, como parte de la campaña contra el fraccionalismo, iniciada por la dirección estalinista del partido contra el Comitato d'Intesa de la Izquierda, en fecha tan tardía como la del 4 de julio de 1925.

4.

Debate historiográfico

1.- Artículo de Andrés Devesa:

“España, 1936. El fantasma de la Revolución conjurado”.

2.- Artículo de Roi Ferreiro:

“Apuntes críticos al texto *“España 1936. El fantasma de la revolución conjurado”*, de Andrés Devesa”.

3.- Artículo de Agustín Guillamón:

“Crítica de la crítica de Ferreiro a Devesa”.

Nota:

Los artículos de Andrés Devesa, Roi Ferreiro y Agustín Guillamón han sido publicados previa autorización expresa de cada autor. Las páginas de **“Balance. Cuadernos de historia”** permanecen abiertas a cualquier aclaración, o réplica **pertinente**, que enriquezca o complemente este debate histórico: basta con escribir al e-mail: chbalance@gmail.com

4.1.- Artículo de Andrés Devesa: “España, 1936. El fantasma de la Revolución conjurado”.

Manifiesto por una memoria histórica de la Revolución Española y de las víctimas de la contrarrevolución estalinista

La memoria silenciada

“La memoria humana es un instrumento maravilloso, pero falaz.” Primo Levi

En los últimos años del siglo XX y en estos comienzos del XXI se han venido desarrollando en todo el Estado español una serie de iniciativas para la recuperación de la memoria histórica que han logrado rescatar del olvido algunos de los hechos más trágicos de la reciente historia española, así como la memoria [\[1\]](#) –colectiva e individual– de sus protagonistas. Las víctimas de la guerra civil y la dictadura franquista han sido devueltas a la luz del presente, siendo su papel en la historia reivindicado, su nombre y acciones recordados y la dignidad que les robó el fascismo restaurada. Era ésta una labor justa y necesaria de la que lo único que cabe lamentar es lo tardíamente que ha sido emprendida, cuando muchos de aquellos hombres y mujeres que ya mucho que murieron.

Sin embargo, al mismo tiempo que se recupera esa memoria, hay otra que sigue siendo negada. Existen otras víctimas de ese mismo período de nuestra historia que han sido silenciadas, olvidadas, escondidas en un oscuro cajón, cuando no miserablemente vilipendiadas e injuriadas. Hablo de las víctimas de la contrarrevolución estalinista. Víctimas de izquierdas que murieron a manos de verdugos que se decían de izquierdas. Anarquistas como Camilo Berneri, poumistas como Andreu Nin o republicanos como José Robles. Nombres conocidos y otros muchos –muchísimos más– anónimos. Revolucionarios que luchaban por la consecución de un ideal, personas íntegras que se atrevieron a denunciar los crímenes estalinistas o que simplemente se cruzaron en el camino de la contrarrevolución, vieron lo que no debían ver o escucharon lo que no debían escuchar. Doblemente vencidos, doblemente olvidados.

Es imprescindible recuperar también la memoria de estos hombres y mujeres, tanto la individual como la colectiva, lo que implica, por tanto, recuperar también la memoria histórica de esa revolución emprendida por el pueblo español y que fue extirpada por los cirujanos estalinistas con la colaboración de sus “compañeros de viaje” republicanos y que hoy, setenta años después de aquellos hechos, es miserablemente silenciada, negada o sometida a la manipulación histórica por esos historiadores herederos directos de la carroña estalinista que los masacró y cuya labor prosiguen ellos hoy, silenciando esa memoria “incómoda”. Sólo si se emprende esta tarea podremos hablar de una auténtica recuperación de la memoria histórica, lo contrario no es más que una amnesia consciente.

Historiografía burguesa vs. Memoria revolucionaria

“El objetivo de la propaganda es causar el desaliento de los espíritus, persuadir a todo el mundo de su impotencia en restablecer la verdad a su alrededor y de la inutilidad de cualquier intento de oponerse a la difusión de la mentira. El objetivo de la propaganda

es conseguir que los individuos renuncien a contradecirla, que ni siquiera piensen en hacerlo.” Éditions Ivrea y Éditions de L’Encyclopédie des Nuisances

La historiografía oficial –ya sea liberal, socialdemócrata o pseudomarxista– ha silenciado la Revolución Española, tratando de ocultar tanto las realizaciones concretas de la misma como la propia existencia del proletariado como sujeto histórico y fuerza motriz capaz de llevar a cabo una transformación radical del mundo. “El papel de la historiografía universitaria en el tardofranquismo y durante la transición fue rabiosamente mercenario, pues consistió en disimular hasta donde fue posible y por evidentes razones la existencia histórica del proletariado como clase independiente, con un proyecto revolucionario propio parcialmente realizado durante la guerra civil. La ruptura pactada necesitaba a nivel historiográfico una amnesia pactada”^[2]. El objetivo de la historiografía académica posfranquista fue el de fomentar la amnesia colectiva para evitar que se pudiera establecer un nexo teórico y práctico entre los revolucionarios de ayer y los de hoy y para borrar el recuerdo de una revolución que pudo ser y no fue y evitar que jamás pueda llegar a ser. Estos mismos historiadores que claman contra la tesis neoliberal del fin de la historia no dudan en poner todo su empeño en que sigamos viviendo en la prehistoria que nunca hemos abandonado, evitando así que la historia –que no es otra cosa que la historia de la lucha de clases– pueda iluminar la noche perpetua a que nos condena el capitalismo.

La historiografía académica no puede de ser otra cosa más que la voz dócil y servil de los amos que la alimentan en sus universidades e instituciones. Por ello su interpretación del pasado no es más que una justificación del presente. Su empeño principal es tratar de establecer un nexo histórico entre la actual monarquía parlamentaria y la experiencia republicana de los años treinta del pasado siglo, ejemplos ambos sistemas de las bondades de la democracia burguesa y del mejor de los mundos posibles en el que dicen que nos hallamos. Pero estos idólatras de la democracia pasan por alto algunas cuestiones. En primer lugar, obvian el continuismo del actual régimen respecto al franquismo y, a continuación y como su complemento necesario, borran de la historia el recuerdo del fantasma que recorrió la República durante toda su existencia: el fantasma de la revolución.

Lo que los historiadores del poder nos vienen a decir es que en los años treinta lo que se decidía en España era sólo una lucha entre fascismo y democracia. La lucha de clases es negada, es suprimida de un plumazo de la historia, pero lo que no pueden hacer es ocultar el borrón que ensucia la historia. Para tratar de disimularlo, en su discurso la revolución queda reducida a una anécdota histórica, a la acción de una minoría de radicales, cuando no se la mete en el mismo saco que el golpe fascista, acusando a los hombres y mujeres que dieron su vida por construir un mundo nuevo de haber propiciado el levantamiento fascista y de haber contribuido a terminar con la experiencia democrática republicana. Nos encontramos así con la tópica visión de una república ideal acosada por extremismos bárbaros y violentos que la hicieron zozobrar^[3]. Se iguala a los contrarios: a los que buscaban una revolución social que acabase con la explotación y la miseria a la que era sometida al pueblo español y le permitiese ser dueño de su propio destino, con los que pretendía amarrar las cadenas que ataban a ese pueblo a un régimen semifeudal dominado por los terratenientes y la Iglesia y tutelado por el ejército y la guardia civil. Todo ello con el objetivo de salvar la cara de esa “tercera España”, la del sector “progresista” de la burguesía cuya intención era superar las condiciones feudales en que estaba estancado el país para impulsar el desarrollo de un capitalismo moderno equiparable al europeo y poder seguir explotando,

si bien de forma más “racional” y “humana”, a ese mismo pueblo, conjurando así el peligro de estallidos revolucionarios, empeño al que se oponía el sector más reaccionario de esa misma burguesía. La guerra civil y la victoria fascista aplazaron este proyecto modernizador, que tuvo que esperar hasta la “paz” franquista –encharcada en sangre obrera– de los años cincuenta y sesenta para que los tecnócratas del régimen lo pusieran de nuevo en marcha y a los años de la llamada transición democrática para que los políticos, sindicatos y empresarios de la nueva España democrática apuntalasen definitivamente el edificio de un capitalismo moderno y europeo.

Esta visión “progresista” de la historia oculta conscientemente el hecho de que una gran masa de obreros y campesinos españoles lucharon por una revolución social y que esa revolución fue aplastada por una tenaza que apretaba no sólo desde Salamanca y Berlín, sino también desde Moscú, Madrid y Valencia. Esta historia emana directamente del pensamiento dominante, que no puede reconocer ninguno de estos dos hechos o, si lo hace, debe al menos disimularlos o diluirlos en un discurso general abstracto, ya que su conocimiento implica el reconocimiento de la existencia de un sujeto histórico consciente de su fuerza y unidad –el proletariado– capaz de poner contra las cuerdas al Estado y al régimen económico capitalista, así como de la realidad histórica de una lucha entre estas dos fuerzas Capitalismo-Proletariado –lucha que debe ser negada para prevenir su reaparición–, en la que el Estado y el capitalismo utilizaron todos los mecanismos de represión posibles para extirpar el germen de la Revolución, mecanismos que no dudan en utilizar allí donde sea necesario para mantener su dominio. Este conocimiento histórico obliga al Estado a mostrar sus cartas y si hay algo que no le gusta a un buen tahúr es tener que hacerlo antes de tiempo. Sólo cuando la represión se hace necesaria porque el partido de la subversión se hace presente ha de ser ésta evidente.

Contrarrevolución

“La cabra siempre tira al monte, y un estalinista se encontrará siempre en su elemento en donde sea que se respira un olor a crimen oculto de Estado”. Guy Debord

Es en el contexto de una lucha de clases en el que se inscribe la represión estalinista que tuvo lugar durante la guerra civil española, represión que, al igual que la existencia de la propia revolución, es ocultada o pasada por alto por los historiadores del régimen, cuando no se alteran su sentido y circunstancias concretas para justificarla y hacer de las víctimas verdugos y de éstos héroes de la democracia y de la libertad como es el caso del oportunista y servil Carrillo, elevado a los altares de la democracia[4].

El 18 de julio de 1936 estallaba el golpe de estado fascista y ese mismo día los obreros y campesinos tomaban las armas, no para defender la república burguesa, sino para enarbolar la bandera de la revolución y constituirse en el “pueblo en armas” que llevase a cabo la transformación revolucionaria de la sociedad. Las vicisitudes de la guerra y la propia incapacidad e indecisión de las organizaciones revolucionarias para administrar su inicial victoria[5] provocaron que la situación revolucionaria del verano de 1936 entrase en un punto muerto en los meses siguientes y empezase a perder fuelle, lo que fue aprovechado por las fuerzas de la contrarrevolución, encabezadas por el PCE, para destrozarse la obra revolucionaria y perseguir a sus creadores, tratando de borrar toda huella de la misma. Desde el mismo comienzo de la guerra civil y del proceso revolucionario, el Partido Comunista y sus “compañeros de viaje” –los Azaña, Prieto, Negrín y compañía– llevaron a cabo una política de contención, en un primer momento,

y de represión y desarticulación, en cuanto se sintieron lo suficientemente fuertes, de los avances revolucionarios.

El PCE, partido minoritario antes del comienzo de la guerra civil, fue incrementando el número de sus afiliados y el grado de control de los mecanismos de poder y represión del Estado de forma creciente desde el verano de 1936. Este ascenso de los comunistas se produjo por varias circunstancias. En primer lugar, debido a los condicionantes internacionales de la guerra de España, con el hipócrita pacto de No-Intervención, gracias al cual, a pesar de lo irrisorio de la ayuda enviada y del alto precio que se tuvo que pagar por ella, la Rusia estalinista pudo presentarse como la única potencia que ayudaba a la república española en su lucha contra el fascismo. El potente aparato de propaganda estalinista se puso de inmediato a trabajar para incrementar su influencia en la política española y controlar así una revolución que podía perjudicar los intereses del estalinismo, especialmente en sus relaciones con las potencias democráticas Francia e Inglaterra. La ayuda rusa fue magnificada y la propaganda estalinista empezó la tarea de creación de mitos en torno a la misma, como el de las Brigadas Internacionales, obviando que los primeros internacionales que acudieron a España a luchar contra el fascismo y a defender la Revolución fueron anarquistas y marxistas antiestalinistas que engrosaron las filas de las columnas de la CNT y el POUM desde los primeros días de la guerra, meses antes de que los primeros brigadistas internacionales llegasen a España.

El segundo factor que explica el ascenso del PCE es su alianza con la burguesía en tanto que la vanguardia de la contrarrevolución y única organización que podía llevarla a cabo y actuar como contrapeso al movimiento obrero revolucionario. Los partidos republicano-burgueses vieron enseguida que si alguien podía contener la revolución y salvaguardar el capitalismo era el PCE y se subieron en marcha a la locomotora del estalinismo. Esta unión de intereses propició que los comunistas buscasen y adquiriesen el prestigio que no tenían entre las masas obreras en los pequeños propietarios, los funcionarios y los representantes de la izquierda burguesa, que vieron en la disciplina estalinista el seguro de vida del capitalismo frente a la amenaza de la revolución social.

Los estalinistas fueron haciéndose más fuertes, ocupando cada vez más puestos en la administración e imponiendo sus criterios en el desarrollo de la lucha contra el fascismo, como el de la creación de un Ejército Popular –que lógicamente pasaba a ser controlado mayoritariamente por oficiales comunistas– que sustituyese al pueblo en armas, la mayor garantía de la revolución, lo cual sirvió además para incrementar aún más su poder, influencia y prestigio, a la vez que mermaba el del resto de organizaciones, que hicieron de la dejación de responsabilidades y la inoperancia su máxima y no supieron ver el peligro que se cernía sobre ellas. Las organizaciones revolucionarias, la CNT especialmente, cometieron el gravísimo error de dejar de lado la cuestión del poder, creyendo que, una vez iniciada la revolución social, el poder caería por sí sólo, arrollado por la fuerza emancipadora y creadora de ésta. Es ésta la tercera clave que explica el triunfo de la contrarrevolución, la falta de visión y de determinación de una izquierda revolucionaria que no supo estar a la altura de las circunstancias y se dejó arrastrar por los acontecimientos, cavando así su propia tumba. El asalto final al poder fue pospuesto^[6], lo que fue aprovechado por los estalinistas, que sí tenían una concepción clara del poder y de sus mecanismos, así como la suficiente falta de escrúpulos y el oportunismo político necesario para utilizar ese poder con el fin de abortar la revolución social.

Durante el otoño de 1936, los estalinistas fueron ganando terreno a la revolución día a día, hasta que estuvieron lo suficientemente preparados y adquirieron la fuerza necesaria para llevar a cabo el asalto final que desatase la caza de brujas y acabase a sangre y fuego con la revolución. El comienzo de la última y definitiva fase de la contrarrevolución, –que se inició el mismo 19 de julio, pero que no alcanza hasta este momento su dimensión más clara y contundente–, se puede situar en diciembre de 1936 con la exclusión del POUM del gobierno de la Generalitat y su punto álgido fueron las jornadas de mayo de 1937 en las que militantes de la CNT y el POUM se enfrentaron en Barcelona a los cuerpos de seguridad controlados por el PSUC tras la provocación que supuso la toma de la Central Telefónica, en manos de la CNT desde el comienzo de la guerra. Esta “guerra civil dentro de la guerra civil”, como se la suele denominar, supuso la toma de posiciones más clara a lo largo del conflicto entre las fuerzas de la revolución y las de la contrarrevolución y se saldó con la derrota de la primera, al abandonar el bando revolucionario el ring antes del primer asalto[7]. Repicaban las campanas a muerte por la revolución y lo más trágico es que muchos de los “líderes” anarquistas acompañaban a las fuerzas de la contrarrevolución en el tañido de esas campanas. Cuando el ministro de la CNT García Oliver hizo un llamamiento por radio a los militantes de la organización para que dejaran las armas, se rindiesen y abandonasen la revolución en manos de sus enemigos “hubo quien disparó contra el aparato de radio y quien, avergonzado por lo que oía, rompió su carné sindical. En las barricadas bautizaron el discurso de Oliver como «la leyenda del beso».”[8] Sólo algunos elementos decididos y plenamente conscientes de su papel histórico, como Los Amigos de Durruti, trataron de resistir y, sobre todo, de elaborar un programa más o menos acertado, pero directo y consciente de la grave situación a la que se enfrentaba la revolución[9].

A las jornadas de mayo le sucedió una virulenta represión, tras unos días de aparente tregua, en la que numerosos militantes de la CNT, la FAI, las Juventudes Libertarias y el POUM fueron perseguidos, acabando muchos de ellos en las checas del PSUC y la NKVD estalinista. El POUM fue puesto fuera de la ley, algo que los estalinistas no se atrevieron a hacer con la CNT, que todavía contaba con cientos de miles de militantes dispuestos a resistir antes que dejarse cazar como conejos –a pesar del entreguismo de sus dirigentes–. En junio de 1937 Andreu Nin, el dirigente y teórico del POUM y una de las figuras intelectuales más importantes de la izquierda desde hacía dos décadas, fue secuestrado por la NKVD y trasladado a una checa en Madrid, donde fue torturado salvajemente para que confesase que su partido estaba a sueldo de los fascistas, lo que no pudieron lograr sus torturadores, por lo que fue vilmente asesinado y enterrado en una fosa[10]. La contrarrevolución había triunfado. En agosto las tropas del estalinista Líster podían entrar casi sin oposición en Aragón para disolver su Consejo, detener a sus miembros y proceder a destruir las colectividades que llevaban funcionando en la región desde el verano anterior. La revolución era extirpada a sangre y fuego de las tierras españolas. El crimen se había consumado. Las campanas dejaron de sonar y un silencio ensordecedor golpeó los corazones de miles de hombres y mujeres.

La verdadera imagen del pasado transcurre rápidamente

“El don de encender en lo pasado la chispa de la esperanza sólo es inherente al historiador que está penetrado de lo siguiente: tampoco los muertos estarán seguros ante el enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer.” Walter Benjamin

Setenta años han pasado desde el comienzo de aquella revolución. Su derrota fue nuestra derrota. La tierra española se anegó en sangre y la pesada losa del olvido ahogó las voces que trataban de hablarnos de aquellos hechos. Los asesinos del pueblo y sus cómplices se dieron la mano con sus necesarios sucesores para girar juntos la llave del sepulcro en el que fueron enterrados los sueños de toda una generación y evitar que pudieran trasladarse a las siguientes. El fantasma de la revolución fue conjurado, pero a pesar de todo no pudieron evitar que treinta años después de su primera llegada volviese a resurgir con fuerzas renovadas cuando todos lo creían olvidado. Las hogueras volvieron a encenderse y el pánico y la fiesta volvieron a reconocerse, aunque fuese efímeramente, como hermanos[11]. Pero, hay quien dice que la historia se repite y en este país parece que así ocurre. El fantasma fue de nuevo enterrado en tiempos de nuestros padres por la misma conjunción de fuerzas e intereses que lo hicieron en tiempos de nuestros abuelos.

Hoy, aquellos que tratamos de armarnos sobre las ruinas para reconstruir las bases que nos permitan algún día volver a tomarle el pulso al capitalismo y al Estado y proporcionarle nueva savia al fantasma de la revolución, no podemos dejar de entablar el combate por la memoria. Desenmascarar la *mentira histórica* es una tarea necesaria en la reconstrucción de una teoría crítica que pueda deshacerse de los impedimentos para la construcción de una *verdad práctica* que pueda atreverse a enunciar de nuevo la palabra revolucionaria. Desenmascarar a los enemigos de ayer nos puede ayudar a desenmascarar a los de hoy, a reconocerlos y a nombrarlos como condición previa para combatirlos[12]. Desenmascararles supone mostrar como con la pluma hacen lo que aquéllos hicieron con las pistolas, como desde la academia desempeñan la misma labor que aquéllos llevaban a cabo en la checa, como volverían a repetir su papel en la historia si fuese necesario. Desenmascararles supone tomar partido por la historia, la historia de la lucha de clases, tomar partido por la superación de este viejo y gastado mundo haciendo “el pasado citable en cada uno de sus momentos”[13]. Volver a creer en el eterno fantasma de la revolución.

Andrés Devesa

NOTAS:

[1] Para un análisis –aunque modesto– del problemático concepto de “memoria histórica” y su aplicación a la guerra civil española me remito a Andrés Devesa: “La domesticación de la memoria. Una reivindicación benjaminiana de la memoria histórica”, <http://fcuatrocincouno.blogspot.com/2006/04/la-domesticacin-de-la-memoria.html>

[2] Miguel Amorós: “Los historiadores contra la Historia”, *Las armas de la crítica*, Likiniano elkarte, Bilbao, 2004.

[3] Como ejemplo de esta versión de la historia no se puede dejar de citar al historiador oficial de la progresía: Santos Juliá: “De «guerra contra el invasor» a «guerra fratricida»”, en Santos Juliá (coord.): *Víctimas de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid, 2004, pp. 29-30.

[4] No en vano lleva setenta años sirviendo al poder y reprimiendo cualquier posibilidad revolucionaria, ya fuese durante la guerra, desde su cómodo exilio en la Rusia estalinista o durante los pactos de la transición.

[5] Para un análisis crítico de la revolución y de la responsabilidad de las organizaciones revolucionarias –especialmente la CNT– en su derrota véase: Vernon Richards: *Enseñanzas de la revolución española*, Campo Abierto Ediciones, Madrid, 1977 y Miquel Amorós: *La revolución traicionada. La verdadera historia de Balus y Los Amigos de Durruti*, Virus, Barcelona, 2003.

[6] “A veces todas las organizaciones se ven obligadas a colaborar, pero es sólo una manera de posponer el ajuste de cuentas final. Un grupo debe tener el control. Mientras los anarquistas iban de “éxito en éxito”, su posición se iba socavando y debilitando. La afirmación de la C.N.T. en el sentido de que no quería imponerse a las demás organizaciones, ni combatirlas, era en realidad una excusa para no ser atacada por las otras, era el reconocimiento de su debilidad.” Paul Mattick: “Las barricadas deben ser retiradas: el fascismo de Moscú en España”, en: Carlos García Velasco y Sergi Rosés Cordovilla (eds.): *Expectativas fallidas (España 1934-1939). El movimiento consejista ante la guerra y la revolución españolas: artículos y reseñas*, Adrede ediciones, Barcelona, 1999, p. 114.

[7] “La tesis de los líderes de la CNT-FAI era que los enemigos de los trabajadores revolucionarios habían querido esta lucha como excusa y pretexto para liquidarlos y que, por lo tanto, ellos no debían prestarse al juego del enemigo”, Vernon Richards: *Op. cit.*, p.115.

[8] Miquel Amorós: *Op. cit.*, p. 217

[9] Para conocer el contenido de su programa me remito a su manifiesto “Hacia una nueva revolución”, Centre de Documentació Històrico-Social / Etcétera, Barcelona, 1977.

[10] Las cuestiones relativas a la detención y asesinato de Andreu Nin fueron esclarecidas en gran medida por el documental de la televisión pública catalana *Operació Nikolai*, dirigido por María Dolors Genovés en 1992. Para más información véase: María Dolors Genovés: “Operación Nikolai o el asesinato de Andreu Nin”, <http://www.fundanin.org/genoves.htm> y Wilebaldo Solano: “La larga marcha por la verdad sobre Andreu Nin”, <http://www.fundanin.org/solano8.htm>

[11] Walter Benjamin: *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1987 “Sombras breves”, *Ibídem*, pp. 149-150.

[12] Gianfranco Sanguinetti: “Bienvenidos a la ciudad más libre del mundo”, en: VV.AA.: *Un terrorismo en busca de dos autores. Documentos de la revolución en Italia*, Likiniano elkarte, Bilbao, 1999, p.39

[13] Walter Benjamin: “Tesis de Filosofía de la Historia”, *Op. cit.* § 3, p. 179.

4. 2.- Artículo de Roi Ferreiro:

“Apuntes críticos al texto “*España 1936. El fantasma de la revolución conjurado*”, de Andrés Devesa”.

Escrito el 13 de agosto de 2007 como aporte para la discusión en el foro del CICA. Revisado, corregido y ampliado para publicación el 4 de enero de 2008. El texto de Andrés Devesa puede consultarse en su antiguo blog FARENHEIT 451 o en el post que hizo en el [foro del CICA](#).

El texto de Andrés Devesa “*España 1936. El fantasma de la revolución conjurado*” (mayo de 2006) resulta una buena crítica de la interpretación dominante de la historia y de cómo se ha mistificado sustancialmente el proceso revolucionario en el Estado español, sobre todo mediante la dialéctica fascismo-democracia. (No obstante, la mistificación también se ha hecho desde la “izquierda radical”, mediante los intentos artificiales de contraponer proletariado y sociedad burguesa como un todo, lo que lleva a una disociación irracional entre el proletariado y sus propias organizaciones y representantes y, en su conclusión lógica, a la admisión de que sólo una minoría “pura” podría representar al “verdadero” proletariado frente a las posiciones “socialdemócratas”, “reformistas”, etc., de la mayoría, prisionera de la estupidez, la ignorancia y la manipulación ideológica burguesa -véase las líneas de “análisis” seguidas, por ejemplo, por la CCI y el GCI respectivamente en éste u otros casos históricos).

Mi crítica se centrará en el enfoque reduccionista que asume el autor del texto al situar, al igual que hace la “oposición democrática” o “de izquierda”, el problema de la transformación del presente en la lucha por la recuperación de la memoria histórica. Como intentaré aclarar, este enfoque supone dar primacía a la *dirección* de los acontecimientos, a la *narrativa* histórica, en lugar de a la actividad viva de los individuos y su *naturaleza*, a la *creación* histórica.

I

“Las organizaciones revolucionarias, la CNT especialmente, cometieron el gravísimo error de dejar de lado la cuestión del poder, creyendo que, una vez iniciada la revolución social, el poder caería por sí sólo, arrollado por la fuerza emancipadora y creadora de ésta. Es ésta la tercera clave que explica el triunfo de la contrarrevolución, la falta de visión y de determinación de una izquierda revolucionaria que no supo estar a la altura de las circunstancias y se dejó arrastrar por los acontecimientos, cavando así su propia tumba.” (A. Devesa)

A mi modo de ver, el autor insiste demasiado en el problema de la dirección, afirmando que no se supo estar a la altura de los acontecimientos, etc. El enfoque *dirigista* no se supera aunque se lo extienda más allá de las cúpulas dirigentes y sus directrices. A pesar de todo, las organizaciones hacen lo que hacen debido a la actitud práctica de sus miembros y, en este sentido, si los dirigentes hacen lo que hacen es porque, en la base, la gente ha creado las condiciones para ello, consciente o inconscientemente. Así las cosas, el texto parece tratar de determinar las incongruencias de la acción revolucionaria en la guerra civil española limitándose a hacer una crítica de la dirección en términos políticos. Sin embargo, tal crítica supone que lo decisivo es siempre la actividad política. Y si el análisis histórico del pasado tiene alguna utilidad hoy -más allá de señalar culpables o posibilitar alguna analogía auténtica con situaciones más actuales-, es la de suministrar material de análisis para el desarrollo teórico profundo y

orientado al presente. Es desde esta perspectiva que el conocimiento de la historia pasada nos sirve para comparar y correlacionar las situaciones del pasado con las del presente. Por tanto, nos posibilita afrontar concretamente la pregunta: *¿por qué la dirección política se volvió contra la revolución?* y después la pregunta actual, relacionada con esa: *¿por qué hoy la dirección de la lucha proletaria no deviene revolucionaria?*

La primera pregunta nos servirá para aproximarnos a la cuestión de *cómo se desarrolla la dirección política históricamente y qué papel tiene en ello el curso de la lucha de clases*. Desde un enfoque no reduccionista, la dirección no es un mero resultado de discusiones (presumiblemente) racionales, determinadas además (supuestamente) por unas necesidades sociales prefijadas y por la presión del curso de los acontecimientos, sino que es una expresión social de la subjetividad prevaleciente como un todo, y de su devenir a través de la interacción psico-social, a través de la praxis. Entonces, la pregunta de *por qué la dirección política se volvió contra la revolución* no puede contestarse en términos de “estar a la altura” de las circunstancias (que es equivalente a decir que la conciencia no se ha adecuado a la situación práctica y no explica nada).

A la revolución se le podrá atribuir el contenido que se quiera; pero no se puede perder de vista que es, en esencia, un movimiento *total* creado por la *praxis* de una masa de individuos. Partiendo de la base de que el objeto de nuestro análisis es un proceso y no un momento aislado (cuando siempre es posible que existan decisiones simplemente erróneas, que no sean ni una expresión coherente de la subjetividad ni de las condiciones objetivas), no es posible afirmar entonces que no se esté a la altura *teóricamente* y sí, en cambio, *prácticamente*. Además, si afirmásemos esto estaríamos hablando de la práctica en términos de voluntad, ya que “estar a la altura” o no, no se refiere verdaderamente a la práctica, sino a la actitud o aptitud mentales hacia las tareas prácticas o sus condiciones. Ambas cosas, teoría y práctica, son componentes indisolubles de la praxis como unidad viva del pensamiento y la acción en los individuos. Ciertamente, ambas pueden estar en contradicción, pero tal contradicción es, entonces, un signo de *inadecuación* entre teoría y práctica y no de *separación* entre ambas. Revela una falta de maduración de la subjetividad o, si se prefiere, una limitación del desarrollo de la conciencia (en el sentido de que la experiencia social y las necesidades subjetivas -ambos aspectos están entrelazados- no cuadran con el contenido práctico que es representado por el pensamiento consciente).

El resultado es que la práctica que se emprende conscientemente no da lugar a los resultados deseados o previstos. No fundamentalmente por la presión de fuerzas externas, ni debido a una incapacidad para evaluar las condiciones objetivas, sino por la propia *incoherencia constitutiva* de la praxis. Por tanto, no es que no se “esté a la altura”; es que existe una *falsa conciencia* de la realidad, de manera que los objetivos afirmados no se corresponden *-de manera constante-* con la dirección práctica. El objeto del deseo no se corresponde ni con la conciencia práctica ni con el objeto de la práctica porque, o bien el deseo mismo es idealizado psicológicamente por el sujeto (caso 1), o bien la conciencia práctica es demasiado limitada y prescribe, en consecuencia, al deseo una forma de objetivación práctica igualmente limitada (caso 2). Pero, en ambos casos, el resultado es el mismo: *la finalidad inmanente a la praxis como unidad de pensamiento y acción no se corresponde con la motivación subjetiva que la pone en marcha*. Esta *incoherencia constante* de la praxis no se debe, por lo tanto, a decisiones políticas erróneas, que tratan acerca de qué hacer en cada momento o situación.

Tampoco se debe a contradicciones del pensamiento abstracto, ya que las formas del pensamiento abstracto están determinadas en su contenido efectivo por la conciencia histórica práctica formada a lo largo de mucho tiempo. Se debe a una *autoalienación psicológica y social* (caso 1) o solamente social (caso 2 -pues se sabe lo que se quiere, pero no se conoce mejor modo de realizarlo que autocontradictoriamente-).

El enfoque dirigista, aunque reclame orientarse a una perspectiva liberadora, sigue remitiéndonos constantemente al debate racional y a la ejecución racional de las decisiones tomadas, como si fuesen el fundamento formativo de la dirección. Nos abstrae de los individuos reales y de su praxis, y sólo reconoce su subjetividad en términos de dirección política. Este “error”, en el caso del texto presente, es mucho más marcado, ya que quiere, hacia el final, trazar un paralelismo con el ascenso de la lucha de clases que derribó la dictadura franquista. No quiero decir que este reduccionismo sea la intención consciente del autor, sólo indico que adoptar tal enfoque provoca una omisión terrible de la realidad. Si partimos de una simplificación apriorística de la realidad, entonces el resultado de nuestra investigación será igualmente simplificador -y entre tanto se corre el riesgo de perder de vista desde el principio lo más importante. Si tenemos en cuenta todos los factores, entonces podremos llegar a delinear, efectivamente, no sólo cuáles fueron decisivos en cada momento puntual de la lucha de clases, sino aquellos que determinaron el curso general de esa lucha, o lo que es lo mismo, cuáles fueron las condiciones efectivas del proceso de lucha, tanto subjetivas como objetivas.

Una *dirección* es la resultante de una subjetividad que actúa sobre la base de unas condiciones objetivas, condiciones que a su vez transforma y que la transforman a ella, en un proceso cíclico en el que ambos aspectos (transformación de la subjetividad por la realidad objetiva, y transformación de la realidad objetiva por la subjetividad) se realimentan entre sí y son indisolubles. Por consiguiente, si quiere entenderse cómo fueron posibles la “traición” cenetista, la ausencia de un programa que destruyese el poder del Estado, o que en general las decisiones políticas no estuviesen “a la altura” de las circunstancias –todas preguntas inteligentes y convenientes-, tenemos que analizar el proceso histórico desde la perspectiva que he señalado: *primero*, orientar nuestra atención a la constitución histórica de la subjetividad proletaria, por un lado, y hacia la constitución de la realidad social que esta subjetividad tomaba, o había de tomar como objeto de su acción, por el otro; *segundo*, proceder a analizar la interacción (dependencia y determinación recíprocas) de estos dos planos del movimiento efectivo de una manera concreta, siguiendo el curso empírico de los acontecimientos.

Este enfoque me lleva a entender que la subjetividad proletaria del 36 estaba marcada por una sociedad capitalista en crisis de desarrollo y no en crisis de muerte; una sociedad cuyo atraso histórico la conducía, ahora, a una difícil situación en la competencia internacional. La crisis de los años 30 agudizó rápidamente el problema. La ausencia de una situación material que fuese favorable a una cierta integración social de la clase obrera y a una tradición política democrática (tanto en el plano territorial como en el plano de las relaciones globales entre la sociedad civil y el Estado), determinaron una fuerte presencia del anarcosindicalismo -así como una tendencia general a la radicalización, también visible en la socialdemocracia.

Por la experiencia acumulada hasta hoy, sabemos que el capitalismo no puede ser derrocado de manera aislada, y tampoco sin que haya agotado su capacidad para elevar

el desarrollo social. E, incluso así, la subjetividad no queda aún alterada por la regresividad económica y el malestar general (intensificación de las contradicciones sociales y personales) que eso provoca. Porque el cambio de la subjetividad sólo resulta de la propia interacción consciente del individuo con esa realidad, no de la contemplación pasiva. Tampoco esa interacción consciente se puede generar o inducir mediante discursos y debates racionales, sino que exige un proceso complejo de maduración psico-social de las personas.

Dadas estas condiciones, a mi modo de ver era cuestión de tiempo que cualquiera de los factores empíricos que se oponían a la revolución se impusiese, dando la apariencia de ser la causa determinante. Pero, detrás de ellos, siempre estaba la falta de desarrollo revolucionario de la subjetividad misma, que no iba mucho más allá de pretender un cambio en las condiciones materiales de su vida, pero no un cambio cualitativo de su vida como un todo. Esto es, crear un bienestar social general que era inalcanzable en un país capitalista atrasado y que, por ello, se expresaba en la forma de racionalizaciones antagonistas. En dichas condiciones, los ideales revolucionarios más radicales no tenían detrás la correspondiente conciencia práctica concreta que trascendiese los parámetros del capitalismo. La organización de la producción a través de los sindicatos (reduciendo desde ahí el paso al comunismo a una cuestión de suprimir el dinero), apoyada en la mistificación de los sindicatos como órganos de liberación del proletariado y la mistificación de la naturaleza de las relaciones de producción capitalistas (identificada con la propiedad privada particular), se tradujo en un capitalismo “sindicalizado”. El apoliticismo, que era una reacción práctica al parlamentarismo y a una clase política de origen mayoritariamente burgués o aristocrático, se confundía con la oposición al Estado por *toda* su naturaleza de clase, por lo que se realizó *consecuentemente* en la integración de la CNT en el gobierno y en la identificación así con la República, afirmando que con ello había cambiado su naturaleza de burguesa a proletaria (lo que fue especialmente claro en Catalunya). Otro tanto ocurrió con cuestiones educativas o con la cuestión de género, de manera que el progreso sustancial frente a las formas semif feudales de instrucción, o la incorporación de la mujer al trabajo no doméstico, se interpretaron como pasos adelante en la revolución proletaria, cuando no se trataba más que de pasos adelante en el desarrollo de la sociedad capitalista madura.

Estas limitaciones de la subjetividad, manifiestas en la distancia entre los objetivos declarados en abstracto y la identificación concreta de su forma de realización práctica, se mostraban más claramente en el anarcosindicalismo por ser el movimiento más radical. En el resto de la masa, que se agrupaba en torno al enfoque socialdemócrata o leninista, esta distancia era menor y, por lo tanto, la contradicción entre las expectativas y los resultados prácticos se presentaba mucho menos claramente, de modo que, para esos individuos, era casi imposible percibir objetivamente la contradicción entre sus deseos o aspiraciones psíquico-sociales y su praxis social efectiva. El que el proceso revolucionario abierto fuese cortado en relativamente poco tiempo y estuviese lastrado por la guerra en todos los aspectos, por supuesto no favoreció la toma de conciencia de las contradicciones, lo que prácticamente fue un fenómeno aislado y con todo demasiado tardío (Los Amigos de Durruti, etc.).

Aún así, siempre hay dudas sobre qué factor empírico fue el más importante en la derrota de la revolución, pues siempre se produce una confluencia y realimentación compleja de factores. Por eso, intentar determinar cuál fue el decisivo en la derrota del proceso revolucionario (la represión estalinista, las ilusiones anarcosindicalistas y

poumistas, la deriva colaboracionista de las cúpulas de las “organizaciones obreras”, la potencia militar de las fuerzas franquistas apoyadas por los países fascistas, la debilidad económica de las fuerzas republicanas) es, hasta cierto punto, perder el tiempo. Es más importante reconocer las raíces de la derrota y, de este modo, diferenciar cualitativamente los factores *particulares y relativamente temporales* de aquellos más profundos y elementales, que efectivamente constituyen la base *general y constante* del proceso o movimiento.

El enfoque dirigista lleva, también, a idear falsos factores como, por ejemplo, la ausencia de un programa revolucionario coherente y de la acción adecuada. Así, puede afirmarse que la historia habría sido distinta *si se hubiese* quitado a las fuerzas fascistas su base económica con un programa de expropiación consecuente, y a las republicanistas su poder político, con el desarrollo de verdaderos órganos de poder de las masas proletarias. Pero explicar la realidad *por sus carencias* sólo puede llevarnos a omitir las fuerzas reales y sustituir el análisis concreto de las mismas -de su formación, devenir y lucha- por postulados teóricos que, en la práctica, no son *explicaciones* de los procesos, sino afirmaciones acerca de *cómo deberían haber sido* –que, se supone, serán aplicables al futuro también.

II

Si entendemos que es la constitución histórico-social de la subjetividad y de su entorno lo que explica las carencias, el estudio de su interacción histórica práctica y su consiguiente devenir nos lleva a entender sus formas de actividad como expresiones de dicha constitución, no meramente como una cuestión ideológica, o como hechos “naturales”, “normales”, “de sentido común”, etc. Por esto, los teóricos del comunismo de consejos siempre insistieron en que la forma sindicato y la forma partido eran la expresión del reformismo, y apuntaron que su persistencia era indicativa de que el reformismo no había perdido todavía su razón de ser, o bien de que no había todavía perdido la adhesión de las masas, amoldadas éstas psicológicamente al modo de vida capitalista. Es decir, los consejistas clásicos entendieron que, si el proletariado revolucionario adoptaba todavía esas formas, ello era el signo externo y general de una contradicción radical entre su deseo revolucionario y su pensamiento consciente. Al igual que puede darse lo contrario: con un proletariado no revolucionario, impulsado a la acción revolucionaria por fuerzas ajenas a su voluntad, se desarrolla una contradicción entre su deseo reformista y su asunción de formas de organización y lucha que, de modo inconsciente, cuestionan, sin embargo, *efectivamente* la dominación del capital. No obstante, la distinción entre “proletariado revolucionario” y “proletariado no revolucionario” es puramente ideal. Cualquier proceso revolucionario moderno incluye ambas situaciones y un enfrentamiento complejo entre ambas fracciones del proletariado (dentro de las cuales existen a su vez capas diferenciadas por la evolución de la subjetividad).

Por consiguiente, la resolución de la contradicción interior del proletariado revolucionario es decisiva para el desarrollo fructífero de la revolución social. Esta resolución supone, por un lado, que la masa proletaria que todavía está adherida espiritualmente al reformismo deje de ser mayoritaria, y por otro, que la masa revolucionaria resuelva concretamente sus contradicciones espirituales. Ambos lados se realimentarán productivamente entre sí, haciendo crecer en extensión y en intensidad por una parte, y en profundidad e integralidad por la otra, la actividad revolucionaria

global. No obstante, este desarrollo revolucionario necesita, para ser sostenible, que se den unas condiciones de intensificación irreversible y acelerada de los antagonismos de clase. En este punto entra especialmente en juego el factor de las ilusiones que l@s proletari@s se hacen acerca de su propia actividad. Así, las crisis globales del modelo de acumulación capitalista, que llevaron a las grandes transiciones del modelo del capitalismo liberal al modelo de capitalismo de Estado (keynesianismo, fascismo, bolchevismo) entre la primera y la segunda guerra mundial, fueron en su momento confundidas con crisis finales del capitalismo, lo que estimuló sin duda la lucha revolucionaria, pero no ayudó a superar, sino que, al revés, contribuyó a fijar mentalmente aún más, las formas de conciencia práctica de la época, obstaculizando la evolución ulterior.

Pero como decía Marx, no hay que juzgar a la gente por lo que piensa de sí misma, sino por sus acciones. Lo que importa es la praxis como proceso histórico efectivo. Si el proletariado anarcosindicalista y poumista –por ideología, o por adhesión pragmática en el buen sentido (desapego hacia las formas)- creía que su práctica era revolucionaria, en el sentido que sea, esto no es relevante para nosotr@s. Sí lo es, en cambio, el que se mantuviese encuadrado en esas organizaciones y no se dispusiese a actuar de otra manera, salvo en casos muy minoritarios -o, como ocurrió en las jornadas de mayo en Barcelona, de manera aislada y momentánea.

Ciertamente, la dinámica creada por la dependencia de esas organizaciones, que además ahora controlaban formalmente los recursos para la guerra, fue decisiva en crear en la clase obrera una actitud conformista y pasiva ante sus prácticas colaboracionistas, cuando no una actitud justificativa y activamente conservadora. La derrota, pues, no sólo tiene como causa la constitución de la subjetividad y la estructuración material de la vida social, sino que, debido a la plasmación de esa subjetividad en el movimiento social práctico, la derrota se deriva además de la reproducción de la dinámica autonomizada del desarrollo social, dinámica que es especialmente visible en la sociedad capitalista.

Debido a que la subjetividad y su entorno se relacionan en esta sociedad de manera atomizada (como una masa de individuos separados por la competencia y el desarrollo económico desigual) y autonomizada (la dinámica de la vida social viene determinada por la dinámica económica capitalista, sobre la que la subjetividad no tiene ningún control), su interacción se produce, en principio y globalmente, de manera ciega y en recíproco extrañamiento. No importa que se intente compensar o controlar esto mediante la intervención del Estado u otras superestructuras. En el movimiento obrero, el carácter alienante de las relaciones sociales vigentes también se introduce y reproduce en sus propias organizaciones; si no desde el principio, durante su devenir, si no penetrando con virulencia, introduciéndose progresivamente (“degeneración burocrática”). De tal modo que, finalmente, en ausencia de un impulso revolucionario constante, que contenga y llegue a suprimir estas relaciones alienantes, éstas crean la misma dinámica de desarrollo global autonomizado también dentro del movimiento obrero, en las relaciones entre la subjetividad obrera y las estructuras organizativas que ha creado.

Así, esta dinámica ciega supone la autonomización *de las organizaciones obreras frente a la clase* (de manera que no operen como un instrumento de la clase, sino solamente de acuerdo con las necesidades de una parte de la misma, o sea, de manera corporativista)

y de sus estructuras delegativas frente a la masa de sus miembros. Este desarrollo autonomizado genera una inercia material y espiritual que no es fácil de romper, y que no puede desde luego romperse instantáneamente, gracias a una súbita toma de conciencia del problema. Se trata de hábitos de pensamiento y comportamiento que se han interiorizado durante muchos años, algunos de los cuales han llegado a reforzarse ideológicamente y otros a ser asimilados a actitudes naturales. Sobre esta base, la toma de conciencia del carácter alienado de las formas de organización vigentes tiene que traducirse, al principio -para la mayoría sujeta a esos condicionamientos- en una autopercepción de impotencia material y espiritual, magnificando el poder creado por esa dinámica y que parece depositado en las estructuras organizativas (fetichismo). A nivel de individuos o grupos, esta autopercepción impotente es proyectada sobre la masa, como si fuese parte de su naturaleza efectiva, favoreciendo así la emergencia de ideas dirigentistas-sustitucionistas o asumiendo una actitud derrotista que lleva a desertar del movimiento de clase. Sólo al verse obligad@s a afrontar la lucha contra ese poder autonomizado, los individuos o grupos avanzados ponen prácticamente en cuestión la dinámica que lo crea (autonomización) y que a su vez ese poder induce espiritualmente en la masa (actividad compulsiva de acuerdo a las exigencias de ese poder autonomizado).

Pero, aun con todo, la conciencia revolucionaria que se desarrolla en esta lucha por un movimiento revolucionario auténtico -que ya no se limita a la distribución y utilización de la riqueza, sino que cuestiona las formas de autoactividad que integran la forma de vida prevaleciente- empieza por una minoría. Todavía habrá de liberarse una mayoría de la masa para poder suprimir esa dinámica de autonomización y su realimentación social. Así, surgen la necesidad y el problema de cómo constituir esa minoría en una fuerza capaz de suprimir esa autoalienación de la masa y, por tanto, también el problema de cómo organizarla. Por consiguiente, entre el reconocimiento del problema y su resolución media todo un proceso de desarrollo de la conciencia, tanto en su aspecto de reconocimiento de la realidad imperante como en su aspecto de proyección creativa de las necesidades subjetivas, creando formas de actividad coherentes con sus fines conscientes. Y, aquí está una cuestión clave: este desarrollo no puede acometerse durante el apogeo revolucionario sin convertirlo en un blanco fácil de las fuerzas contrarrevolucionarias. No hay tiempo entonces para esta maduración (véase el caso de los Amigos de Durruti, por poner un ejemplo), aun en el supuesto de que la evolución de la subjetividad sea suficiente para dar ese paso.

Lo que las experiencias históricas vienen mostrando es que tal desarrollo deberá fundamentarse y materializarse previamente, durante toda la fase pre-revolucionaria en sentido amplio (aunque su materialización sólo será socialmente significativa en un contexto de lucha de clases ascendente). Que la revolución abierta deberá ser, sobre todo, un proceso de extensión y ampliación de esas formas de actividad previamente fundamentadas y materializadas -lo que no significa que su forma externa no cambie y que podamos hablar, a la ligera, de “embriones prerrevolucionarios” de la organización de la revolución: aquí hablo de su forma interna o su conjunto de características sociales constitutivas, que se determinan por la función social práctica que cumplen y por las relaciones sociales que vehiculizan (ambos aspectos, función social y relaciones sociales, interrelacionados como base y superestructura). En lo esencial, se tratará de *formas de transición* -no plenas, acabadas ni sin contradicciones-, cuyos fundamentos y funciones revolucionarios se combinarán con tareas y funciones relativos a las luchas inmediatas no revolucionarias.

III

Para acabar, el texto de Devesa quiere apuntar la necesidad de recuperar la memoria histórica, para entender esa historia como una lucha de clases. Lamentablemente, para mí esto es caer en una apología de lo existente. Ya que, cualquier cosa que digamos sobre el pasado, no serán más que palabras muertas. El movimiento de recuperación de la memoria histórica en el Estado español funciona más bien, y eso independientemente de la orientación política que se le quiera dar, como un movimiento de *refundación* de la democracia burguesa actual. Porque, aunque asumamos que el régimen político actual es heredero del franquismo, y que hay que cuestionarlo como democracia irreal e instrumento del capital contra el proletariado, plantear la memoria histórica como memoria de la lucha de clases no nos lleva más allá de *justificar* una oposición al régimen político en el presente. La pregunta es: *¿es necesario justificar esta oposición?* Esto entra de lleno en la cuestión de qué es lo que se considera que ha de ser el objetivo del pensamiento revolucionario.

Si el pensamiento revolucionario sirve a la transformación revolucionaria de la vida humana, entonces su justificación reside en esta labor y no en su capacidad para reconocer la realidad efectiva del pasado –y ni siquiera la del presente. No se trata de *conocer* la historia, sino de *hacer* la historia. Se dirá que, no obstante, es necesario conocer la historia para cambiarla en el futuro. Pero a esto se puede contestar que *no todo conocimiento sirve igualmente a la transformación*. Ciertos conocimientos pueden ser útiles, pero no fundamentales, y esto se aplica en general a las descripciones del pasado. En el momento en que perdemos de vista el presente, nosotr@s mism@s nos enajenamos mentalmente de la actividad revolucionaria. Entonces en nuestra conciencia, como en la conciencia general de la sociedad burguesa, “*el pasado domina sobre el presente*” (*Manifiesto Comunista*). Lo que debemos procurar es, en cambio, captar el futuro en el presente, y permanecer atentos a este devenir creativo de la historia, sabiendo siempre que este devenir es la resultante holística de todas las acciones e interacciones de los individuos como personas totales, y que la cuestión fundamental es, por tanto, la creación de una praxis revolucionaria por parte de esos individuos y no la creación de una conciencia revolucionaria abstracta.

Nuestro problema no es “*la domesticación de la memoria*” (Devesa), sino la domesticación de nuestro espíritu. Éste es un asunto bastante más complejo y no puede resolverse mediante simples discursos sobre la verdad histórica. Son los individuos actuales los que, mediante su propia praxis, han de descubrir la verdad histórica de sus vidas y, entonces, para ellos, la historia pasada podrá adquirir una significación revolucionaria, trascendiendo la contraposición encuadrada en el sistema: el círculo cerrado entre derecha e izquierda, gobierno y oposición, olvido y memoria de la lucha de clases. Aquí también se aplica el principio metodológico de Marx: *los problemas históricos sólo pueden encontrar su solución en la praxis histórica misma; todo lo demás nos lleva a formas de misticismo intelectual, a la ideologización de la realidad*. El proyecto de la “*memoria histórica*”, tal y como existe en el Estado español, es sobre todo una representación del reformismo -fracasado- de los remanentes del leninismo y del cenetismo, a quienes sólo les queda el apelo a la memoria del pasado como justificación de su existencia presente. Por más legítimo que sea recuperar la memoria de l@s muert@s y represaliad@s, por más importancia que pueda tener como elemento de agitación en las luchas políticas (que en realidad tiene poca; más bien favorece la

regresión³⁷ a la ideología del antifascismo y así del republicanismo populista y su reformismo parlamentarista), a lo que debemos dedicar nuestros esfuerzos l@s revolucionari@s es a la comprensión de las condiciones y formas de lucha contra el capitalismo del presente y del futuro.

Roi Ferreiro

³⁷ Digo “regresión” porque se trata de formas ideológicas que, tal como suelen usarse, responden a condiciones ya sobrepasadas de la sociedad. Ni la derecha católica actual ni los grupos de extrema derecha tienen la misma significación política y social hoy que en los años de la II República. No sólo es una cuestión cuantitativa, también cualitativa. Políticamente, el franquismo fue un movimiento contrarrevolucionario porque tenía en frente un proceso revolucionario real, de la misma manera que el fascismo italiano y el nazismo respondieron a la liquidación de las bases de los procesos revolucionarios subsiguientes a la I Guerra Mundial. Hoy no hay ningún germen de proceso revolucionario, de manera que, más allá de un continuismo parcial en lo personal y en lo ideológico, no existe ninguna continuidad política ni histórica más allá del hecho evidente de que, el franquismo antes y la monarquía parlamentaria en la actualidad, representan los intereses generales del capitalismo. Por otro lado, la extrema derecha actual adquiere relevancia, como en otros países europeos, a raíz de los cambios en la composición global de la fuerza de trabajo (precarización, entrada creciente de trabajador@as inmigrantes) y representa, por tanto, una reacción no al ascenso de la lucha de clases o al movimiento obrero radical, sino a *su ausencia*.

El verdadero enemigo político del proletariado no es hoy, pues, el fascismo o la monarquía, sino directa y unívocamente el capitalismo como tal, incluido todo género de republicanismo reformista o de antifascismo -que, eso sí, de forma similar a la época de la guerra civil, vienen de nuevo a cumplir una función mistificadora y recuperadora en la lucha de clases. Si alguna vez cumplieron algún papel progresivo o democrático en el pasado, hoy, con el declive histórico general de las posibilidades reformistas obreras y “sociales”, el republicanismo y el antifascismo solamente pueden cumplir de forma velada y pacífica un papel contrarrevolucionario -frente a los intentos de construir un nuevo movimiento revolucionario- similar al que el fascismo cumpliera en el pasado de forma abierta y violenta -frente a un movimiento revolucionario realmente existente.

4.3.- Artículo de Agustín Guillamón: “Crítica de la crítica de Ferreiro a Devesa”.

La historia es un campo de batalla más, de los muchos que existen en la guerra de clases. No se trata sólo de recuperar la memoria de las luchas de clase del pasado, sino también del combate por la historia desde el punto de vista revolucionario, esto es, desde el punto de vista de la defensa de los intereses históricos del proletariado, que no puede ser otro que el de la **TEORIZACIÓN** de las experiencias históricas del movimiento obrero internacional. Ni la economía, ni la literatura, ni el cine, ni la política, ni la historia, ni cualquier campo de la cultura son neutrales, ni pueden serlo nunca, en una sociedad dividida en clases, porque son un despiadado campo de batalla.

Estamos hablando de la comprensión y de la defensa de los intereses históricos del proletariado, aquí y en Pekín, en New York y en Senegal, en todas partes. Estamos hablando de los intereses históricos del proletariado de hoy, de ayer, y del futuro, hasta su extinción como clase. Estamos hablando de **nuestra** historia (proletaria): **real y materialista**; enfrentada a **su** historia (burguesa): falsificada e idealista.

No se trata **sólo** de recuperar la memoria de los vencidos en la Guerra civil, ni de homenajear a los represaliados por el franquismo, ni de colocar placas o erigir monumentos, o establecer lugares de culto y memoria, ni siquiera de desmentir las aberraciones ideológicas de la derecha (tipo historiografía neofranquista de Pío Moa), o las componendas justificadoras de la refundación democrática de la izquierda (tipo historiografía liberal de un Ángel Viñas o neoestalinista de un Ferran Gallego). Tampoco se trata de fabricar superhombres o ídolos proletarios, ni de proseguir la historia palaciega de reyes contra nobles, ahora como cómic de **buenos y heroicos líderes** obreros contra **malos dirigentes traidores**, en ausencia absoluta de unas masas memas y amorfas. Es mucho más importante que todo eso, que, a fin de cuentas, se resume en justificar los asesinatos de la guerra de exterminio de los franquistas; o bien en santificar y ensalzar la “gloriosa y terrible” derrota de los antifascistas.

No se trata de adorar viejos mitos, se llamen Lenin, Nin o Durruti, o de levantar altares donde santificar nuevos héroes, ya sean Balus, Bordiga o “Bilan”. Es más importante señalar sus errores, que los tuvieron, o descubrir sus deficiencias, que fueron las del movimiento revolucionario de su época. El mito de Lenin o Durruti no nos sirve para nada, sus deficiencias y sus equivocaciones sí, porque nos enseñan algo. Los mitos de ayer son nuestras cadenas de hoy; desvelar sus errores nos permite avanzar más allá de donde ellos fracasaron.

Pensar o escribir **la** historia es tan importante y tan sencillo como sacar las lecciones de la Guerra de España, que atañen a la alternativa revolucionaria del proletariado, en 1936. O dicho de otra forma, se trata de **teorizar las experiencias históricas del proletariado** ¿Por qué?: porque el proletariado sólo puede aprender de su propia experiencia, de sus luchas, ya que no tiene más escuela que el laboratorio histórico. No otra cosa es el marxismo: la teorización de las experiencias históricas del proletariado, y de su existencia como clase explotada en el capitalismo. Aunque es muy posible que haya quien crea que marxismo son los escritos sagrados de un individuo genial, que vivió en el siglo diecinueve, y no su método de análisis.

¿Qué lecciones pueden extraerse de la Guerra civil?:

1.- El Estado capitalista, tanto en su modalidad fascista como en su modalidad democrática, debe ser destruido. El proletariado no puede pactar con la burguesía republicana (o democrática) para derrotar a la burguesía fascista, porque ese pacto supone **ya** la derrota de la alternativa revolucionaria, y la renuncia al programa revolucionario (y a los métodos de lucha) del proletariado, para adoptar el programa de unidad antifascista con la burguesía democrática, en aras de ganar la guerra al fascismo.

2.- El programa revolucionario del proletariado pasa por la internacionalización de la revolución, la socialización de la economía, sentar las sólidas bases para la supresión del valor y del trabajo asalariado en un ámbito mundial, dirección de la guerra y de las milicias obreras por el proletariado, organización consejista de la sociedad y dictadura del proletariado sobre las capas sociales burguesas y pequeño-burguesas, parar aplastar la segura respuesta armada de la contrarrevolución. El partido no es solo un programa, sino su defensa por parte de individuos movidos por la pasión revolucionaria. La principal conquista teórica de Los Amigos de Durruti afirma el carácter **totalitario** de la revolución proletaria. Es totalitaria, esto es; **total**, porque ha de darse en todos los campos: social, económico, político, cultural..., y en todos los países, superando todas las fronteras nacionales, y es además **autoritaria**, porque se enfrenta militarmente al enemigo de clase.

3.- La ausencia de un partido, capaz de defender el programa histórico del proletariado, fue determinante, porque permitió que todas las organizaciones obreras asumieran el programa burgués de unidad antifascista (unidad sagrada de la clase obrera con la burguesía democrática y republicana), con el objetivo único de ganar la guerra al fascismo. Las vanguardias revolucionarias que surgieron durante la Guerra civil, lo hicieron tarde y mal, y fueron aplastadas en su intento, apenas esbozado, de presentar una **alternativa** revolucionaria, capaz de romper con la **opción** burguesa entre fascismo y antifascismo.

*

Así, pues, la crítica de Ferreiro a Devesa es muy interesante en determinados aspectos fundamentales (dirigismo), pero en algunas ocasiones desbarra hacia terrenos que no podemos calificar sino de idealistas. Y que, por otra parte, confesamos que no comprendemos: ¿qué es eso de que la autoridad “es una expresión social de la subjetividad prevaleciente como un todo, y de su devenir a través de la interacción psico-social, a través de la praxis”? No hay quien lo entienda, parece escrito en sánscrito. Y si dice lo que entendemos que dice, es una tautología.

Tampoco se entiende eso de “la constitución histórica de la subjetividad proletaria”. ¿Qué significa eso de que “nuestro problema no es “*la domesticación de la memoria*” (Devesa), sino la domesticación de nuestro espíritu.”. No se entiende bien ese afán por la domesticación, ya sea de la memoria o del espíritu. De lo que se trata (desde el punto de vista de una cosmovisión materialista e histórica) es de una misma guerra de clases, que puede desarrollarse en diversos campos de batalla, de entre los cuales optamos, entre otros muchos más, sin renunciar a ninguno, por el de la historia del movimiento obrero y revolucionario. No entiendo eso de las domesticaciones, que suenan a tareas del neolítico: la domesticación del perro, del caballo, de la vaca, del asno, etcétera. Las domesticaciones de tipo idealista, ya sea de la memoria o del espíritu, resultan totalmente incomprensibles y extrañas (aunque uno haya leído a Dietzgen) para un ateo materialista, como se declara quien escribe estas líneas.

*

Roi divaga sobre una cuestión fundamental, que plantea con claridad, pero que no acierta a solucionar. Esa cuestión es la conciencia de clase y la constitución de la clase en partido. Ferreiro dice, con su particular jerga modernista y elitista, que “la conciencia revolucionaria que se desarrolla en esta lucha por un movimiento revolucionario auténtico [...] empieza por una minoría. [...]. Así, surgen la necesidad y el problema de cómo constituir esa minoría en una fuerza capaz de suprimir esa autoalienación de la masa y, por tanto, también el problema de cómo organizarla. Por consiguiente, entre el reconocimiento del problema y su resolución media todo un proceso de desarrollo de la conciencia, tanto en su aspecto de reconocimiento de la realidad imperante como en su aspecto de proyección creativa de las necesidades subjetivas, creando formas de actividad coherentes con sus fines conscientes. Y, aquí está una cuestión clave: este desarrollo no puede acometerse durante el apogeo revolucionario sin convertirlo en un blanco fácil de las fuerzas contrarrevolucionarias. No hay tiempo entonces para esta maduración (véase el caso de los Amigos de Durruti, por poner un ejemplo), aun en el supuesto de que la evolución de la subjetividad sea suficiente para dar ese paso”.

Suponemos que esa minoría, de la que habla Ferreiro, es lo que la teoría marxista llama “organización de los revolucionarios” o “partido”. Y, sin duda, Ferreiro tiene razón en sus críticas a Devesa, pero no en sus conclusiones.

En realidad, la conciencia de clase es un producto de la lucha de clases, determinado por el antagonismo de los intereses materiales, y el desarrollo de esa conciencia es paralelo al de la lucha de clases. El partido (o los distintos partidos del proletariado) no puede surgir en un período contrarrevolucionario. La clase obrera es revolucionaria, o no es nada. El partido es un producto dialéctico del desarrollo de la conciencia de clase y, por consiguiente, un factor activo en ese proceso. El partido surge como una necesidad en el desarrollo de la conciencia de clase. Aunque el partido y la clase están en relación orgánica, y son complementarios, no son idénticos, no deben confundirse. El partido es la expresión más alta de la conciencia de clase del proletariado, tanto política como histórica. Los partidos son **sólo** una parte de la clase, y precisamente aquella que analiza con mayor claridad la situación. Más sencillo aún: el partido no es otra cosa que la necesaria organización de los revolucionarios; y por eso mismo, en una situación revolucionaria aparecerán distintas organizaciones o partidos del proletariado.

La diferencia fundamental entre las opciones políticas de **materialistas e idealistas** radica en la distinta concepción del partido y sus funciones. **Para los materialistas el partido es factor, pero también producto de la historia.** Para los idealistas el partido es un factor para cambiar la sociedad y la historia, prácticamente ajeno a la situación social e histórica inmediata; el partido es sobre todo la voluntad de sus militantes. De ahí el determinismo esencial de los materialistas y el voluntarismo de los idealistas.

En “La Ideología alemana” se define al comunismo como “el movimiento real que suprime el estado de cosas existentes”, que sitúa la conciencia revolucionaria en la existencia de una clase revolucionaria y que define explícitamente la conciencia revolucionaria como una emanación histórica del proletariado explotado. La continuidad con las “Tesis sobre Feuerbach”, donde se dice que **los educadores deben también ser educados**, es también evidente. En ambos trabajos Marx rechazaba ya a todos los “salvadores” del proletariado, a todos quienes creen que la conciencia

comunista es aportada a los humildes obreros desde fuera de la clase obrera, por intelectuales y héroes, que nadie necesita.

Recapitulemos, pues, subrayando el carácter eminentemente **pedagógico y ejemplar** del partido, que surge del seno del proletariado, y más concretamente de su necesidad de teorizar las experiencias revolucionarias de la lucha de clases, pasadas o en curso.

La fuerza de esa conciencia, en las clases subordinadas, es continuamente obstaculizada por el peso de las ideologías de la clase dominante, que en cualquier campo cultural, incluido el de la historia, dispone de todos los recursos del Estado, de las instituciones académicas y universitarias, de la prensa y medios de comunicación, de las empresas editoriales, de los intelectuales orgánicos, de los canales de publicidad y distribución, librerías, etcétera, etcétera, **para imponer, en el caso de la historiografía, la versión de la historia oficial como la única y “auténtica” historia.** Se pretende que **aquello que la historiografía ignora, ni existe, ni ha existido nunca.** Si la historiografía académica niega la existencia de una situación revolucionaria en la España de 1936, llegará un momento, desaparecida la generación que vivió la guerra civil, en que eso será un dogma inapelable, con el perverso objetivo de velar un importante episodio de la historia revolucionaria del proletariado. Igual sucede en cualquier otro campo ideológico y cultural. Existen, en España, dos historiografías burguesas, enfrentadas entre sí, pero coincidentes en lo fundamental, esto es, en la defensa del Estado y de la sociedad capitalista. Son la historiografía neofranquista y la neoestalinista-liberal. Incluso podría ramificarse el estudio en subespecies, de tipo catalanista o republicana, siempre con el respeto debido al Estado y la sociedad capitalista. Unos, los estalinistas y liberales, optan por defender la democracia; otros, los neofranquistas, también, aunque justifiquen la necesidad y valía histórica del franquismo. Ambos impulsarían, en caso de peligro grave de los fundamentos democráticos, o del Estado, el recurso al totalitarismo y la represión del proletariado, y se unificarían en una misma escuela historiográfica de **“ideología demócrata, en defensa del capitalismo”.**

Habría, por supuesto, diferencias de matiz; y unos, los liberal-estalinistas, republicanos o socialdemócratas propondrían medidas represivas selectivas y transitorias; mientras otros, los neofranquistas y fascistas impondrían medidas represivas generalizadas y permanentes. Pero ambas facciones del capitalismo, tanto la derecha como la izquierda, coincidirían en la fundamental defensa **democrática y contrarrevolucionaria** del sistema capitalista, mediante la brutal represión del movimiento obrero revolucionario. Es muy posible además que, en un futuro no muy lejano, paro y depresión económicas mediante, se responda a esa profunda crisis económica, política y social con un cambio de régimen, de carácter republicano, en el que se comprometan todos los defensores del capitalismo, una vez superadas ya las obsoletas diferencias entre franquistas y antifranquistas, por alejamiento cronológico respecto a la etapa de la guerra civil y de la dictadura franquista, con el objetivo común de aplastar a los revolucionarios. Esa desviación de las luchas **anticapitalistas** del proletariado en lucha antimonárquica (1931), antifascista (1936), o antifranquista (1976) es un recurso frecuente, que suele tener cierto éxito inicial, al menos en el campo ideológico. Izquierda y derecha del capital se complementan siempre, como yunque y martillo, para aplastar al proletariado revolucionario.

La constitución del proletariado en clase es un proceso histórico de luchas, en las que el proletariado puede aparecer como una fuerza de apoyo a la burguesía revolucionaria; o

progresista, en la lucha contra fuerzas socio-políticas feudales; pero también puede surgir como fuerza destructiva del Estado burgués, construyendo sus propios órganos de poder obrero: los soviets en Rusia (1905 y 1917), los raters en Alemania (1919-1920) y los comités-gobierno en España (1936-1937).

La desaparición del proletariado en la sociedad sin clases sólo puede ser una consecuencia de su constitución en clase dominante; pero siempre será una hipótesis optimista, pero no inevitable, a la que cabe otra salida terrible: la barbarie.

La historia de la constitución de la clase en partido es la historia de los partidos del proletariado. Para Ferreiro la revolución ha fracasado en 1936 porque no había partido, lo cual es inexacto, porque el propio partido no es un elemento indeterminado. La revolución fracasó, en la España de 1936, porque el antagonismo entre el proletariado y la burguesía hispana no había sido, en los años veinte y treinta, lo bastante intenso y consciente como para **hacer surgir** el partido de la revolución proletaria y hacer posible la organización consejista de la sociedad. Por otra parte, el proceso revolucionario mundial, iniciado en 1905, ya había sido derrotado internacionalmente en los años veinte.

Ferreiro nos dice que “no se trata de *conocer* la historia, sino de *hacer* la historia”, y repite, una y otra vez, que no hay que separar la teoría de la práctica. Pero en el mismo momento en que Ferreiro dice que no se trata de conocer la historia, sino de hacerla, Ferreiro está separando la teoría de la práctica. ¿Quién *hace* la historia para las generaciones presentes, sino quien la *escribe*? Ferreiro está hablando, por supuesto, de **protagonizar** la historia, **separando la acción de la teoría**. Ferreiro no comprende que conocer, divulgar y profundizar en el conocimiento de la historia revolucionaria, negando las falacias y deformaciones que escribe la historiografía burguesa, desvelando la **auténtica** historia de la lucha de clases, escrita desde el punto de vista del proletariado revolucionario, es ya en sí mismo un combate por la historia. Combate que forma parte de las luchas de clases, como cualquier huelga salvaje, o el Manifiesto Comunista, la ocupación de fábricas, una insurrección revolucionaria, o El Capital. El proletariado, para apropiarse de su pasado, ha de combatir las visiones estalinista, liberal y neofranquista. El combate proletario por conocer su propia historia es un combate, entre otros muchos más, de la guerra de clases en curso. No es puramente teórico, ni solamente práctico, porque forma parte de la propia conciencia de clase, y se define como teorización de las experiencias históricas del proletariado.

El proletariado, para vencer, necesita una conciencia cada vez mayor, superior y más aguda, de la realidad y de su devenir. Sólo con una **conciencia crítica**, elaborada en el estudio riguroso de las experiencias de sus luchas pasadas, podrá avanzar hacia sus objetivos. La conmemoración de la muerte de sus militantes, o de las masacres del proletariado, no puede ser jamás, para los revolucionarios, un acto religioso, o de homenaje y memoria. **LO QUE IMPORTA ES EXTRAER LAS LECCIONES DE LAS SANGRIENTAS DERROTAS DEL PROLETARIADO, PORQUE LAS DERROTAS SON LOS JALONES DE LA VICTORIA.**

El proletariado es arrojado a la lucha de clases por su propia naturaleza de clase explotada, sin necesidad que nadie le enseñe nada, porque necesita sobrevivir. Cuando el proletariado se constituye en partido, enfrentado al partido del capital, necesita asimilar las experiencias de la lucha de clases, para tomar conciencia de éstas, apoyarse

en las conquistas históricas, tanto teóricas como prácticas, y superar los inevitables errores, corregir críticamente los fallos cometidos, reforzar sus posiciones políticas por medio de la toma de conciencia de sus insuficiencias y lagunas y completar su programa; en fin, resolver los problemas no resueltos en su momento: aprender las lecciones que nos da la propia historia. Y ese aprendizaje sólo puede hacerse en la práctica de la lucha de clases.

No existe una lucha económica y una lucha política separadas, en departamentos estancos. Toda lucha económica es, a la vez, en la sociedad capitalista actual, una lucha política, y al mismo tiempo una lucha por la identidad de clase. Tanto la crítica de la economía política, como la crítica de la historia oficial, el análisis crítico del presente, el sabotaje o una huelga salvaje, son combates de la misma guerra de clases. Y en todos, y en cada uno de esos combates, se plantea la conciencia de clase, y el devenir de la clase en partido (antagónico al partido del capital).

Así, pues, el análisis de Devesa resulta una buena crítica de la historia oficial y de cómo se ha mistificado el proceso revolucionario en la España de 1936, sobre todo mediante la dialéctica fascismo-democracia. Las críticas de Ferreiro a Devesa son pertinentes y necesarias, sobre todo en lo que afecta a su enfoque “dirigista” y “reduccionista”, que explica el fracaso revolucionario por la “traición” de los dirigentes. El análisis de Ferreiro, sin embargo, no percibe que el combate por la historia revolucionaria no es sólo una cuestión libresca, teórica y abstracta, sino que es un combate más de la guerra de clases, entre burguesía y proletariado.

Sin teoría revolucionaria no hay revolución. Sin una teorización de las experiencias históricas del proletariado no existe teoría revolucionaria, ni avance teórico. Entre la teoría y la práctica puede existir un lapsus de tiempo, tan largo como el de una etapa contrarrevolucionaria de varias décadas, pero eso no significa una separación absoluta e insalvable entre teoría y práctica. El marxismo revolucionario es un método de análisis de la realidad social e histórica, que transforma el arma de la crítica en la crítica de las armas. **LAS TEORÍAS REVOLUCIONARIAS PRUEBAN SU VALIDEZ EN EL LABORATORIO HISTÓRICO.** El partido del proletariado no es sólo un programa, sino su defensa por parte de individuos, movidos por **la pasión revolucionaria**, y organizados en varios partidos de clase, que defienden distintas tácticas.

Devesa y Ferreiro quizás puedan aceptar que la historia del movimiento obrero, hoy, en España, es un combate contra la historia oficial del mandarinato liberal-estalinista, o la demanda comercial neofranquista. Ese combate por la historia sólo terminará cuando hayan desaparecido las clases, tras la victoria del proletariado, confundido ya con la humanidad. **Lo que empezó como combate por la historia del proletariado, sólo puede culminar como historia del combate** por el comunismo y la abolición de todas las clases, previa extinción del trabajo asalariado, de la ley del valor, de las fronteras nacionales, de todos los Estados, con sus ejércitos y policías. Y todo esto no hace más que actualizar e ilustrar lo que **ya** escribió Marx en La ideología alemana: “la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante”. Es decir, quien posee el poder económico dicta **su** historia, que adecuadamente falsificada e idealizada, es siempre la oficial y predominante. Esa **historia burguesa oficial** se cree y pretender ser, además, la única historia válida, y por ello, mostrará su elitista desprecio profesional y su ignorancia por la historia del proletariado. Sobre todo su **ignorancia**.

Como decía, hace ahora ya diez años, el **Manifiesto Combate por la historia**: “Con la ignorancia, omisión o minimización de las connotaciones proletarias y revolucionarias que caracterizaron el período republicano y la guerra civil, la Historia Oficial consigue ponerlo todo del revés, de forma que sus principales popes se imponen la tarea de reescribirlo todo, y consumir de este modo la expropiación de la memoria histórica, como un acto más del proceso de expropiación general de la clase trabajadora. Pues, a fin de cuentas, la historiografía es quien elabora la Historia. Si, paralelamente a la desaparición de la generación que vivió la guerra, los libros y manuales de la Historia Oficial ignoran la existencia de un magnífico movimiento anarquista y revolucionario, dentro de diez años se atreverán a decir que ese movimiento **no ha existido**. Los mandarines creen firmemente que **nunca** ha existido aquello sobre lo que **ellos** no escriben: si la historia cuestiona el presente, la niegan.

Hay una contradicción flagrante entre el oficio de recuperación de la memoria histórica, y la profesión de servidores de la Historia Oficial, que necesita olvidar y borrar la existencia en el pasado, y por lo tanto la posibilidad en el futuro, de un temible movimiento obrero revolucionario de masas. Esta contradicción entre el oficio y la profesión se resuelve mediante la ignorancia de aquello que saben o deberían saber; y eso les convierte en necios. Y por esta misma razón la Historia Oficial se caracteriza por una absoluta incapacidad para el rigor, la objetividad y la totalidad. Es necesariamente parcial, y no puede adoptar más perspectiva que la perspectiva de clase de la burguesía. Es necesariamente excluyente, y excluye del pasado, del futuro y del presente a la clase obrera. La Sociología Oficial insiste en convencernos que ya no existe la clase obrera, ni la lucha de clases; a la Historia Oficial le toca convencernos de que nunca existió. Un presente perpetuo, complaciente y acrítico banaliza el pasado y destruye la conciencia histórica.

Los historiadores de la burguesía tienen que reescribir el pasado, como lo hacía una y otra vez el Gran Hermano. Necesitan ocultar que la Guerra Civil fue una guerra de clases. Quien controla el presente, controla el pasado, quien controla el pasado, decide el futuro. La Historia Oficial es la historia de la burguesía, y hoy tiene por misión mitificar los nacionalismos, la democracia liberal y la economía de mercado, para convencernos de que son eternos, inmutables e inamovibles.”

Mientras tanto, el combate por **la** historia pasa hoy por la teorización de las experiencias históricas del proletariado **INTERNACIONAL**, que ya realizaron en su momento Rosa Luxemburg, Herman Gorter, Anton Pannekoek, Amadeo Bordiga, “Bilan”, Onorato Damen, Josep Rebull y Munis, entre otros. **NINGUNO** de ellos fue historiador; **TODOS** ellos fueron militantes revolucionarios, que no dudaron en **estudiar y teorizar las experiencias históricas del proletariado** revolucionario, porque para ellos el combate por la historia revolucionaria era una batalla fundamental de la guerra de clases. Porque no se trata sólo de escribir racionalmente **la** historia, fundamentada en la realidad de la lucha de clases y en los hechos humanos concretos, sino además, y ante todo, de perfeccionar, acrecentar y cimentar la teoría revolucionaria.

Agustín Guillamón. Barcelona, marzo 2009.

5.

¿DEFENSA DE LOS DERECHOS HUMANOS, O DESENMASCARAMIENTO DE SU VERDADERA NATURALEZA?

Lo primero que hay que hacer es averiguar qué son los derechos humanos.

“¡Consideremos por un instante los llamados derechos del hombre, pero los derechos del hombre en su verdadera configuración, la que poseen entre sus descubridores, norteamericanos y franceses! Por una parte, tales derechos son derechos políticos, derechos ejercitables únicamente en comunidad con otros. La participación en el ser común, o mejor, en el ser común político, en la esencia del Estado, conforma su contenido. Pertenecen a la categoría de la libertad política, a la categoría de los derechos del ciudadano, que de ningún modo, según vimos, presuponen la supresión coherente y positiva de la religión, por tanto, tampoco del judaísmo. Queda por considerar la otra parte de los derechos humanos, los derechos del hombre en la medida en que se diferencian de los derechos del ciudadano.

Entre ellos se encuentran la libertad de conciencia, el derecho de practicar el culto elegido. El privilegio de la fe es reconocido expresamente, ya sea como un derecho del hombre, o como consecuencia de un derecho del hombre, de la libertad.” (Carlos Marx, La cuestión judía, p. 32, Santillana, S. A., 1997, Madrid).

Tras mencionar la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, 1791, la Declaración de derechos del hombre, etc., 1793, la Constitución de Pennsylvania y la Constitución de New-Hampshire en lo referente al culto religioso, Marx concluye: “La incompatibilidad de la religión con los derechos del hombre se halla tan poco presente en el concepto de derechos del hombre que el derecho a ser religioso, a ser religioso en el modo elegido, a practicar el culto de la propia religión particular, resulta antes bien expresamente enumerado entre los derechos del hombre. El privilegio de la fe es un derecho universal del hombre.” (Ídem, p. 33).

“Los droits de l’homme, los derechos del hombre se diferencian como tales de los droits du citoyen, de los derechos del ciudadano. ¿Quién es el homme distinto del citoyen? Ni más ni menos que el miembro de la sociedad civil. ¿Por qué se le llama “hombre”, hombre a secas, al miembro de la sociedad civil, por qué se llama a sus derechos derechos del hombre? ¿Cómo explicamos este hecho? Por la relación del Estado político con la sociedad civil, por la esencia de la emancipación política.

Ante todo constatamos el hecho de que los llamados derechos del hombre, los droits de l’homme, diferenciados de los droits du citoyen, no son sino los derechos del miembro de la sociedad civil, vale decir, del hombre egoísta, del hombre separado del hombre y de la comunidad. La constitución más radical, la Constitución de 1793, puede decir:

Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano

Artículo 2: “Estos derechos, etc. (los derechos naturales e imprescriptibles) son: la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad”.

¿En qué consiste la libertad?

Artículo 6: “La libertad es el poder que pertenece al hombre de hacer todo lo que no perjudique los derechos de otro”; o, según la Declaración de los derechos del hombre de 1791: “La libertad consiste en poder hacer todo lo que no perjudique a otro”.

La libertad es, pues, el derecho de hacer y de ejercer lo que no daña a otro. El límite en que cada uno puede moverse sin daño para otro es establecido por la ley como el límite

entre dos campos es establecido por una cerca. Se trata de la libertad del hombre como mónada aislada y replegada sobre sí. ¿Por qué, según Bauer, no está el judío en grado de recibir los derechos del hombre?

“En tanto sea judío, la esencia limitada que lo hace judío llevará las de ganar sobre la esencia humana que debería, como hombre, vincularlo a los hombres, y lo separará de los no judíos.”

Pero el derecho del hombre a la libertad no se basa en el vínculo del hombre con el hombre, sino más bien en el aislamiento del hombre respecto del hombre. Es el derecho a dicho aislamiento, el derecho del individuo limitado: limitado a sí mismo.

La aplicación práctica del derecho del hombre a la libertad es el derecho del hombre a la propiedad privada.

¿En qué consiste el derecho del hombre a la propiedad privada?

Artículo 16 (Constitución de 1793): “El derecho de propiedad es el que pertenece a todo ciudadano de gozar y disponer a su antojo de sus bienes, de sus rentas, del fruto de su trabajo y de su industria”.

El derecho a la propiedad privada es, pues, el derecho a gozar arbitrariamente (“à son gré”) – sin miramientos con los demás hombres, independientemente de la sociedad – del propio patrimonio, a disponer del mismo: el derecho al interés propio. Dicha libertad individual, como esta utilización de la misma, conforman el fundamento de la sociedad civil. La cual deja que cada hombre encuentre en otro hombre no la realización, sino más bien el límite de su libertad. Pero ante todo ella proclama el derecho del hombre “de gozar y disponer a su antojo de sus bienes, de sus rentas, del fruto de su trabajo y de su industria”.

Quedan todavía los otros derechos del hombre, la igualdad y la seguridad.

La égalité, aquí en su significado no político, no es sino la igualdad de la liberté descrita más arriba, a saber: que cada hombre es considerado en igual medida una mónada que, como tal, reposa sobre sí misma. Así define la Constitución de 1795 el concepto de igualdad, conforme a su significado:

Artículo 3 (Constitución de 1795): “La igualdad consiste en que la ley es la misma para todos, sea que proteja o que castigue”.

¿Y la seguridad?

Artículo 8 (Constitución de 1793): “La seguridad consiste en la protección acordada por la sociedad a cada uno de sus miembros para la conservación de su persona, sus derechos y sus propiedades”.

La seguridad es el supremo concepto social de la sociedad civil, el concepto de la policía: que toda la sociedad existe sólo para garantizar a cada uno de sus miembros la conservación de su persona, de sus derechos y de su propiedad. En ese sentido llama Hegel a la sociedad civil “el Estado de la necesidad y del entendimiento”.

Por medio del concepto de seguridad la sociedad civil no se eleva por encima de su egoísmo. La seguridad es más bien el seguro de su egoísmo.

Así pues, ni uno solo de los llamados derechos del hombre va más allá del hombre egoísta (subrayado por E.M.E.), del hombre que es miembro de la sociedad civil, es decir, del individuo replegado sobre sí mismo, sobre su interés privado y su arbitrio privado, y separado de la comunidad. Muy lejos de concebirse en ellos al hombre como ser genérico, la propia vida genérica, la sociedad, aparece más bien como un marco exterior a los individuos, como restricción de su independencia originaria. El único vínculo que les mantiene juntos es la exigencia natural, la necesidad y el interés privado, la conservación de su propiedad y de su persona egoísta.

Resulta en sí mismo enigmático que un pueblo que está empezando a liberarse, a derribar las barreras entre sus diversos miembros, a fundar una comunidad política, que

un pueblo así proclame solemnemente (Declaración..., de 1791) la legitimidad del hombre egoísta, aislado de su prójimo y de la comunidad; más aún, que repita semejante proclamación en un momento en que sólo la más heroica abnegación puede salvar a la nación, siendo por ello imperiosamente exigida; en un momento en que el sacrificio de todos los intereses de la sociedad civil debe ser elevado a orden del día, y penalizado el egoísmo como un delito (Déclaration des droits de l'homme, etc., de 1793). Más aún enigmático llega a ser ese hecho cuando vemos que incluso los emancipadores políticos degradan la ciudadanía, la comunidad política, a simple medio para la conservación de esos llamados derechos humanos, que se declara por tanto al citoyen siervo del homme egoísta, se menoscaba la esfera en la que el hombre se comporta como ser común ante la esfera en la que se comporta como ser parcial, y se considera por último no ya al hombre en cuanto citoyen, sino al hombre en cuanto bourgeois, como el auténtico y verdadero hombre." (Ídem, pp. 33-36). (Ambos subrayados por E.M.E.)

"El hombre, como miembro de la sociedad civil, el hombre no-político, aparece sin embargo necesariamente como el hombre natural. Los droits de l'homme aparecen como droits naturels, pues la actividad autoconsciente se concentra en el acto político. El hombre egoísta es el resultado pasivo, meramente dado, de la sociedad civil, objeto de certeza inmediata, objeto natural, pues." (Ídem, p. 38)

"Finalmente el hombre, en cuanto es miembro de la sociedad civil, pasa por ser el auténtico hombre, por homme distinto del citoyen, dado que es el hombre en su inmediata existencia sensible e individual, en tanto el hombre político es sólo el hombre abstracto, artificial, el hombre como persona alegórica, moral. Al hombre real sólo se le reconoce bajo la forma de individuo egoísta, al verdadero hombre sólo bajo la forma de ciudadano abstracto." (Ídem, p. 39).

"La emancipación política es la reducción del hombre, por un lado, a miembro de la sociedad civil, a individuo egoísta independiente; y por otro, a ciudadano, a persona moral.

Sólo cuando el real hombre individual reabsorba en sí al ciudadano abstracto, y como hombre individual en su vida empírica, en su trabajo individual, en sus relaciones individuales, se haya convertido en ser genérico; sólo cuando el hombre haya reconocido y organizado sus "fuerzas propias" como fuerzas sociales, y por tanto ya no separe de sí la fuerza social en forma de fuerza política, sólo entonces se habrá completado la emancipación humana." (Ídem, p. 39).

Es decir, cuando el hombre individual se haya convertido en ser genérico, cuando sus "fuerzas propias" sean fuerzas sociales y ya no separe de sí la fuerza social en forma de Estado político, en una palabra, cuando ya no haya Estado, ni por tanto clases ni explotación, se habrá completado la emancipación humana, estaremos en la sociedad comunista.

La anterior larga cita de Marx muestra dos cosas: Que los llamados derechos humanos, los tan cacareados derechos humanos que se nos quiere hacer tragar como algo bueno que debemos defender y como algo intrínseco al hombre por el sólo hecho de ser hombre; que por tanto son tan naturales como el hombre y nacieron con el hombre y morirán con él; que estos derechos son simplemente los derechos del hombre burgués y como tales ni son proletarios ni éstos tienen ninguna razón para defenderlos; que los tales derechos, igualdad, libertad, seguridad, propiedad, son específicos del burgués y que como tales tienen un origen histórico y tendrán un final histórico; que por tanto, tampoco son intrínsecos al hombre en general, ni por consiguiente inmutables y eternos. No en vano Marx nos dice que si queremos conocer esos derechos debemos ir a sus descubridores, los norteamericanos y los franceses del siglo XVIII.

Federico Engels muestra el carácter burgués de los derechos del hombre de otra manera: “De otra parte, no se podía dejar de reclamar la abolición de los privilegios feudales, la de la exención del impuesto a los nobles y la de los privilegios políticos de los “estados”. Y como no se vivía en una monarquía universal, como había sido el Imperio romano, sino en un sistema de Estados independientes que trataban entre sí, en base de igualdad y en grado aproximadamente semejante de evolución de la burguesía, evidentemente tal reivindicación debía tomar un carácter general, salir de un Estado particular y llegar a proclamarse la libertad y la igualdad como derechos del hombre. Mas lo que muestra el carácter específicamente burgués de tales derechos del hombre, es que la constitución americana, la primera que reconoció los derechos del hombre, sancionaba al mismo tiempo la esclavitud de los negros que existía en América: los privilegios de clase eran proscritos, mas los privilegios de raza confirmados.

Ya se sabe que la burguesía, a partir del instante en que sale del sistema feudal, como la mariposa de la crisálida, a contar del momento en que el “estado” medieval deviene una clase moderna, va siempre e inevitablemente acompañada de su sombra, el proletariado. Y de igual manera la reivindicación burguesa de la igualdad se acompaña de la reivindicación proletaria de la igualdad. Desde el momento en que se plantea la reivindicación burguesa de la abolición de los privilegios de clase, surge la reivindicación proletaria de la abolición de las clases mismas... Los proletarios se valen de la frase de la burguesía: la igualdad no debe ser puramente aparente, no debe realizarse sólo en la esfera del Estado, sino en la realidad; es decir, en el terreno social y económico.

...el verdadero contenido de la reivindicación proletaria de la igualdad es la abolición de las clases sociales...

Así, la idea de igualdad, tanto en su forma burguesa como en su forma proletaria, es un producto de la historia y supone necesariamente circunstancias históricas determinadas...” (El Anti-Düring, pp.116-7, Edicions Avant, Barcelona, 1987).

“La libertad consiste, por tanto, en esa soberanía sobre nosotros mismos y sobre el mundo exterior, fundada en el conocimiento de las leyes necesarias de la naturaleza; la libertad es, pues, necesariamente un producto de la evolución histórica” (Ídem, p. 125).

En estas citas de Engels queda claro igualmente el carácter burgués de los derechos del hombre y su carácter histórico, temporal, no intrínseco al hombre.

“En tanto la primera (la política) prevalece idealmente sobre el segundo (el dinero), de hecho se ha convertido en su sierva.” (Marx, op. cit., p. 43).

La política basada en la letanía de los derechos humanos es la propaganda a bombo y platillo, a todas horas y a escala mundial, por parte de los que más dinero tienen, los capitalistas occidentales.

La defensa de los derechos humanos y de la democracia es divulgada incesante y machaconamente por los mismos que ostentan el poder político y económico en los países más importantes y que continuamente provocan del modo más despiadado todas las guerras que hay en el mundo y que causan hambre, sed, miseria, enfermedades, miedos y opresiones sin fin. Divulgan aquella ideología supuestamente pacifista de defensa de los derechos humanos y de la democracia precisamente para desarmar a aquellos mismos a los que han de explotar y masacrar. Por eso hay que denunciar esa ideología pacifista como lo que es: un arma del enemigo para vencernos. La única solución para acabar con toda clase de calamidades y miserias es acabando con quien lo engendra permanentemente, a saber, el capitalismo, ya sea en su forma democrática o fascista, pues ambas formas no son más que manifestaciones de la dictadura del Capital. Y la única forma de acabar con el Capital es luchando por una sociedad sin clases, es decir, la sociedad comunista.

De lo que se trata no es de defender unos derechos humanos irreales, sino de examinar la situación real de nuestros días y ver qué intereses reales defienden todos esos Estados democráticos y otras instituciones u organizaciones tras la máscara de los derechos humanos que ellos dicen defender.

Y sobre todo, lo que interesa hacer no es condenar los regímenes o Estados tachados de dictatoriales para hacer aparecer los Estados democráticos, o así calificados, como mejores y como un progreso o un paso hacia una futura emancipación de toda opresión, sino examinar en qué grado de desarrollo se encuentra el capitalismo a escala mundial, qué grado de desarrollo tienen los países llamados democráticos y qué posibilidades de desarrollo tienen los países calificados de dictatoriales, si el capitalismo desarrollado de los primeros permitirá un desarrollo apropiado en los segundos. Digamos ya sin más dilación que las leyes propias del mercado hacen que la competencia de los primeros provoca sin cesar la ruina permanente de los segundos y con ello crean las condiciones aptas para el surgimiento de regímenes dictatoriales, necesarios para el sometimiento y explotación de las poblaciones de dichos países.

Pero sobre todo, en vez de enfocar el problema como un problema de desarrollo capitalista y evolución democrática, habrá que pensar en la única alternativa que ya hoy deja el capitalismo que controla todo a escala mundial: Ver en qué medida el proletariado de los distintos países despertará a la lucha revolucionaria contra el Capital, no para equilibrar su desarrollo en el mundo o para democratizarlo, sino para dar paso a una nueva sociedad que no será ni democrática ni dictatorial, porque no será capitalista, no conocerá la explotación del hombre por el hombre y estará enfocada a organizar todos los recursos y fuerzas productivas para satisfacer las necesidades de los individuos organizados en comunidad sin clases y al libre desarrollo de todos y cada uno de ellos.

Contemplar hoy en día los problemas de un país pretendiendo equipararlo a otros más desarrollados y democratizados, es ver el problema desde un punto de vista burgués, puesto que no se cuestiona la existencia misma del capitalismo y mientras éste exista no dejará de haber un desarrollo desigual en lo económico, por la anarquía misma del capitalismo, y tampoco dejará de emplearse alternativamente la democracia o el fascismo, es decir, las dos caras de la dictadura del Capital, según lo requieran las circunstancias; si es posible, domesticará y doblegará al proletariado y a los explotados y oprimidos en general con la engañifa de la democracia, es decir, por el engaño y la persuasión; y cuando esto no baste, recurrirá a la represión descarada que es la dictadura fascista, como la Historia ha demostrado ya en innumerables casos en todas las latitudes.

¿Hablar de reformas democráticas? ¿en dónde? ¿quién luchará por ellas y contra quién habrá que luchar? La burguesía ya está en su reino y no tiene que luchar por él. Sólo tiene que conservarlo. Tras la burguesía viene el proletariado y la lucha de éste es internacional como el proletariado mismo y éste tiene sus objetivos propios por los que luchar, que no son otros que la sociedad sin clases y la plena realización de los individuos como parte y dentro de esta sociedad sin clases, o sea, el comunismo. Si el proletariado luchase por otros objetivos que los suyos propios serían objetivos en contra del progreso histórico, contrarrevolucionarios y siempre estarían abocados al fracaso. Por eso, la lucha por la democracia o las reformas democráticas no sólo está fuera de lugar históricamente, sino que ya no hay quien pueda luchar por ella o ellas válidamente, pues la burguesía, portadora histórica de la bandera democrática, no duda ya desde hace tiempo en ponerla en hibernación y recurrir al fascismo como la otra alternativa que cierre el paso a la revolución comunista.

Si se quiere atacar las dictaduras o los dictadores, no podemos decir que ellos imponen su voluntad a la sociedad a capricho, y que por tanto modifican el curso de la historia a su antojo, más bien hay que investigar qué causas materiales, qué condiciones históricas permiten y hasta favorecen el surgimiento de las dictaduras y los dictadores, pues no son estos los que moldean la historia sino que es, muy en primer lugar, el desarrollo de las fuerzas productivas el que da origen a una u otra clase de gobierno teniendo en cuenta el contexto general, histórico y geográfico.

Si queremos criticar y atacar la dictadura, no podemos hacerlo desde la democracia, o exaltando la democracia, oponiéndole la democracia.

La democracia no es un dogma, una entidad estática que permanece invariable a través del tiempo y a la que se puede recurrir como a algo fijo, intrínsecamente igual a sí mismo, como algo separado de lo demás, como algo metafísico. Por el contrario, la democracia es un producto de la Historia, es el fruto de la evolución de la sociedad a través del tiempo. En los tiempos modernos, la democracia nace como oposición al régimen que le precede, el feudalismo, un régimen caduco ya históricamente, lo que hace que la democracia sea revolucionaria al nacer, porque alumbraba una sociedad nueva, opuesta y superior a la precedente. Económicamente, supera a ésta desarrollando extraordinariamente los medios de producción, y políticamente, liberando a los individuos del vasallaje feudal y creando el Estado político ante el que todos los ciudadanos son iguales. El pleno desarrollo de la democracia corresponde al pleno dominio de la burguesía como clase cuando ésta, a través del pleno desarrollo del capitalismo, lo somete todo a su poder y no deja que nadie se lo dispute. Para conservarlo, se vuelve conservadora, reaccionaria, y para conseguirlo no duda en destruir su misma razón de ser: el desarrollo histórico de las fuerzas productivas en proporciones gigantescas. Hoy, el capitalismo destruye y degrada los recursos naturales, los bosques, los océanos, la tierra, la atmósfera, los alimentos, la existencia de millones de personas, no dudando en aplastar y masacrar la fuente que le da vida: el trabajo vivo, la fuerza de trabajo, de cuya explotación extrae la plusvalía que es al Capital lo que el oxígeno para el ser humano. Llegada a este punto, la democracia no es revolucionaria como lo fue al nacer, ni siquiera está justificada históricamente como en su etapa de esplendor, de desarrollo de las fuerzas productivas. Se ha vuelto reaccionaria, y para poder alargar algo su existencia recurre a ardidés tales como la hoja de parra de los supuestos “derechos humanos” que tape sus vergüenzas ante millones y millones de explotados y oprimidos, vergüenzas que no pueden ocultar porque están tan a la vista como lo están la explotación, la represión y toda clase de injusticias y sufrimientos de la mayor parte de la población mundial, causados precisamente por aquellos mismos que se proclaman defensores de la democracia y de los derechos humanos, como son todos los Estados capitalistas desarrollados cuyos dirigentes son los campeones más destacados de tales consignas. Y es lógico que así sea, porque la democracia es el régimen político de la burguesía, clase explotadora por excelencia, y los derechos humanos no son más que los derechos del hombre burgués, del hombre egoísta, en palabras de Marx.

Así pues, lo que hay que defender no es ni la democracia ni los derechos humanos, ambos propiedad de la clase burguesa, sino el legítimo derecho de los explotados y oprimidos a levantarse en rebelión contra la dominación del Capital y para establecer una nueva sociedad sin clases, sin explotación, sin dinero, sin opresión.

Emilio Madrid.

Barcelona, septiembre de 2003

6.

Respuesta a las ofensas y lindezas varias de “Quadern”, suplemento en catalán de “El País”, o la moda antilibertaria

El suplemento cultural en catalán del diario “El País”, que sale cada jueves con el nombre de “Quadern”, ha tenido a bien dedicar gran parte del número del 11 de diciembre de 2008 a las novedades historiográficas sobre el anarquismo, que según los articulistas Carles Geli y Francesc Canosa, está de moda.

Hace ya muchos años que ya no compramos “El País” porque nos parece un diario indocente (es importante leer la o, porque estamos hablando de antipedagogía), instalado en la defensa numantina de aguados valores socialdemócratas y pútridos dogmas económicos liberales. Sorprende, por otra parte, que un diario como “El País” dedique alguna página a glosar el anarquismo, como no sea para denigrarlo. Cuando nos avisaron de la aparición de temas anarquistas en ese diario, la primera reacción fue de incredulidad. Leído el suplemento, se confirmaron las sospechas iniciales: no se trataba de glosar las novedades historiográficas sobre el anarquismo, sino de anunciar a bombo y platillo la publicación de una serie de “productos editoriales” de temática antianarquista.

Esta estrategia cultural del diario “El País” no es un fenómeno aislado y fortuito, sino que forma parte de su política editorial, que no duda en ocasiones especiales en manipular lo que se tercie, como sucedió en septiembre de 2008 con un artículo del riguroso historiador Francisco Espinosa, modificado, según denunciaba éste, mediante “al menos veinte pequeños cambios en el texto publicado”, consiguiendo “que realmente los efectos de la falsificación afecta[ra]n a todo el artículo”, haciendo decir al autor lo contrario de lo que siempre ha dicho, pensado y defendido. El error de Espinosa, como presumiblemente el de muchos lectores de ese diario, fue creer no ya que “El País” respetaría la libertad intelectual y el derecho de autor, “sino simplemente que no falsificarían un documento de carácter privado enviado a la sección de opinión de un periódico”, como denunció en kaosenlared el propio Espinosa, utilizando esta página web como único canal a su disposición válido para denunciar el atropello del citado diario.

El primer artículo de “Quadern”, firmado por Carles Geli, es tan zafio, insultante y denigratorio, como la manipulación que en septiembre pasado se hizo del artículo de Espinosa. Tras mofarse de la memoria histórica libertaria, ridiculiza el horario de la librería “La Rosa de Foc” y de la mal denominada “sede central de la CNT en Barcelona”, porque no lo es. Vaya usted a saber por qué le disgusta el horario de la librería, que abre por las tardes. Ridiculiza gratuitamente a Ignasi, uno de los encargados de la librería, porque busca libros de segunda mano, o en sellos editoriales descatalogados, que ya quisieran tener muchas librerías de postín, donde las novedades no duran más de quince días y se carece de un fondo de reserva. Llega a decir que Ignasi “brama” contra el auge de ese revisionismo historiográfico antilibertario, en lugar

de decir que Ignasi “opina” o “dice”, ya sea esto o aquello, o lo de más allá. No, Ignasi, para los periodistas del suplemento en catalán de “El País”, “brama”. Y es que, para esos “objetivos” periodistas, todo lo anarquista tiene algo de bruto, salvaje e incontrolado: por eso un anarquista no habla, opina o dice: ¡brama! Aunque otros, cuyos nombres mantenemos en el más riguroso anonimato, más que bramar, rebuznan. Carles Geli cita, como novedades de temática ácrata, “Diari d’un pistolero de la FAI” de Mir, que a trancas y barrancas ya lleva cuatro ediciones distintas, en menos de tres años, a medida que su autor aprende a escribir, decide si hace una novela o un libro de historia y lee lo mucho que desconoce sobre la guerra civil, para ir rectificando los garrafales errores de la primera edición de su “crónica novelada”(j), de la que existe una crítica devastadora, que puede consultarse en kaosenlared.

Cita también “El silencio de les campanes”, una bazofia que ya hubiera sido indigna como martirologio de los años cuarenta, que además está plagada de errores de bulto. Cita además el libro de Orensanz, que es un buen trabajo periodístico, aunque no es un libro de historia, ni su autor lo pretende. Esta diferencia es algo que nuestros desafortunados periodistas desconocen. Para entender a Orensanz correctamente ha de leerse inmediatamente después de haber saboreado el excelente trabajo de José Luis Ledesma “Los días de llamas de la revolución”, que Geli no cita. Y es que Geli, este periodista responsable de las irresponsables páginas “culturales”, en catalán, del diario “El País”, sólo busca el morbo del típico tópic del pistolero anarquista: bruto, sediento de sangre y comecuras, situado fuera de cualquier contexto histórico y social, existente sólo en el infierno de los terrores del imaginario catalanista. Y es que además, el criterio esencial de clasificación, sine qua non, de esa selección de novedades de temática ácrata es la de haberse publicado en catalán. Ese criterio es una pésima elección, aunque por desgracia es cierto que la mayoría de libelos antilibertarios se escriben en catalán, y para la derecha catalanista. La prueba es que los escasos títulos escritos en castellano, que menciona Canosa, son precisamente los únicos que no cabe calificar de panfletos antilibertarios: las memorias de García Oliver y el libro de Francisco Madrid. Canosa confunde la gimnasia con la magnesias, o lo que es lo mismo, confunde la gimnasia revolucionaria con la afición al deporte, según él tan extendida a principios del siglo veinte, y vuelve a enmarañarla con las Olimpiadas programadas en Barcelona para el 19 de julio de 1936. Confunde la cultura con el culturismo, en un suplemento que se pretende cultural. Se lía con la metáfora de la gimnasia para decir unas cuantas tonterías que no vienen a cuento, como no sea para mostrarnos su ignorancia sobre el tema. Alaba la mediocre biografía de Alegret sobre García Oliver, a la que no cabe negar ser el único intento existente, aunque no responde a las preguntas fundamentales sobre el biografado, ni aclara episodios cruciales en la vida del personaje.

Canosa trae a pelo una injustificada y abismal comparación entre García Oliver y Josep Serra, el protagonista del libro de Mir, que ni viene a cuento, ni se sostiene, ni tiene ningún sentido, como no sea el propósito de denigrar el pistolero obrero de los años veinte, que Canosa ni entiende, ni sitúa en su contexto histórico y social. Pero cómo pedir objetividad a Canosa, que se olvida de toda equidad periodística para erigirse en inapelable juez, que dictamina sobre el bien y el mal. Para comprender la violencia política, hartamente extendida en los años treinta, hasta hacerse omnipresente durante la guerra civil, y que hasta nuestros incultos periodistas pueden llegar a entender que no era exclusiva de los libertarios, es inexcusable un análisis del conflicto social y de la lucha existente por controlar el poder.

Y esto es lo que hace magistralmente José Luis Ledesma en un libro fundamental, que debiera ser de lectura obligada para esos fútiles escritores, cada día más numerosos porque el mercado obliga, que meten su pluma en el tintero de la violencia política en la retaguardia republicana. Más les valiera quebrar la pluma y mantener su inmensa ignorancia en el silencio, mientras se dedican a leer a Ledesma. Pero en este país, y aún más en las páginas culturales de “El País”, se ensalzan bodrios que jamás deberían haberse publicado, y por el contrario se ignoran los libros históricos fundamentales, que serán clásicos dentro de treinta años, como el de Ledesma sobre la retaguardia republicana, el de Mintz sobre el anarquismo agrario andaluz, el de Gallardo y Márquez sobre Ortiz y el trabajo colectivo de la editorial Alikornio, que rescata testimonios de militantes extranjeros que lucharon en las barricadas de mayo del 37. Canosa escribe frases incomprensibles para el común de los mortales: ¿qué es eso de que “la situación de los trabajadores es subterránea”? ¿Canosa nos está diciendo que construían el metro, o que vivían en las catacumbas, o quizás que eran militantes clandestinos? ¡Un periodista con frases tan oscuras, más que periodista ha de ser calificado de oscurantista!

Canosa comete además numerosos y graves errores, que no cuadran bien con su prepotente actitud y sus constantes insultos a los anarquistas, presentes y pasados. Canosa dice que Aurelio Fernández fue el “máximo dirigente del Comité Central de Patrullas e Investigación de la CNT-FAI”. Eso es falso. En media frase comete tantos errores que su enmienda requiere un pequeño párrafo que explique las ignorancias de este periodista cultural. El dirigente del Comité de Información e Investigación de la CNT-FAI, era Manuel Escorza del Val. Así pues Canosa se equivoca gravemente. Vamos incluso a explicar cómo y por qué se equivoca el inculto Canosa. En su atolondramiento por echar mierda a diestro y siniestro, a Canosa se le cruzan los cables, y confunde el Comité de Información e Investigación de la CNT-FAI con el Departamento de Investigación del Comité Central de Milicias Fascistas. Canosa seguramente ignora la diferencia entre ambos comités, como otras muchas cosas, pero no debería escribir sobre lo que desconoce. ¿Cómo creer sus afirmaciones, cuándo acierta y cuándo se equivoca?

Canosa acusa, con razón, a un grupo de acción anarquista, del asesinato de los hermanos Badía. Pero no explica nunca que Miquel Badía era un policía que torturaba sistemáticamente a todos los detenidos cenetistas. No se puede comprender nada sin situarlo en su contexto histórico y social. Canosa tampoco explica, y quizás también lo ignora, quién comunicó a ese grupo de acción el domicilio donde encontrarían a los Badía, ni por qué lo hizo. Seguro que a sus lectores les interesaría saberlo. No se puede escribir las cosas a medias, erróneamente y/o fuera de contexto, como hace Canosa, porque se corre el riesgo de perder la credibilidad ante sus lectores y compañeros de profesión.

Geli y Canosa, periodistas inculturales del indocente diario “El País”, intentan elevar a los altares del éxito y de la novedad editorial ese revisionismo historiográfico catalán, que quiere abastecer el mercado de la burguesía catalanista, en paralelo al revisionismo de los Pío Moa, que proveen el mercado de la derecha hispánica.

¿Por qué se mete el suplemento cultural en catalán de “El País”, antes independiente y hoy indocente y global, con la librería alternativa y libertaria “La Rosa de Foc”? pues

por la misma razón que valora sólo los panfletos antilibertarios, y desprecia las investigaciones rigurosas, porque responde a la voz de su amo, esto es, a las necesidades del mercado de la derecha catalanista.

Pues bien, en esta Barcelona proletaria, que sufre indiferente a los periodistas del suplemento en catalán, titulado “Quadern”, existe un medio alternativo, libertario y no libertario, que tiene varias librerías marginales, con una vitalidad en auge que está creando una red de distribución cultural para los nuevos títulos de editoriales no menos marginales, como Virus, Alikornio, Espartaco Internacional, Klinamen, Pepitas de calabaza, etcétera. Claro está que esto molesta a nuestros periodistas del global y antidocente “El País”, aunque deberían consolarse con la subvencionadísima Edicions 62, y las numerosas multinacionales del mundo editorial, que siempre van a defender el caduco sistema capitalista, los valores de la burguesía y el mito del bruto anarquista de Tarrasa, pistolero sangriento, matón y comecuras.

Mientras tanto se oye crecer la roja hierba, aparecen negros nubarrones en el horizonte, la luz se achica y el aire se agita, aunque haya sordos que jamás oirán nada y ciegos incapaces de prever nada. Pero cuando la indómita tormenta truene salvajemente, arrastrándonos a todos, esos “avispados” periodistas no dejarán de darnos la noticia: ¡llueve!

El suplemento cultural en catalán de “El País” del pasado jueves (11-12-2008) es un pésimo libelo antianarquista, que no aporta nada nuevo a la clásica, clasista y soez difamación franquista y catalanista del movimiento obrero en Cataluña. Los libros que “El País” ensalza son fruto del odio y del temor de clase a la revolución proletaria de julio de 1936. Los artículos del “Quadern” del pasado 11 de diciembre, oscilan constantemente ENTRE EL TÓPICO Y LA INFAMIA burgueses contra la acción revolucionaria de la clase obrera barcelonesa y catalana. Nada nuevo bajo el sol. Para terminar no podemos dejar de dar una lista de libros, adecuada para comprender el papel del movimiento libertario en la historia de España y de Cataluña durante el siglo veinte, algunos muy críticos con la ideología y la praxis ácratas, advirtiendo al lector que todos estos libros puede encontrarlos en la librería “La Rosa de Foc”, de la calle Joaquín Costa, muy cerca del Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona y de la Facultad de Historia, eso sí, en horario de tarde, adecuado a la jornada laboral de los afortunados que aún no están en el paro:

GALLARDO, Juan José; MÁRQUEZ, José Manuel: *Ortiz, general sin dios ni amo*. Hacer, Barcelona, 1999.

GARCIA, PIOTROWSKI y ROSÉS: *Barcelona, mayo 1937. Testimonios desde las barricadas*. Alikornio, Barcelona, 2006.

GIMÉNEZ, Antoine: *Les fils de la nuit*. L’Insomniaque, Montreuil, 2006. [De inminente publicación en castellano. Las notas, tan abundantes como interesantes, constituyen dos tercios del libro].

GODICHEAU, François: *La guerre d’Espagne. République et Révolution en Catalogne (1936-1939)*. Odile Jacob, Paris, 2004.

GUILLAMÓN, Agustín: *Barricadas en Barcelona. La CNT de la victoria de julio de 1936 a la necesaria derrota de mayo de 1937*. Espartaco Internacional, Barcelona, 2007. [Interpretación histórica muy crítica con la CNT. Excelente anexo documental, que demuestra, por ejemplo, que Companys, en mayo de 1937, quiso bombardear todos los edificios ocupados por la CNT].

LEDESMA, José Luis: *Los días de llamas de la revolución*. Diputación de Zaragoza, 2003. [De lectura obligada para entender el trabajo periodístico de Orensanz. Un clásico, hoy, y dentro de treinta años; muy bien escrito y de placentera lectura].

MINTZ, Jerome R.: *Los anarquistas de Casas Viejas*. Diputaciones de Granada y Cádiz, Granada, 1999. [Magnífico estudio histórico y antropológico sobre el anarquismo agrario andaluz. Un clásico de lectura enriquecedora].

ROSÉS, Sergi: *El MIL. Una historia política*. Alikornio, Barcelona, 2001.

SANS SICART, Joan: *Commissari de xoc*. Pagès editors, Lleida, 2001.

SANS SICART, Joan: *El dia de les sirenes*. Pagès editors, Lleida, 2007.

En esa librería existe además un interesante fondo de libros descatalogados, de editoriales ya desaparecidas, y de libros de segunda mano en la que pueden encontrarse auténticas joyas de bibliófilo, a unos precios de saldo. Preguntad por Ignasi o Carme, que os informarán con amabilidad y eficiencia.

Balance. Cuadernos de historia.

Barcelona, diciembre 2008.

7.-

NUEVO TOMO DE LAS OBRAS COMPLETAS DE MUNIS

Acaba de publicarse el tercer tomo de las Obras Completas de G. Munis, el único MILITANTE REVOLUCIONARIO del siglo veinte, en lengua española, al que podemos calificar además de TEÓRICO MARXISTA, a la altura de revolucionarios como Amadeo Bordiga, Onorato Damen, Anton Pannekoek, Paul Matick o Karl Korsch.

Munis ha delimitado magistralmente algunos temas fundamentales, planteados por la historia y la lucha de clases en los últimos setenta años, como son la crítica marxista del **estalinismo**, del **nacionalismo**, del **sindicalismo** y de la actual fase de **decadencia del capitalismo**.

Este tomo se divide en cuatro áreas temáticas. La primera es una recopilación de los artículos escritos por Munis, en los años cuarenta, en México. Munis, que en 1940 leyó el panegírico de Trotsky sobre su tumba, y que inició un proceso contra su asesino, enfrentándose además con los diputados mexicanos estalinistas, que sostenían una campaña difamatoria contra los trotskistas, elaboró una serie de artículos en los que aplicaba a los contendientes en la segunda guerra mundial el análisis marxista clásico de las guerras imperialistas. Munis denunció el carácter nacionalista y reaccionario de las luchas de liberación nacional contra el ocupante nazi, en Francia e Italia. Se trata de quince artículos publicados desde marzo de 1943 hasta diciembre de 1944, en Contra la corriente, órgano del Grupo comunista español en México de la Cuarta Internacional, del que formaban parte Munis y Péret, el famoso poeta surrealista francés.

Los artículos publicados en México analizan la esencia profunda de fenómenos todavía vigentes, como la naturaleza de las guerrillas, la unidad de clases en pro de la defensa nacional de las fronteras, o el criminal bombardeo de ciudades, que parecen escritas a día de hoy. Cambia el fenómeno concreto, el nombre de la ciudad bombardeada, las fronteras “a defender”, o la nación “que liberar”; pero permanece la esencia, criticada desde una cosmovisión marxista. El capitalismo sólo puede ofrecer destrucción, esclavitud y muerte, eso sí, disfrazándola siempre de guerras por la libertad, en nombre de la democracia y de los derechos humanos.

Munis siempre fue fiel al internacionalismo proletario, y al derrotismo revolucionario en caso de guerra imperialista. Consideró que no fue el caso de la mayoría de la IV Internacional, organización en la que fue uno de sus destacados dirigentes. Por ello rompió con ella oficialmente en 1948, cuando ya consideraba a la mal llamada URSS (cada sigla esconde una mentira decía) como capitalista de Estado y como enemiga a ultranza del verdadero movimiento comunista, y de la sociedad sin clases y sin Estado.

La segunda parte elabora una nueva concepción sobre la naturaleza y el papel de los sindicatos obreros en el capitalismo. Si consideramos el capital no sólo como dinero o fábricas, sino sobre todo como una relación social, la que existe entre los capitalistas, comparadores de la mercancía fuerza de trabajo, y los asalariados, libres de cualquier propiedad y forzados a venderse como una mercancía, la única que poseen, y que es su fuerza de trabajo, nos encontramos con esas organizaciones a las que llamamos

sindicatos, cuya función no es otra, en el actual capitalismo, que la de actuar de intermediarios en ese proceso de compra-venta de esa mercancía tan peculiar que es la fuerza de trabajo, la única capaz de transformar a las materias primas y las máquinas en mercancías elaboradas a las que en el proceso de trabajo han añadido una plusvalía. Los sindicatos son, hoy, instrumentos de encuadramiento y represión del movimiento obrero, que forman parte, como la policía o el ejército, de las instituciones del Estado capitalista.

En la tercera parte se recogen unos breves artículos de Munis, en los que éste elabora una detallada y pormenorizada historia de la concepción del partido. Munis realiza una crítica enciclopédica de las distintas concepciones sobre la organización de los revolucionarios, desde el lenismo hasta su degeneración estalinista, en la que se funden partido y Estado; desde el bordiguismo hasta el consejismo más extremo, negador de cualquier tipo de organización que no sea la de los consejos obreros. Munis, tras rechazar las concepciones leninistas o consejistas, dirigistas, sustitucionistas o dictatoriales del partido establece una relación dialéctica entre la organización de los revolucionarios y la clase revolucionaria. La organización de los revolucionarios, diversa y plural, es la parte más consciente de la clase, pero sólo ésta es la que puede ejercer la dictadura del proletariado contra los elementos contrarrevolucionarios.

La cuarta parte está constituida por un artículo único que constituye un esbozo para elaborar una teoría del estado, que Munis elaboró en un libro aún inédito.

Este tercer tomo forma una unidad con el segundo tomo de las OC de Munis, que se iniciaba con el texto “Pro Segundo Manifiesto Comunista” que aunque fue redactado por Munis, con algunas aportaciones esporádicas de Benjamin Péret, era expresión colectiva del combate revolucionario de una corriente comunista revolucionaria (y, por lo tanto, antiestalinista) que, en 1961, efectuaba el balance de un período histórico que había concluido con una aplastante derrota del proletariado, que seguimos padeciendo hoy. En ese segundo tomo de las OC se exponen textos de Munis dedicados a la decadencia del capitalismo.

SEGUNDO Y TERCER TOMO constituyen una unidad esencial en la que el lector se enfrenta a unos textos que son expresión del combate teórico y político de una corriente marxista revolucionaria que supo romper decidida y rigurosamente con las ideas muertas de quienes les precedieron en ese combate. Romper con las ideas muertas de Lenin, de Trotsky y de Marx **para proseguir su combate, para no traicionarlos**. Los estalinistas momificaron a Lenin y santificaron su pensamiento, los trotskistas canonizaron a Trotsky y sus escrituras sagradas, al mismo tiempo que unos y otros enterraban el combate revolucionario del proletariado, único afán y objetivo que dio sentido a las vidas de Lenin y Trotsky. Munis criticó esas ideas muertas para tender un puente hacia un futuro sin trabajo asalariado ni valor, sin fronteras, sin ejércitos ni policía.

El PRIMER TOMO de las OC, titulado Revolución y contrarrevolución en Rusia, contiene el texto “Partido-Estado”, publicado en francés por Spartacus, en 1975, y todos los artículos de Munis sobre Rusia y sus análisis de la naturaleza contrarrevolucionaria del estalinismo.

El texto fundamental del SEGUNDO TOMO, titulado TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA LUCHA DE CLASES, es el texto “Pro segundo Manifiesto Comunista”, editado en 1962, y que contenía algunas aportaciones de Benjamin Péret. Este tomo se completa con los artículos que Munis dedicó al análisis de la decadencia del capitalismo.

El CUARTO TOMO es quizás uno de los títulos más famosos de Munis: Jalones de derrota, promesa de victoria. Crítica y teoría de la Revolución española (1930-1939), que dedicó al estudio de la guerra civil española.

Los textos recopilados en las OC de Munis, en su momento expresión colectiva de un grupo revolucionario, son hoy el punto de partida inevitable para proseguir el análisis y la crítica marxista del capitalismo actual.

* * *

Sumario del tercer Tomo de las OC de Munis:

Introducción

1º parte.- INTERNACIONALISMO

- MARSELLA JALÓN DE LA LIBERACIÓN SOCIALISTA EUROPEA

-TRES PROCLAMAS Y UN DISCURSO

La de Hitler

La de Stalin

El discurso de Churchill

La segunda proclama de Hitler

- LUCHA Y TRAGEDIA DEL PUEBLO ITALIANO

- GÉNESIS DE LA UNIDAD NACIONAL

- INDEPENDENCIA NACIONAL Y REVOLUCIÓN PROLETARIA BAJO EL TERROR NAZI EN EUROPA

- LOS BOMBARDEOS DE CIUDADES

- LA CLASE TRABAJADORA EN ACCIÓN

- ALGUNAS IDEAS SOBRE LAS GUERRILLAS

- GESTACIÓN DE LA REVOLUCIÓN EUROPEA

- TRAS LA MATANZA LA PAUPERIZACIÓN

- INSURRECCIÓN EN VARSOVIA
- VINDICACIÓN DE LA GUERRA CIVIL Y GÉRMENES REVOLUCIONARIOS DE LA ESTRATIFICACIÓN IMPERIALISTA
- LOS ALIADOS Y EL PUEBLO ITALIANO
- DACA POLONIA, TOMA GRECIA
- LA REVOLUCIÓN EUROPEA Y LOS “TRES GRANDES”
- OTRA VEZ SOBRE EL NACIONALISMO
- ETA ¿DE DÓNDE VIENE Y A DÓNDE VA?

2º parte .- SINDICATOS

- LOS SINDICATOS CONTRA LA REVOLUCIÓN
 - Prólogo
 - Los sindicatos contra la revolución
- PARO OBRERO Y SINDICATOS EN EUROPA
- SINDICALERÍAS O LA VOZ DE SU AMO
- DEMAGOGIA UNITARIA Y UNIDAD DE CLASE DEL PROLETARIADO SINDICATOS Y REFORMISMO
- LÍO TEÓRICO Y NETITUD REVOLUCIONARIA (contestación al artículo anterior)

3º parte .- ORGANIZACIÓN DE CLASE

- °CLASE REVOLUCIONARIA, ORGANIZACIÓN POLÍTICA, DICTADURA DEL PROLETARIADO
- CONSCIENCIA REVOLUCIONARIA Y CLASE PARA SÍ
- ACENDREMOS CAMARADAS

4º parte.- FUCILAZOS SOBRE EL ESTADO

Adjuntamos un apéndice con un esbozo biográfico de G. Munis, que puede ser útil al lector interesado en las Obras Completas de Munis.

Biografía de Manuel Fernández-Grandizo y Martínez (“G. Munis”) (1912-1989)

Manuel Fernández Grandizo y Martínez (18-4-1912 / 4-2-1989), conocido por el seudónimo de "G. Munis", nació en Torreón (México). A los tres años de edad vino a España con sus padres, residiendo en Extremadura. Su padre representaba una fábrica de harinas. A los once años su familia volvió a Méjico, residiendo allí hasta los diecisiete años, en que regresó a España. Se inició desde muy joven en las actividades políticas. Participó en las huelgas campesinas de Llerena. Fue uno de los fundadores de la Oposición Comunista de Izquierda en España (OCI), esto es, de la organización internacional impulsada por León Trotsky. Colaboró en la prensa de la Izquierda comunista de España (ICE), nuevo nombre adoptado por la Oposición comunista: La Antorcha, Joven Espartaco, El Soviet, Comunismo. Intervino sucesivamente en la campaña de las elecciones municipales de abril de 1931, que consiguieron derrocar a la monarquía, y luego en la de las Cortes Constituyentes. Meses después, en México, contribuyó a la fundación clandestina de la Oposición trosquista. Detenido en un mitin fue expulsado del país, y regresó de nuevo a la península.

En enero de 1933, Munis tuvo una destacada intervención en la “controversia” que la organización de la ICE en Llerena mantuvo con una delegación del PCE, enviada especialmente desde Sevilla, con ánimo proselitista, y que salió claramente derrotada. La ICE tenía en Llerena más de un centenar de activísimos militantes, gracias a su destacada intervención en las huelgas campesinas de 1931-1932, al desprestigio de los socialistas, y al talento y capacidad organizativa de Luis Rastrollo (“L. Siem”), que había conseguido formar un nutrido plantel de capacitados líderes: Eduardo Mauricio (que firmaba “O. Emem” y era autor del relato de la “controversia”, en Comunismo 21 de febrero 1933), Romualdo Fuentes, Félix Galán, José Martín, y el propio Munis.

De 1932 a 1933 fue miembro del grupo Lacroix, que sostenía la necesidad de mantenerse como Oposición al PCE y se oponía a la creación de un “segundo” partido comunista. Esta última posición, que fue la de Trotsky durante los años 30, quedó en minoría en la Tercera Conferencia de la OCI (marzo 1932), que cambió entonces de nombre para convertirse en Izquierda Comunista de España (ICE). Munis, a pesar de su desacuerdo, siguió militando en su seno. Cumplido el servicio militar fue nombrado a principios de 1934 representante de la ICE en la Alianza Obrera de Madrid. Tras la insurrección de octubre del 34 fue encarcelado. Fue partidario de la táctica del entrismo en las Juventudes socialistas, como propugnaba Trotsky, y ya había sido anticipada en España por Esteban Bilbao. La tendencia que, en el seno de la ICE, se opuso a la fusión con el BOC, para constituir el POUM, estaba formada por Esteban Bilbao, Fersen y Munis. Esta tendencia apenas consiguió la adhesión de algún militante. Su ingreso en el PSOE no supuso la creación de ninguna fracción, ni tuvo peso específico alguno. Así pues Munis no militó nunca en el POUM, al que consideraba un partido centrista, incapaz de desempeñar ningún papel revolucionario.

A principios de 1936, Munis se fue a México, de donde regresó en cuanto tuvo noticia de la sublevación militar y la insurrección obrera de julio. Regresó a España con el primer barco cargado de armamento, el Magallanes, que arribó a Cartagena a finales de octubre. Participó junto a sus compañeros en los combates del frente de Madrid, encuadrado en las milicias socialistas.

En noviembre de 1936 Munis fundó en Barcelona una nueva organización: la Sección bolchevique-leninista de España (SBLE), pro IV Internacional. La organización fundada por Munis publicó un Boletín desde enero de 1937, que a partir de abril tomó el nombre de La Voz Leninista, en el que se criticaba a la CNT y el POUM su colaboración con el gobierno de la burguesía republicana, al tiempo que se propugnaba la formación de un Frente Obrero Revolucionario que tomase el poder, hiciera la revolución y dirigiese la guerra.

A finales de abril de 1937 Munis y Péret fueron a París para entrar en contacto con la organización internacional. Munis regresó a finales de mayo, acompañado probablemente por Erwin Wolf. Durante las “Jornadas de Barcelona de Mayo de 1937” sólo la Agrupación de Los Amigos de Durruti y los bolchevique-leninistas (BL) de la SBLE lanzaron octavillas, que propugnaban la continuación de la lucha y se oponían a un alto el fuego. Fueron las únicas organizaciones que intentaron presentar y defender unos objetivos revolucionarios a la insurrección de los trabajadores. La represión estalinista, tras la caída del gobierno de Largo Caballero, consiguió la ilegalización y proceso del POUM, pero también de Los Amigos de Durruti y de la SBLE. Al asesinato de los anarquistas Berneri, Barbieri y tantos otros de menor fama, siguió el asesinato y desaparición de los poumistas Nin y Landau, pero también de los camaradas de Munis: el hebreo alemán Hans David Freund ("Moulin"), el ex-secretario de Trotsky Erwin Wolf ("N. Braun"), y su amigo personal Carrasco.

El propio Munis, con la mayoría de los militantes de la SBLE, fue encarcelado el 13 de febrero de 1938. Fueron acusados de sabotaje y espionaje al servicio de Franco, de proyecto de asesinato de Negrín, "La Pasionaria", Díaz, Comorera, Prieto y un largo etcétera; así como de asesinato consumado en la persona del capitán polaco de las Brigadas Internacionales León Narwicz, agente del Servicio de Información Militar (SIM) infiltrado en el POUM. Fueron juzgados por un tribunal de Espionaje y Alta Traición, a puerta cerrada, e inicialmente sin defensa jurídica, tras pasar un mes incomunicados y torturados en una checa estalinista, dirigida por Julián Grimau. El 11 de marzo de 1938 ingresaron en la Cárcel Modelo. El fiscal pidió pena de muerte para Munis, Domenico Sedran ("Adolfo Carlini") y Jaime Fernández. A mediados de octubre testificó en el juicio contra el POUM, asumiendo ser el líder de los trosquistas y descargando por lo tanto a los poumistas de tal acusación. El 20 de diciembre de 1938 Munis, Víctor Ondik, Luis Zanon y Domenico Sedran ("Adolfo Carlini") ingresaron en la Prisión del Estado, en el antiguo convento de la calle Deu i Mata. A raíz de la destacada participación de Munis en el amotinamiento de los presos revolucionarios fue trasladado, el 5 de enero de 1939, a la prisión del castillo de Montjuic. Las presiones internacionales y la voluntad de las autoridades de que el juicio de los trosquistas se celebrara con posterioridad al del incoado contra el POUM, aplazaron la vista hasta el 26 de enero de 1939;

Jaime Fernández, internado en el campo de trabajo estalinista de Omells de Na Gaia, y posteriormente movilizado, logró evadirse en octubre de 1938. Munis, que tras las acciones de protesta de los presos revolucionarios estaba encarcelado, como castigo, en el castillo de Montjuic, en el calabozo de los condenados a muerte, consiguió evadirse en el último momento. Carlini, enfermo, vivió algunos meses escondido en la Barcelona franquista, y cuando consiguió pasar la frontera fue internado en un campo de concentración. Munis había alcanzado la frontera francesa con el grueso de la avalancha de refugiados republicanos, que huían ante el avance de las tropas franquistas, encuadrado en un grupo de presos políticos, en su mayoría militantes del POUM, en dos camiones

preparados por Vicente de Vincente. Años después, ya en el exilio, le confesaron la existencia de una orden para ejecutar a todos los presos revolucionarios antes de retirarse hacia la frontera.

La Lutte Ouvrière, que durante todo el año 1938 había dado noticia de los pormenores de la detención, juicio y prisión de los militantes de la SBLE, publicó en sus números del 24-2-39 y 3-3-39 una entrevista con Munis sobre la caída sin resistencia de Barcelona en manos fascistas, que él achacaba al previo aplastamiento de los revolucionarios en la represión posterior a mayo de 1937. A fines de 1939, gracias a su nacionalidad mexicana, consiguió embarcar con destino a México, pero los intentos de conseguir refugio en ese país para sus camaradas fracasaron, ante la oposición de los estalinistas a la concesión del visado para los trosquistas. Estableció una asidua relación personal con León Trotsky y su mujer Natalia Sedova. Trotsky le encargó la dirección de la sección mexicana. En mayo de 1940 participó en la llamada conferencia de "alarma" de la IV Internacional.

En agosto de 1940, tras el asesinato de Trotsky, en cuyos funerales tomó la palabra, intervino repetidamente en el proceso incoado contra su asesino (Mercader) como representante de la parte acusadora. Se enfrentó decididamente contra los parlamentarios estalinistas, así como contra la campaña de la prensa estalinista mexicana, que acusaba a "Munis", "Víctor Serge", "Gorkin", Regler y Pivert de agentes de la Gestapo. Pese a la amenaza de muerte realizada por los estalinistas, Munis retó a los diputados mexicanos que les calumniaban a renunciar a la inmunidad parlamentaria para enfrentarse a ellos ante un tribunal.

A partir de 1941 se unió a Benjamín Péret, también exiliado en México, y a Natalia Sedova, en las críticas al Socialist Workers Party (SWP), la organización trosquista estadounidense, que tomaba partido por uno de los bandos de la guerra imperialista (Segunda guerra mundial), esto es, por el antifascismo.

Las divergencias se acentuaron ante la crítica del Grupo Español en México a los partidos francés e inglés, apoyados por la dirección de la IV Internacional, que tomaban posiciones favorables a la participación en las distintas resistencias nacionales contra los nazis. El inmenso mérito de Munis, Péret y Natalia radicaba en la denuncia de la política de defensa del Estado "obrero degenerado" de la URSS, conjuntamente con el rechazo al apoyo de las resistencias nacionales antifascistas. El bando militar de los aliados, fueran éstos rusos, americanos, franceses o ingleses, no era mejor ni peor que el nazi. Abandonar la tradicional posición marxista de neutralidad en la guerra imperialista, esto es, optar por uno de los bandos burgueses en lucha, suponía abandonar toda perspectiva revolucionaria de lucha de clases y de transformación de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria. El avance de las tropas rusas no suponía ningún avance de la revolución, sino por el contrario la expansión del estalinismo, esto es, de la contrarrevolución triunfante en Rusia, que en su política exterior había ya ahogado la revolución española, y que reprimía en su conquista militar cualquier manifestación revolucionaria en Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Alemania, Hungría o Bulgaria.

Las discrepancias entre el Grupo español y la dirección de la IV Internacional fueron cada vez más amplias e insalvables. Las posiciones de Munis, Péret y Natalia Sedova hallaron eco en varias secciones de la IV Internacional: en Italia el Partito Operaio Comunista (POC) dirigido por Romeo Mangano, en Francia la tendencia Pennetier-

Gallienne del Parti Communiste Internationale (PCI), así como la mayoría de las secciones inglesa y griega.

El Grupo español en México de la IV Internacional editó dos números de 19 de julio, y desde febrero de 1943 una publicación de carácter teórico, titulada Contra la corriente, destinada a defender los principios del internacionalismo marxista, que a partir de marzo de 1945 fue sustituida por una nueva publicación, de carácter más práctico y combativo, titulada Revolución. En la editorial mexicana de mismo nombre "Munis" y Péret, este último bajo el seudónimo de "Peralta", publicaron varios folletos en los que desarrollaron sus teorías sobre la naturaleza del Estado ruso, que es definido como capitalismo de Estado, sobre la guerra imperialista y el papel de los revolucionarios, sobre la guerra civil española y el papel contrarrevolucionario jugado por el estalinismo, así como sus críticas a la Cuarta Internacional.

En junio de 1947 Munis, Péret y Natalia Sedova iniciaron un proceso de ruptura con el trotskismo oficial con dos textos que criticaban duramente a la dirección de la Cuarta: la carta abierta al partido comunista internacional, sección francesa de la IV Internacional, y "La Cuarta Internacional en peligro", preparado para la discusión interna del Congreso mundial.

En 1948, ya establecidos Munis y Péret en Francia, se produjo la ruptura definitiva con el trotskismo en el II Congreso de la IV Internacional. El congreso se negó a condenar la participación de los revolucionarios en la defensa nacional, esto es, en la resistencia, y aprobó una resolución en la que se presentaba la rivalidad USA-URSS como la principal contradicción mundial. Esto, unido a la consigna de la defensa incondicional de Rusia, porque pese a todo era considerada como un Estado obrero degenerado, suponía defender el estalinismo. Y lo que era aún mucho más grave: suponía sustituir la contradicción marxista fundamental de la lucha de clases entre burguesía y proletariado, por la nacionalista de apoyo a la URSS en su rivalidad con USA. Munis calificó estas posiciones del II Congreso de la IV Internacional de aberrantes y elaboró un documento de ruptura con el trotskismo por parte de la sección española, en el que profundizaba y confirmaba la definición de Rusia como capitalismo de Estado, sin vestigio socialista alguno, y como potencia imperialista.

Con la llegada a Francia del Grupo español en México y la ruptura con el trotskismo, se impuso un cambio de nombre de la organización, que tomó el de Grupo comunista internacionalista de España (GCI). La reorganización del grupo en Francia era el primer paso para el inicio de la lucha clandestina en España. El grupo consiguió establecer una mínima infraestructura en Barcelona y Madrid. Publicaron y difundieron algunos folletos y octavillas en los que se denunciaba los horrores y la auténtica naturaleza del estalinismo español y de la dictadura fascista de Franco. En marzo de 1951, durante la huelga general de tranvías en Barcelona, el grupo lanzó octavillas en las que se defendía el carácter espontáneo del movimiento, frente a una propaganda franquista que lo atribuía a los consabidos masones y comunistas pagados por el oro de Moscú.

A causa de esas octavillas, y de los folletos que denunciaban la política contrarrevolucionaria de los estalinistas en España, Munis, Jaime y el resto de compañeros del grupo fueron detenidos simultáneamente en Madrid y Barcelona, el 11 de diciembre de 1952, algunos meses después de su intervención en las huelgas de tranvías de Barcelona. Fueron juzgados en consejo de guerra sumarísimo, por un tribunal militar de Madrid,

acusados de rebelión militar. El 1 de febrero de 1954 se hizo público el fallo del tribunal: Munis fue condenado a diez años de prisión; Jaime Fernández a ocho años; María Fernández-Grandizo Martín (prima de Munis) a cuatro años; Jesús López Atance y Ángel Cebollero Constante a tres años; Ernesto Tojo Gaitán, Ignacio Leyva Valenzuela, Pedro Blanco Pérez y Miguel Pila Penagos a un año (ya cumplido en prisión preventiva).

Munis ingresó en el Penal de El Dueso, en Santoña, el 8 de mayo de 1954, procedente de la Prisión Provincial de Madrid, y obtuvo la libertad condicional el 16 de junio de 1957. Marchó a Francia, donde reanudó su actividad política. En 1958 fundó con Benjamin Péret, el poeta surrealista francés, con Jaime Fernández, y otros antiguos camaradas de lucha, el grupo FOR (Fomento Obrero Revolucionario), en el que militó hasta su muerte, y que desde 1959 publicaba Alarma como órgano del citado grupo. Benjamín Péret falleció en 1959.

Al no obtener documentación de residencia en Francia, Munis viajaba a Italia para luego poder regresar a Francia. Residió, pues, de forma intermitente, durante algunos meses en Milán, donde entró en contacto con los grupos e ideas de la Izquierda comunista italiana. Sostuvo amplias y profundas discusiones con Onorato Damen, el dirigente del grupo “Battaglia Comunista”, de las que surgieron una mutua simpatía y respeto. Las tesis de FOR fueron difundidas en Italia por la revista Azione Comunista. En Milán escribió y fechó dos de sus textos teóricos más importantes: Los sindicatos contra la revolución en 1960 y Pro Segundo Manifiesto Comunista en 1961.

En el libro dedicado a los sindicatos, Munis continuó el análisis histórico del sindicalismo iniciado por el desaparecido Péret, definido brillantemente como un órgano fundamental del sistema capitalista en el seno del proletariado. Para Munis y Péret el sindicato es inconcebible sin el trabajo asalariado, lo cual presupone a su vez la existencia del capital. La función del sindicato es reglamentar la venta de la fuerza de trabajo. Y esta función se ha convertido en indispensable para el orden capitalista contemporáneo. De ahí su creciente importancia actual, en todas partes, en tanto que estructuras complementarias del aparato estatal. Los sindicatos están pasando, según Munis, de una fase de libre competencia entre la oferta y la demanda a una fase de encuadramiento de la oferta (del trabajo) por la demanda. O lo que es lo mismo: los sindicatos han abandonado su función de intermediarios en la compraventa de la mercancía fuerza de trabajo, por la de un rígido control de esa mercancía por parte de un sindicato, convertido en aparato estatal o en monopolio capitalista. De hecho, en muchos países, como constataba Munis, los sindicatos se han convertido en sociedades anónimas inversoras, con bancos y empresas de su propiedad, que por vía directa o indirecta participan en los beneficios capitalistas. Los sindicatos llegan a dictar directamente, en nombre del capital, todas las condiciones de trabajo.

Munis, desde una perspectiva revolucionaria, afirmó que toda tentativa de dar una orientación subversiva a los sindicatos estaba condenada al fracaso. La transición al socialismo implicaría forzosamente la destrucción de los sindicatos. Munis explicaba la baja afiliación sindical como consecuencia de la desconfianza y repulsión de los trabajadores. Por supuesto éstos acuden al sindicato en caso de conflicto o violación de los derechos que la legislación capitalista establece, del mismo modo que se dirigirían a una comisaría de policía en caso de robo o agresión. Munis concluyó que los sindicatos tenían una vida propia, sin más necesidad de la clase obrera que la de servirse de ella como dócil

elemento de maniobra, en defensa de sus propios intereses institucionales, empresariales o corporativos.

La crítica de Munis a los sindicatos es de carácter estratégico, en defensa de los principios marxistas fundamentales. Los sindicatos son analizados por Munis y Péret no como un ala derecha o reformista del movimiento obrero, sino como un pilar imprescindible de la sociedad capitalista actual y de sus nuevas exigencias de explotación del trabajo asalariado.

Los sindicatos, como advertía Munis, se adaptan perfectamente a la ley de concentración del capital y al desarrollo de las coerciones sociales e ideológicas que ello supone. El capital no es un propietario, sino una función económica, una relación social: la que se establece entre la clase que compra fuerza de trabajo y la clase libre de propiedades, que se ve obligada a vender su fuerza de trabajo porque ése es su único medio de subsistencia. Los sindicatos son el intermediario en ese acto de compraventa de la mercancía fuerza de trabajo. Y se adaptan perfectamente al proceso de concentración monopolista del capital. Su destino está atado al del capital, no al de la revolución. A mayor concentración monopolista del capital, mayor poder sindical. Munis afirmaba que los líderes obreros pueden presentarse, mediante la supresión del capitalista privado, como la solución a las contradicciones sociales; pero ello sólo significaría el paso a una sociedad de mayor explotación.

En el libro titulado Pro Segundo Manifiesto Comunista, estudió Munis la revolución rusa y su trayectoria hacia el estalinismo. Munis afirmó que la revolución rusa fue una revolución política, pero no socialista sino permanente, con el significado que Trotsky le dio en sus libros 1905 y La revolución permanente, y Lenin en sus Tesis de abril. Una revolución que enlazaba la destrucción de la sociedad feudal y zarista con las primeras tareas de la revolución burguesa, ensamblada con medidas socialistas. Pero era indispensable el triunfo de la revolución comunista en Europa. El fracaso de la extensión internacional de la revolución, aislada y acosada en Rusia, obligó a instaurar la NEP, y el capitalismo de Estado que ello comportaba, aún bajo el control del proletariado. La NEP significó en realidad el fin de la revolución permanente y el inicio de una regresión revolucionaria. La contrarrevolución estalinista dotó a Rusia de un capitalismo de Estado tan imperialista como su rival americano, aunque mucho más débil.

La gran mentira que dividió y encadenó al movimiento obrero internacional fue la de presentar ese capitalismo de Estado ruso como el socialismo. Todos los partidos comunistas jugaron en sus respectivos países un papel contrarrevolucionario, inapreciable para el capitalismo internacional.

Munis calificó a la IV Internacional y a las distintas revoluciones comunistas nacionales en los países del Este europeo, China, Cuba, Argelia, etcétera, como avanzadillas de la extensión de la contrarrevolución estalinista. Y afirmó en pleno auge de las luchas de liberación nacional, en los años sesenta, que toda lucha nacional era reaccionaria.

El texto de Munis, firmado FOR, finalizaba con la proclamación de un programa que unía reivindicaciones clave de la lucha económica de la clase obrera, que se resumían en el lema: "menos trabajo y más paga", con reivindicaciones políticas tales como la libertad de prensa, de huelga, de reunión y de organización, al margen de los partidos y los

sindicatos; para terminar con los objetivos programáticos comunistas tales como la supresión del trabajo asalariado, la supresión de fronteras y la instauración de la dictadura del proletariado, inseparable de la más estricta democracia en el seno de las masas trabajadoras.

Tras la edición de estos dos textos fundamentales en su pensamiento teórico, Munis pudo establecerse de nuevo en Francia. En 1966 se intentó un nuevo relanzamiento del grupo en la España franquista, a cuyo fin FOR publicó un llamamiento. Munis prosiguió su labor organizativa en FOR, y propagandística y teórica en Alarma.

Entre 1966 y 1972 participó en diversas iniciativas y debates con las distintas corrientes revolucionarias, surgidas de la ebullición social y política que mayo del 68 provocó en Francia, y el otoño del 69 en Italia. El pasado revolucionario de Munis y su labor teórica innovadora respecto al sindicalismo, el estalinismo y el capitalismo de Estado, le dieron cierto prestigio, y no pocas de sus aportaciones teóricas fueron recogidas y apropiadas por diferentes tendencias y partidos políticos.

Bien entendido que tal prestigio no se convirtió en ninguna moda o efímera fama, tipo Marcuse, sino en un sólido punto de apoyo teórico en el marasmo y confusión que cincuenta años de contrarrevolución estalinista habían impreso en el pensamiento marxista.

En 1975 Spartacus publicó en francés un nuevo libro de Munis, que profundizaba y sintetizaba a la vez sus críticas del estalinismo y del capitalismo de Estado ruso, titulado Parti-Etat, stalinisme, révolution.

Entre 1973 y 1976 publicó en Alarma, órgano de FOR, tres importantes artículos teóricos. En el artículo publicado en 1973, titulado "Clase revolucionaria, organización política y dictadura del proletariado", retomaba el viejo tema desarrollado por Lenin en ¿Qué hacer?, sobre la relación entre masa y vanguardia política, y de la introducción de la conciencia revolucionaria en la clase obrera por parte de una minoría. Es sumamente interesante la enciclopédica exposición que efectúa Munis de la concepción que de la dictadura del proletariado realizan a lo largo de la historia las diversas corrientes marxistas, desde Lenin y Otto Rühle hasta los bordiguistas y los consejistas, así como la rigurosa crítica a la que son sometidos.

En 1974 apareció en Alarma una acerada crítica de Munis a la Corriente Comunista Internacional, en el que se debatía el carácter de la decadencia del capitalismo, así como la existencia o no de una crisis económica de sobreproducción, y la influencia positiva o negativa que tendría en un estallido revolucionario. Munis negaba la existencia de una crisis económica de sobreproducción, y negaba además que ésta, en caso de existir, supusiera el punto de partida de una situación revolucionaria. En 1976 Munis publicó en Alarma un artículo titulado "Consciencia revolucionaria y clase para sí", que complementaba e incidía en los temas tratados en los dos artículos anteriormente comentados.

Entre 1977 y 1981, iniciada la transición democrática, se produjo un nuevo relanzamiento de FOR en España. En abril de 1977 apareció el número uno de la tercera serie de Alarma, cuya publicación se había iniciado en 1958. También en 1977 está fechada la Reafirmación, como epílogo de la nueva edición que la editorial Zero-Zyx hizo de su libro sobre la guerra civil española: Jalones de derrota, promesa de victoria.

En esa reafirmación Munis, aunque revisa algunos aspectos del libro editado en 1948, hace una apología de la revolución española, considerada como más profunda que la revolución rusa. Para Munis la insurrección de julio del 36 y los Hechos de Mayo del 37 son el momento culminante de la oleada revolucionaria mundial iniciada en 1917 en Rusia. Munis no consideró nunca que Mayo de 1937 fuera una lucha fratricida entre trabajadores, sino que siguió fiel al análisis trosquista de los años treinta. Afirmó y reafirmó que en España la revolución fracasó por la ausencia de un partido revolucionario. En julio del 36 los trabajadores desarmados vencieron al ejército capitalista; en mayo del 37 los obreros armados se enfrentaron a la contrarrevolución, encarnada por el Partido comunista, pero fueron derrotados por sus propios dirigentes, por sus propias organizaciones sindicales y políticas. Sin teoría revolucionaria no hay revolución. Sin partido revolucionario toda insurrección está destinada al fracaso. En julio del 36 la clase obrera estaba desarmada, pero tenía unos objetivos políticos claros: enfrentarse al fascismo y a la sublevación militar. La ausencia de un partido revolucionario produjo una situación histórica paradójica: la clase obrera en armas y dueña de la calle dejó el aparato estatal en manos de la burguesía republicana. En mayo del 37 la clase obrera armada intentó defender las conquistas revolucionarias de julio, pero políticamente estaba desarmada: ninguna organización obrera de masas planteó como objetivo la toma del poder. Las organizaciones minoritarias que lo hicieron fueron desautorizadas, ilegalizadas y perseguidas. La insurrección triunfó desde un punto de vista militar, pero fracasó políticamente. Franco no necesitó aplastar la revolución, ya lo habían hecho estalinistas y republicanos.

Dedicado al trabajo organizativo de FOR, que llegó a tener secciones en USA y Grecia, además de la española y francesa, Munis no abandonó nunca su labor teórica y militante. En febrero de 1986 participó en unas jornadas de balance revolucionario de la guerra civil española, convocadas por FOR, con participación de militantes pertenecientes a un amplio abanico de corrientes políticas. En el momento de su muerte nos dejó ya acabado un nuevo libro, inédito, dedicado al estudio del Estado y los problemas que plantea su supresión en una sociedad comunista.

Munis falleció en París el 4 de febrero de 1989. Póstumamente hemos asistido a la traducción al francés e italiano de su libro Jalones de derrota, promesa de victoria, y está en curso de edición la edición de sus Obras completas.

Reseña elaborada por **el comité de edición de las OC de Munis**.
Barcelona, abril 2009.

MUNIS, G.: Obras completas. Brenes/Llerena, Muñoz Moya editores. En curso de edición.

Tomo I: Revolución y contrarrevolución en Rusia. (“Partido-Estado” y otros textos). Llerena, Muñoz Moya, 1999.

Tomo II: Teoría y práctica de la lucha de clases. (“Pro Segundo Manifiesto comunista” y otros textos). Llerena, M. Moya, 2001.

Tomo III: Internacionalismo. Sindicatos. Organización de clase. (Artículos escritos y publicados en México; “Los sindicatos contra la revolución” y otros textos). Brenes, M. Moya, 2009.

Tomo IV: Jalones de derrota, promesa de victoria. Crítica y teoría de la Revolución española (1930-1939). Brenes, M. Moya, 2003.

BALANCE es una revista de historia del movimiento obrero y revolucionario de carácter y vocación internacionalista.

BALANCE combate por la historia. Una historia que es y ha sido sistemáticamente ignorada, deformada, censurada, convertida en historieta, manipulada e incluso apropiada, por estalinistas, fascistas, nacionalistas y nacionalsocialistas, demócratas y socialdemócratas, situacionistas, derechistas y/o izquierdistas de todo tipo, intelectuales ociosos, políticos de profesión y profesionales de la historia, la mentira o la edición.

Quien ignora el pasado, ni comprende el presente, ni puede luchar por el futuro. La historia no olvida, quien olvida pierde sus señas de identidad. **BALANCE** quiere arrebatarse la historia a la incultura del olvido, la falsificación política y el academicismo universitario.

Los hechos y los documentos no hablan nunca por sí solos, sino que se interpretan a la luz de una teoría. Las teorías políticas hallan la confirmación o negación de su validez en el laboratorio histórico.

Ha llegado el momento de hacer **BALANCE**

BALANCE. Cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la Guerra de España

Correo electrónico: chbalance@gmail.com

Correo postal: BALANCE - Apartado 22010 – 08080 Barcelona

Cuaderno número 34. Barcelona, noviembre de 2009

Coste de edición de cada ejemplar: **5 euros**